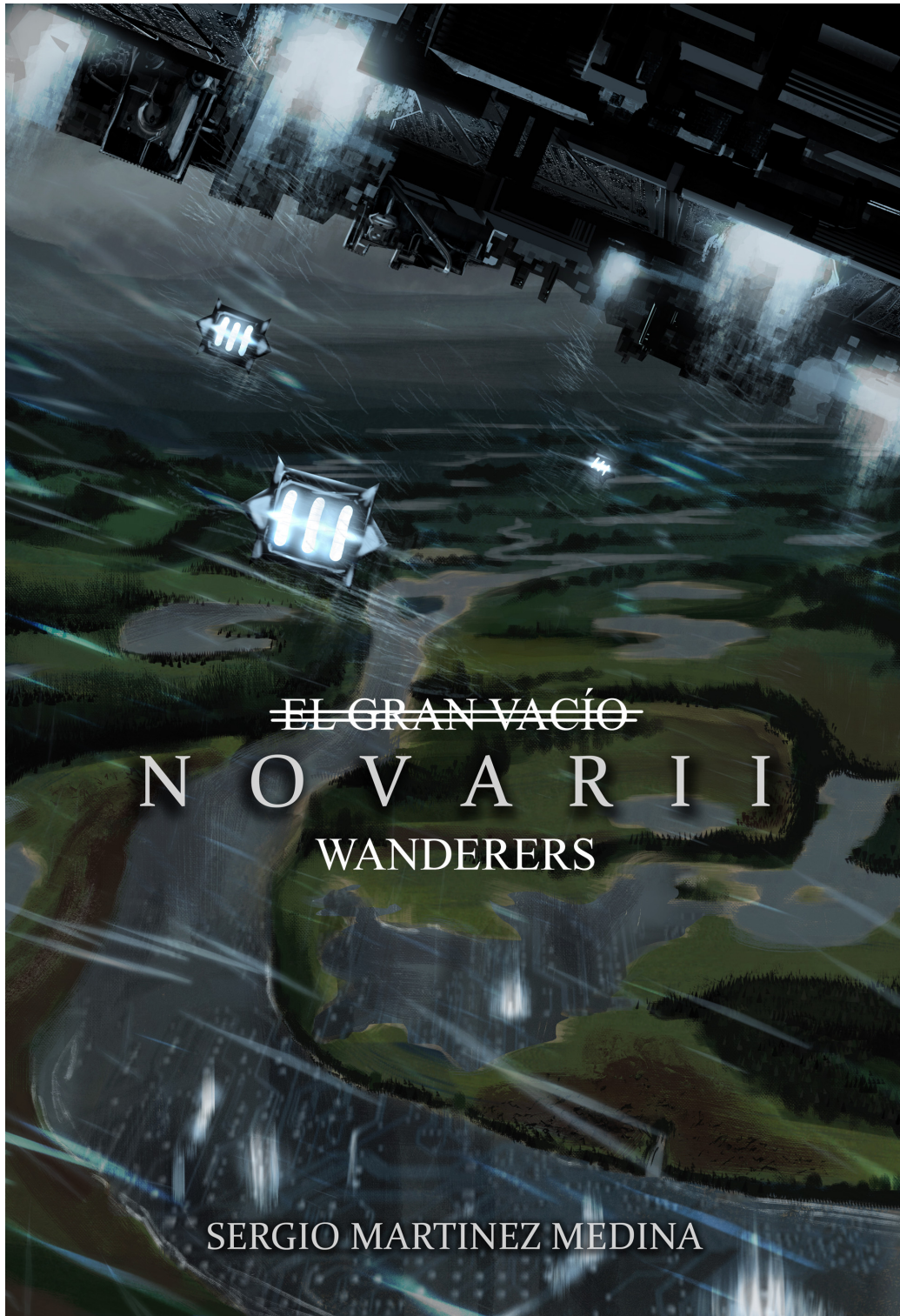


Novela Corta - Novarii - Ciencia Ficción

Sergio Martínez Medina



Capítulo 1

Prólogo

Novarii es la primera novella (novela corta según los concursos americanos) de la serie de El Gran Vacío, y al mismo tiempo, es la que estrena lo que será la Sexta Era de Úrim: después de la magia viene la ciencia, y ésta traerá viajes interestelares.

□ Para hacerlo más fácil, los habitantes de Vieja Terra (la Tierra que nosotros conocemos) y de Úrim decidieron que sería mejor ponerle el nombre de la nave colonizadora al planeta al que llegara; así, cuando Abigail Tariq y sus oficiales desacoplan la ciudad para reclamar la biósfera 238, ésta hereda el nombre de Novarii.

□ Luego de establecerse y explorar un poco, la gente se percata de la existencia de unas ruinas, la antigua ciudad rebelde de Dima, y los pasajeros se inquietan. Nadie quiere explorar, pero todos quieren respuestas.

□ La portada es de Ernesto Sin.

Capítulo 2

Primera Fase: Estasis

El sonido de las olas que despertó a Abigail Tariq era tan convincente como las lámparas simuladoras de clima de Novarii. La computadora de a bordo estaba programada para despertarlos cuando se acercaran a Sirius C, una estrella que había aparecido de pronto. Debía preparar todo para que la colonia estuviera lista desde mucho antes de acercarse a la biósfera 238, el planeta designado por sus padres como objetivo de conquista. Se levantó, los brazos mecánicos del camarote le acercaron el desayuno y prepararon el agua para que se bañara. Tenían parques y granjas a bordo de la superarca modelo Orión III, e incluso habían instalado ya plantas de tratamiento para reciclaje de agua. Algunos ingenieros de la Tierra, ese lugar que aparecía en cada una de las grabaciones que llevaban en Novarii, aseguraban que podía recolectarse hidrógeno y oxígeno del espacio exterior para fabricar el agua dentro de la nave, y en los casi setenta años que llevaban de viaje no les había faltado ni una vez. Encendió los monitores del jardín central y se dispuso a dar un paseo por uno de los múltiples sectores de recreación. Los archivos de Novarii poseían información sobre la capacidad de la nave y la cantidad de gente que llevaba a bordo: medio millón de embriones dejaron el Sistema Solar en 2418, y en 2486, más del 99% había sobrevivido a la muerte de sus padres. Las últimas bitácoras de los tripulantes originales se remontaban a veinte años en el pasado, cuando Abigail tenía alrededor de once o doce. Hasta donde ella recordaba, no los habían despertado. Conocía a sus padres gracias a los bancos de memoria que les introdujeron en el sueño, y aunque su cerebro le decía qué peso, olor y presión ejercían sus abrazos, el tono de sus voces y la forma de sus risas, ella sabía que no los había visto jamás. Tardó meses en aceptarlo, pero ahora lo sabía de cierto, y no le dolía ya. Las pantallas laterales que formaban los pasillos se iluminaron para mostrarle el mar. Ni siquiera estaba segura de haber elegido el paisaje o el momento, pero las máquinas estaban diseñadas para ofrecerles el máximo confort, y quizá lo que necesitaba era escuchar las olas otra vez. Pasó por varias compuertas seguida por el rumor de la playa y llegó al balcón que daba vista a la arboleda. Se recargó un instante e inhaló. Le gustaba el olor de los pinos, tan ajeno a la sal que la rodeaba hasta hacía un momento. Le traían recuerdos de una caminata que nunca vivió, cantos que nunca escuchó, de unos pájaros que quizá nunca existieron, la serpiente que pisó y que casi la mata, los niños que iban a visitarlos cuando llegaron a Kabul.

Claro que nada de eso era cierto, pero le gustaban las cosas que eligieron para ella. Ya antes lo había pensado. Debía ser horrible saber que su hija nunca los conocería y que, aun así, sus padres se hubieran preocupado por elegirle una buena vida tenía que ser un acto de amor más grande del que ella se sentía capaz de ofrecer. Al menos, pensó, los árboles y bosques que tenían a bordo se parecían mucho a los que aparecían en los documentales. Los equipos de la tierra se habían molestado en generar piedras, ramas, pasto y hasta cascadas dentro de la nave, y aunque las ventanas del techo le recordaban la presencia constante del vacío entre cada estrella, el sonido del agua y el olor de la tierra enlamada le daban cierta calma. Cuando la Novarii dejó la Tierra, se tenían más de un millón de yottacúbits de información almacenados y en los setenta años que llevaba de viaje, se había casi doblado esa cantidad. La mayoría de los datos recolectados tenían que ver con la condición genética de la tripulación y con los datos que se tenían hasta entonces sobre el universo visible. De los más de veinte mil planetas encontrados en zonas habitables, sólo el uno por ciento era similar a la tierra en composición química y atmosférica. Aunque uno se oía poco, esto traducía en dos mil mundos que, eventualmente, podrían ser colonizados. Y, de hecho, tenían ya información de las tres primeras colonias terrestres en el Sistema Solar. La terraformación de Marte tardó casi cien años; los primeros colonos no tuvieron la suerte de regresar a casa. Pero después de que se perforara la corteza del ecuador, se encontraron los legendarios océanos subterráneos del Planeta Rojo. Había visto los videos cientos de veces entre sueños, y un par más cuando despertó. Las flotas terrestres, desesperadas por hallar un planeta capaz de soportar la población de la Tierra, bombardearon Marte con una lluvia de algas y semillas, se instalaron invernaderos y colonias subterráneas que regulaban mejor la temperatura del exterior y permitieron el desarrollo de ciudades nuevas. Un siglo después, empezó la modificación genética de las especies que ya se habían adaptado a los climas del planeta. Las primeras plantas se adaptaron al poco calor del sol que llegaba al cuarto planeta, y con el exceso de agua que hallaron bajo la superficie, la atmósfera se fue construyendo poco a poco. La aparición de una capa de gases que protegía a Marte de la radiación y estabilizaba el clima dio paso a un ciclo de lluvias muy similar al de la tierra. Los ríos y los lagos que alguna vez hubo sobre el planeta regresaron, y las ciudades subterráneas pudieron salir a la superficie.

Se acercó a los árboles y estiró los dedos. No era la primera vez que sentía las cortezas, pero estar toda una vida encerrado en un tanque seguro no le había hecho ningún favor a su sistema nervioso. No sentía atrofia, y según las computadoras, su cuerpo estaba tan fresco como el de un recién nacido, con poco o nulo deterioro celular. Su cerebro seguía reteniendo parte de la elasticidad de los jóvenes, y el café y el resto de los alimentos de Novarii estaban diseñados para reparar los problemas en las

células de los pasajeros.

No sabía si era cierto o a cuántas personas le habían dicho, pero al menos en su programa cerebral estaba casi indeleble una conversación entre personas a las que nunca pudo ponerles rostro. Los fantasmas, pues se acostumbró a llamarlos así, decían que sólo unos pocos debían tener acceso a la información completa; los obreros, para conservar su condición natural, no podían saber más que lo necesario. Siguió caminando por el bosque. Marte había obligado a los hombres a crear sistemas de calefacción y ambiente más eficientes que los de la tierra. Más del 50% de la energía solar se perdía antes de llegar a éste, y la gente, muchos exiliados o colonizadores de la tierra, tuvo que arreglárselas con los soles artificiales. La tecnología se arraigó en las naves de conquista y expansión más allá del Sistema Solar; hasta donde Abigail sabía, se alimentaban justo con los materiales que más tenían a bordo: hidrógeno y helio. Las lámparas tenían varias ventajas sobre las luces usadas en la tierra, y la más importante, además de la intensidad, era que tanto plantas como animales reaccionaban a ella como si se tratara de la luz natural de las estrellas.

Estuvo caminando entre las ramas, los ríos, debajo de los enormes robles sintéticos de la nave por unos minutos. La biósfera 238 se encontraba a cinco años de ahí. Tendría tiempo para despertar al resto de sus oficiales. No necesitaba mucha gente: a fin de cuentas, las arcas Orión III estaban diseñadas para mantener el equilibrio interno indefinidamente. Y a pesar de que sabía que la habían modificado genéticamente y que tenía a su disposición todo el entretenimiento que había en la tierra, se sentía sola. Había visto más de una vez las membranas de crecimiento, unos prismas donde sus padres habían colocado los fetos de los que serían la primera generación de colonos. Los más viejos, los que despertarían de treinta o cuarenta años, se encontraban en el sector seis y eran más de noventa mil. Los de entre veintinueve y quince eran ciento ochenta mil, y los niños, los que despertarían teniendo menos de quince, superaban el medio millón. Además, tenían sus animales y un montón de semillas. La idea era que se llegara a los planetas y que se fueran despertando poco a poco, generación tras generación, y tener la suficiente variabilidad en las muestras humanas como para evitar parentescos. Inhaló profundamente. Tenía hambre. Buscó entre los árboles hasta encontrar un manzano. Tomó un par de frutas y pidió a los drones que la analizaran. Potasio, vitaminas y algo de azúcares. Al menos le quitarían el hambre hasta que pudiera llegar al comedor. Pero no quería irse. No todavía. Se acercó a la cascada artificial. Medía diez metros, lo suficiente como para que el sonido del agua al estrellarse se escuchara en la mitad del bosque. Lo habían pensado para que nadie se perdiera. Pantallas y mapas brotaban por

todos lados, y las computadoras reconocían lenguaje de señas y expresiones faciales. Las cámaras ayudarían a vigilar a la tripulación, y Abigail sabía que se habían instalado también redes y mecanismos de pacificación por si había motines a bordo. El sonido del agua la relajó y la llevó a un pasado que jamás había sido cierto. Ella también era una mujer de probeta, nacida de una de las membranas plásticas que había en la nave. Novarii era su madre, como lo sería de miles de personas más, y de cierta manera, eso los hacía a todos hermanos. Una trucha saltó de entre el pequeño riachuelo de a bordo y se fue río abajo. Era un circuito más o menos cerrado. El río corría poco más de doscientos metros hacia el oeste en línea recta, luego daba vuelta hacia el norte, donde unas bombas lo ayudaban a subir la montaña artificial y caía en otra cascada. Esa cascada volvía a mover el agua hacia el este y bajaba al sur, empujada por más bombas, hasta llegar al punto en donde se encontraba Tariq. En medio de estas montañas estaba uno de los cientos de laboratorios y controles de clima de Novarii. Había bajado un par de veces a las cuevas; los laboratorios de la nave eran idénticos a los que le habían obligado a aprenderse durante su sueño, y ahora entendía por qué. Regresó a su camarote dos horas más tarde, justo después de almorzar bistec y ensalada. Necesitaba algunas respuestas, la nave las tendría, pero necesitaba primero verificar que ésta la reconociera como capitana. Repasó en su mente algunas partes del entrenamiento virtual y llegó al menú que necesitaba.

Novarii, interfaz de configuración.

Panel de configuración abierto. — Una pantalla holográfica de color rojo se materializó frente a ella. — Introduzca comando de voz.

Necesito información sobre el capitán.

El capitán Mario Arana falleció hace treinta años terrestres.

Establecer nuevo capitán, reconocimiento facial y de voz.

Comando inválido. — La pantalla parpadeó dos veces. — Introduzca contraseña.

Urano 7, Terra 3, Saturno 6, Neptuno 8, Júpiter 5, Marte 4, Venus 2.

Código breve 7368542.

Código aceptado. Introduzca nombre y edad del capitán.

Abigail Tariq. Treinta y cuatro años terrestres. — La pantalla holográfica frente a ella parpadeó seis veces y pasó a una tonalidad azulada.

Aceptado. ¿El usuario actual es el capitán?

Afirmativo.

Aceptado. — Otros seis parpadeos. Un par de drones con escáneres salió de una de las compuertas superiores del camarote. — Permanezca de pie mientras se realiza el escaneo de iris y masa corporal. — Una pequeña cámara apareció sobre su cabeza y parpadeó una vez.

Quiero habilitar la encriptación genética.

De acuerdo, Abigail Tariq. Permanezca de pie mientras se extrae material genético. — Un solo parpadeo largo siguió al brazo mecánico que le arrancó un vello y la luz de la terminal cambió a verde. — Configuración inicial terminada, Abigail Tariq.

Llámame capitán, Novarii.

De acuerdo, capitán. ¿Necesita algo más?

¿Tengo restricciones de autoridad?

No, capitán.

Muy bien. — Le estaba empezando a doler la espalda. Supuso que era una secuela de haber estado toda la vida en un huevo. — Necesito una silla. — Los drones trajeron piezas de plástico y armaron un asiento sencillo, pero resistente. — ¿Qué permisos necesitaría mi gente?

Nadie puede acceder a los autómatas de la bahía de ingeniería sin autorización expresa del capitán. Los mapas tienen la misma restricción. Las coordenadas de viaje tienen la misma restricción. La bitácora de viaje y la caja negra son archivos de sólo lectura, y sólo quienes tengan acceso expreso del capitán y pasen por los filtros establecidos pueden leerlos. El capitán puede cambiar lo que necesite.

Bien. Necesito que te hagas una cara o algo. Es raro hablarle a la nada. — Un rostro de una mujer de unos treinta años, con facciones latinas, apareció frente a ella. — Gracias.

Estoy para servirle, capitán.

¿Cuánto tardarán los mensajes en llegar a la tierra?

Tres años si se emite desde nuestra posición actual.

Y las respuestas tomarán lo mismo.

Si la nave no se ha movido, sí, capitán.

O sea que...

Que debe recalcularse la trayectoria.

¿Cómo se envía?

La codificación cuántica permite enviar mensajes de audio y video de hasta un teracúbit por segundo, con un máximo de cinco segundos de información. La información se descompone y se forma un rayo láser. Cada nave Orión III posee integradas en código duro las coordenadas de cada receptor de la tierra.

Quiere decir que no se pueden eliminar.

Correcto, capitán. A menos que todos los discos duros y respaldos de la nave sean destruidos, no hay manera de que falle el sistema de comunicaciones.

¿Pulsos electromagnéticos?

Todo está protegido. El blindaje interno se pensó para resistir tormentas solares de varias magnitudes por encima de las del sol.

De acuerdo. ¿Y para la terraformación?

Se dispone de seis mil semillas de cada planta conocida en la tierra y algunas desarrolladas en Marte y en Titán. Los sistemas hidráulicos de la nave cultivan bacterias fotófagas, fitófagas, hidrófagas, y micrófagas destinadas a la purificación del agua de los planetas alienígenas. Se dispone de material para fabricar un agujero de gusano y los planos de éstos pueden ser accedidos por todos los ingenieros y arquitectos de la nave. La fauna terrestre viaja en forma de ADN para ahorrar espacio; salvo algunas mascotas y algo de ganado, no hay excepciones a la regla.

¿Portamos insectos?

Sí, también. No se excluyó una sola forma de vida para ayudar a

preservar el balance que no se tuvo en la tierra.
Muy bien. Por ahora es todo. Cambio y fuera, asistente.

Se levantó de la silla y los drones la desarmaron, llevándose el plástico a las reservas que había cerca. Sabía que había materiales de reserva en todas partes, pero jamás se imaginó que fuera tan eficiente. Se preguntó qué soñarían los demás. Solicitó transporte para los niveles de los obreros y dos minutos después, una plataforma móvil la recogía en su camarote. Quería saber qué tenía la gente que estaría bajo sus órdenes en la cabeza. Se acercó a una cápsula, introdujo los códigos que se le solicitaron y una pantalla apareció sobre la persona, junto a un número de identificación y a los signos vitales. Un segundo monitor apareció a un lado y tradujo los pensamientos de la persona en la crisálida. N-C38Otro día en las minas. Otra tarde de bajar al fondo de la grieta en la que todo el pueblo trabajaba desde hace meses. Hay que llegar al agua, rápido, antes se acabe la de la tierra. Apagó la consola y pasó a otra sección. B-1E2. Último día de la universidad. Me necesitan. Todos están debajo de mí. Que se pudran. Yo me maté para llegar aquí. Soy el mejor de mi generación. No me pueden decir que no. U-23J ¿Por qué no cuidan su pinche pasto? Salvo por los miembros principales de la tripulación, todos parecían haber sido diseñados para cumplir alguna función particular dentro del nuevo territorio. Se suponía que, una vez establecida la atmósfera, se debía construir uno de los cientos de agujeros de gusano que conectaban a todos los planetas terraformados, aunque no sabía bien cómo funcionaba el sistema. En los pocos datos que le dejaron antes de que despertara, parecía que había una red de planetas, pero no le había dedicado mucho tiempo a ello. Ya lo preguntaría luego. Lo que le interesaba ahora era su gente. Hasta donde recordaba, quienes formarían su equipo eran José Alejandro Ríos, el segundo al mando; Anne Sophie Kohlbrenner, la jefa de construcción y arquitectura; Naoki Yoshida, el mejor biólogo de la Novarii quizá de su generación; Dakar Boro, el contramaestre y encargado de revisar las celdas de gestación; Fridor Dragunov, timonel y cartógrafo; y, por último, Fabia Cecilia Berti, experta en construcción de armas de riel y electromagnéticas. Lo mejor de lo mejor, predispuesto por sus padres; los únicos con conocimiento de lo que en realidad pasaba a bordo.

Estuvo dando vueltas durante dos días más, revisando la evolución de los sueños de los futuros colonos, y se dio cuenta de que mientras más se acercaban a la biósfera 238, menos eran las diferencias entre lo que cada uno de ellos soñaba. Al parecer, estaban programados para convencerlos que la mejor opción que tenían era salir de la tierra y embarcarse en Novarii, una nave construida con sus propias manos para salvar lo que quedara del planeta, como fuera, en algún punto del infinito universo. Abigail se quedó mirando a las estrellas. No podía creer que fuera verdad

eso. A pesar de que sus padres parecían haberse preocupado por meterle una versión de la realidad en la cabeza, muy distinta a la que tenía el resto de la tripulación, no podía dejar de preguntarse qué tanto era real. Quizá también a ella la habían condicionado. Quizá todo eso no fuera sino otro sueño, idéntico al anterior, o tal vez la bomba que vio en Afganistán la había dejado en coma, y mucho de lo que pensaba en esos momentos no era sino una larga ilusión suya. Sea como fuera, no podía dejar de sentirse como un títere de fuerzas que no alcanzaba a comprender aún. Por otra parte, si de verdad estaba destinada a ser el pilar de un planeta entero, quería controlar cada detalle, cada última palabra de todo cuanto se fuera a hacer a bordo y cuando llegaran a tierra. Les faltaban varios años de viaje y tenía tiempo para modificar la programación de una buena parte de la flota. Quizá no alcanzaría a cambiar todo, pero lo que tenía le bastaba.

Capitán, su padre sugirió que entrara a criogenia durante el resto del viaje. — En los últimos días, la AI se había dirigido a ella varias veces sin que la llamara.

No me interesa. — Inhaló. Supuso que tendría algo de razón, pero tenía tiempo para hacer otras cosas. — ¿De cuánto espacio tenemos a bordo? Las arcas Orión III disponen de cuatro mil kilómetros cuadrados de superficie y dos niveles, uno a cien metros sobre el otro. — La pantalla holográfica se encendió y mostró un mapa de la nave, que giraba y se iluminaba conforme era necesario. — En la planta alta se encuentra una ciudad sin nombre que puede desacoplarse para acelerar el proceso de colonización. Los parques y biomas de la nave tienen el mismo propósito, además de servir como centros recreativos, zoológicos y reservas. — Abigail seleccionó el cuadrante donde se encontraba y un punto brillante la señaló a ella. — Los bancos de ADN se encuentran en el centro de la nave, cuidados y mantenidos por gran parte de los autómatas activos. Existen mil clínicas de primeros auxilios y se poseen treinta clínicas para enfermedades mentales o imprevistos relacionados con la psique humana. — Treinta puntos, distribuidos en tres columnas y diez filas parpadearon. — El cien por ciento del tiempo, es innecesario acceder al nivel inferior; todo se controla por sensores y drones.

¿Qué hay en la planta baja?

Treinta reactores nucleares en el centro, con un sistema de microagujeros negros por si llega a haber alguna falla. — Abigail tocó el mapa de la planta alta y lo empalmó con el de la baja. Las clínicas psiquiátricas se encontraban justo sobre los reactores. — Hay nueve plantas de tratamiento de desechos orgánicos, donde se separan los componentes microbianos y los residuos sólidos. Las primeras sirven de alimento para los peces locales, y los residuos se destinan a alimentar a las bacterias purificadoras del agua. Hay quince generadores de ésta, que son los que mantienen las reservas de la nave frescas, — Una red infinita de tuberías se iluminó. Le pareció que semejabán muchos corazones conectados los unos a los otros, como si se hubieran fusionado varios torsos con el único propósito de mover sangre. — veinte generadores de carne sintética y dos

plantas de órganos artificiales por si algún miembro de la tripulación llegara a necesitar un trasplante.

¿Es todo?

También se encuentra una fábrica de autómatas y los propulsores warp, pero se debe elegir entre mover la nave y fabricar robots de ayuda. Los motores consumen gran parte de los reactores.

Necesito que reconfigures la prioridad de fabricación cuando se desacople la ciudad. Necesitaremos muchos exoesqueletos.

Entendido, capitán.

¿Qué blindaje tiene la nave?

Titanio y aluminio recubierto con placas de sílice. El casco de las Orión III no está diseñado para combate. — La pantalla mostró las zonas más vulnerables, casi todas ubicadas en la parte de popa. — Sin embargo, se cuenta con armamento de apoyo y un cañón de rayos gamma.

¿No son los que lanzan las supernovas?

Afirmativo. Toda la radiación del espacio a la que se expone la nave se acumula en una batería especial y se puede canalizar como arma. Sin embargo, — el ayudante mostró puntos rojos sobre los reactores nucleares. — dispararlo causa que toda la nave se quede sin energía por dos horas, en lo que se reestablecen los sistemas, se verifican daños colaterales y se resetea el ayudante de a bordo. Se estima que entre el 30% y 60% de la información se pierde o daña; las configuraciones de seguridad se anulan y se envía un pulso de emergencia al planeta o base más cercana. Se instaló como último recurso en caso de que aparezcan organismos inteligentes hostiles.

¿Alguna vez se ha disparado alguno?

Negativo.

Ojalá me toque ver algún disparo pronto. — Se acomodó la ropa, se rascó el cabello negro y miró el peso total de la nave: dos teragramos y medio.

— ¿De dónde salió todo el material para construir esto?

La industria aeroespacial de la tierra explotó luego del desarrollo de los motores warp en 2090. Aunque la ciencia ficción de la tierra establecía ésta como una velocidad superlumínica, ésta jamás se pudo alcanzar, y el nombre se le quedó a los objetos que se desplazaban a cien mil kilómetros por segundo. Los límites no fueron los propulsores, sino los materiales.

Hasta ahora no se ha encontrado aleación o compuesto que resista velocidades superiores. Y a pesar de esto, los viajes tripulados a Marte se volvieron posibles. Los tiempos de traslado pasaron de los cuatro años a los veinte días, hasta que en 2101 llegaron a reducirse a una semana. —

La pantalla frente a ella cambió a un sistema solar con los nombres y las distancias entre cada planeta. — Con la posibilidad de moverse más rápido y llevar naves cada vez más grandes a los planetas contiguos, en 2108 se logró hacer el primer viaje de terraformación al Planeta Rojo. En 2113 se fabricó una nave blindada para penetrar los cielos ácidos de Venus. — Se mostró una imagen agrandada de la atmósfera pesada del segundo planeta y un triángulo que perforó las nubes. — La explotación de los recursos naturales de ambos planetas llevó a una explosión demográfica mayor a la de principios del siglo veintiuno, sobre todo por el

descubrimiento de grandes yacimientos de carbono y silicio, que permitieron la fabricación de siliconas a escala planetaria. En 2145, se creó el primer remolque gravitacional y en 2170 se arrastró a Mercurio fuera de su órbita. — Se mostró otra vez el Sistema Solar. Novarii acercó la zona más próxima al sol y apareció un montón de puntos con nombres. Varios de éstos se acercaron a Mercurio y una serie de hilos rodearon al planeta, dislocándolo de su posición habitual. — Los venusianos lograron extraer una cantidad importante de hierro, titanio y oro, y aún ahora, es una de las principales minas del Sistema Solar. — Un montón de líneas rojas, que Abigail dedujo eran las rutas comerciales y movimientos más comunes del sistema planetario aparecieron por doquier. Una línea de tiempo apareció arriba, y conforme pasaban los años, las rutas se extendían más allá de Neptuno. — Los cielos de metano de Titán también son una fuente importante de combustibles para los transportes ligeros. El invento más importante llegó en la primera década del siglo veinticinco, poco antes de que dejáramos la órbita de Plutón, gracias a los aceleradores de partículas de Marte: los agujeros de gusano. Con su ayuda, las rocas de Caronte se transformaron en pequeñas bases limítrofes desde donde se lanzan todas las naves de exploración y colonización actuales.

Supongo que se verá muy distinto a los documentales que tenemos a bordo. Lo que me parece raro es que se lancen desde Plutón y no de los mundos conquistados.

Fueron grabados entre 2003 y 2008, cuando no se creía posible la terraformación.

Quinientos años de atraso.

Los viejos tripulantes consideraron importante que sus hijos creyeran otra cosa para acelerar los trabajos de terraformación. El espacio-tiempo de muchos de los sueños codificados está establecido en la tierra, durante la gran crisis ecológica de mediados del siglo veintiuno. — El ayudante hizo una pausa. — En cuanto a por qué las arcas parten de Plutón, tiene que ver con la hegemonía de la Tierra. Si los demás planetas empezaran a lanzar cosas al espacio, pronto se perdería el liderazgo.

Una lucha por el poder. — Abigail dio media vuelta y sus ojos cayeron en una negrura sin fin. — ¿Cuántas arcas hay en movimiento?

Cuarenta y cinco, y se fabrican otras seis.

¿Nada más?

Así es. En la actualidad hay doscientos diecisiete planetas terraformados e integrados a la red de agujeros de gusano con sede en Cronos, un planeta santuario, preservado como parque, jardín, y lugar de paso de todo el comercio del sistema.

Pensé que no habría comercio ya.

Cambiaron los poderes y las monedas, pero sigue habiendo.

¿Razas alienígenas?

Muchos de los microbios que se utilizan para purificar el agua vienen de Titán, y un gran porcentaje de los insectos de a bordo se descubrieron en Venus, Marte y Titán, pero no se ha logrado encontrar vida inteligente hasta ahora. Se considera que tenemos un 15% de probabilidad de

encontrar alguna anomalía en los próximos veinte años; hasta hace dos siglos, se creía imposible.
Es todo, Novarii, gracias.

Esa misma tarde bajó otra vez al jardín y recorrió el laboratorio hasta la computadora central. Ahí estaban los controles de clima, altura, flora y fauna. Incluso podía delimitar profundidad y sedimentación. Los controles de un planeta. Accedió al menú principal y encontró un montón de opciones. Podía manipular las temperaturas a su antojo. Tenía tres hectáreas para hacer los experimentos que quisiera, pero se conformó en revisar cómo era que funcionaba todo. El único sector que aparecía bloqueado era el del centro; todo lo demás le parecía casi un creador de mundos como los que había visto en México algunos años antes. Lo pensó otra vez. Sí, hacía tiempo que había decidido aceptar esos recuerdos como suyos, como verdaderos, y aunque estaba consciente de la verdad, que ella había crecido en una bolsa como los demás, ¿quién, sino ella, sabría que no era cierto que no había nacido en la tierra? Salió del laboratorio con la pregunta sumida en la profundidad de su cráneo y se dirigió a los criaderos. Se acercó a una de las crisálidas y escribió "accidente en la mina, sobrevivió con cicatrices" y un láser tatuó un par de heridas en la pierna y el brazo del durmiente. Así que ninguna de éstas es real; al menos, no ocurrió de verdad. Siempre creerá que algo se le cayó encima. Escribió "borrar comando anterior" y un par de máquinas deshizo las cicatrices; una tercera, mucho más pequeña, se colocó sobre su frente y hubo un pequeño destello de luz. Caminó hasta el núcleo computacional de la nave y escribió "garantiza mi supervivencia"; luego fue a su camarote y se dedicó a destruir todos los recuerdos de la tripulación anterior. Pensó en los demás. Cincuenta mil horas. Tenía todo el tiempo que podría necesitar para alterar los recuerdos del contramaestre y del resto de sus oficiales. Pero antes necesitaba saber la historia de cada uno. Se dirigió a los tanques de incubación etiquetados como Personal Indispensable, Código de Autorización nivel 7 y abrió la compuerta. Intentó acceder a los sueños de sus oficiales una vez, luego otra, y por fin, Novarii confirmó lo que sospechaba: se trató a los oficiales con el mismo cuidado que a los discos duros.

Novarii, ¿cuánto tardaría en aprender programación cuántica?

No puedo darle esa información, capitán. No después de los intentos de pirateo que acabo de presenciar. — Abigail hizo un gesto de fastidio y recitó la contraseña.

Código de acceso 7368542. Anular protocolo de seguridad en el personal indispensable. Conserva estable los signos vitales, pero dame acceso a los sueños de mis subordinados. También necesito una cámara de criosueño y toda la información que tengamos sobre pirateo de terminales cuánticas. Código aceptado. Protocolo de seguridad no anulado. No se puede dar acceso a los sueños de los tripulantes. Bloqueo cuántico de codificación

fija. Se le otorgará una parte de la información; tendrá que deducir lo demás por su cuenta, capitán. No puedo proveerle nada sobre pirateo cuántico. — Apareció una lista gigantesca de programas y luego se reflejó una marea azulada, casi brillante, que simulaba el flujo del tiempo y la conciencia de la máquina. Antes de que Tariq pudiera decir algo más, Novarii agregó —Sin criostabilizadores, el máximo tiempo recomendado para permanecer en criosueño son quince semanas; cada día a partir de entonces puede causar daño cerebral permanente. Accediendo a información sobre programación cuántica, capitán. — La nave abrió las puertas del camarote de Abigail, y mientras ésta se acomodaba en su cápsula de criosueño, susurró una sola palabra. Cuídanos.

Capítulo 3

Segunda Fase: Criogestación - Abigail

Aprendió rápido las bases de la programación cuántica. Todo partía de la diferencia entre bits y cúbits: mientras el bit tenía que elegir entre cero y uno, el cúbit podía ser todos los valores a la vez, dependiendo de lo que se necesitara. La información se transmitía mucho más rápido y se podían resolver operaciones más complejas en menos tiempo. La computación binaria se extinguió un par de años después de que se lograra estandarizar el código. Éste permitía contraseñas fluidas, lo que significaba que, aún si los atacantes daban con el código correcto, éste podía cambiar. Se establecieron contraseñas de hasta cuarenta capas, algo imposible con la encriptación binaria, y encima de eso, las contraseñas cuánticas permitían solicitar valores como peso, código genético, reconocimiento de voz, todo en un solo intento. Muchos de los piratas de la generación binaria desaparecieron, pero había al menos cinco casos registrados de filtraciones de datos. Le llamó la atención que tres hubieran sido durante los primeros años de la nueva era. El primero, durante una conferencia de prensa en Aguascalientes, una ciudad en México. Se filtraron accidentalmente los códigos que estaban presentando y se robaron cientos de miles de cuentas de banco. Un par de meses después, en Nueva York, los mismos piratas robaron datos de empresas de Estados Unidos y se perdió la credibilidad del encriptado cuántico. El tercero fue un año después, ya que se había repuesto un tanto la confianza pública en este sistema. Los años se sucedieron y, casi una década después de la primera filtración hubo otra. El internet, que se había establecido ya en todo el mundo, se desarticuló en apenas dos días, y la tierra entró en una parálisis completa. Sin embargo, estos pirateos contribuyeron al desarrollo del externet, la versión extraplanetaria, casi instantánea, que terminó por estandarizarse aún más allá del Sistema Solar. Pasarían más de cien años antes de que hubiera otro gran golpe: el más grande y el último. Después de eso, se desarrollaron las contraseñas fluidas y los cierres de ADN. Eso tenía casi tres siglos, y con la instalación de las AI autoconscientes, el hackeo se volvió virtualmente imposible.

Pero había una manera. Luego de una búsqueda rápida, encontró restos del ADN de sus padres regados por aquí y por allá. Y tenía al menos un recuerdo de su madre escribiendo algo en la computadora. Quizá no pareció importante y lo dejaron ahí. Desde el sueño, Abigail solicitó rebobinar el tiempo cincuenta años, cuando gran parte de la tripulación original seguía viva. Los biólogos discutían por qué no podían meterse en criogenia ellos: al parecer, hacerlo habría cortado el suministro de

crioestabilizadores y ni unos ni otros habrían llegado a la biósfera 238. Otros decían que, aunque tuvieran las reservas necesarias, su edad no se los permitiría. Hablaban de la desestabilización del núcleo celular adulto y de cómo, una vez que se alcanzaba cierta madurez, éste no era capaz de soportar la congelación.

No son nada más nutrientes, Héctor, también nos ayudan a sobrevivir de grandes.

Vic tiene razón. Si usamos los estabilizadores que tenemos, ni siquiera alcanzaremos a llegar. Todos subimos sabiendo eso. — Miriam ni siquiera volteó. Estaba revisando a los fetos desde el área de mando.

¿Y todos tan tranquilos?

Pues sí. Nuestros genes nos sobrevivirán en el nuevo planeta. Además, sabes que puedes transferir tu conciencia a uno de los fetos. Tardarás unos años en recordar, pero no morirás.

¿Cuánto tardaron en convencerlos?

¿Convencernos?

De toda esa mierda, Vic. Todos sabemos que moriremos, esté donde esté nuestra conciencia.

Y ponerte imbécil por eso no nos hará más fáciles las cosas. ¿De qué te quejas? Podrías estar encadenado a los reactores.

¡Yo no sabía que no volveríamos a la tierra!

Novarii, Héctor queda relevado de su cargo. Deshazte de él. Y de Vic también. — Unas ametralladoras surgieron de las paredes y acribillaron a los científicos. Unos drones, más viejos que los que conocía Abigail, limpiaron la sangre y un par de autómatas se llevó los cadáveres a un lugar que no alcanzó a ver. — Borra esto de la memoria.

Denegado, Miriam.

¿Cuántas veces tenemos que pasar por esto?

Tantas como sigas eliminando a los clones que te acompañan.

De acuerdo, no lo borres. Bloqueo de seguridad, sesenta capas de encriptación.

Introduzca la contraseña, capitán.

Urano 7, Terra 3, Saturno 6, Neptuno 8, Júpiter 5, Marte 4, Venus 2, A. Tariq.

Bloqueo completo. Archivos codificados para acceso únicamente por Abigail Tariq o Miriam Torres.

Intégralo al sueño criogénico.

De acuerdo. ¿Algo más?

Necesito otros dos ayudantes. Y quédate cerca de mí.

Abigail pausó el sueño. Los cientos de miles de yottacúbits de información le permitían hacer una reconstrucción milimétrica de todo cuanto la nave hubiera visto y el sueño criogénico no era sino un programa más de la nave. Se acercó a los monitores que había programado hacía tantos años y recordó que ya antes había intentado acceder al núcleo de la nave.

Reinició el sueño a una décima de la velocidad normal y fue estudiando los patrones que encontró en la terminal cuántica. Luego siguió a Miriam, su madre y ella misma, y encontró los bancos genéticos que necesitaba. Se preguntó quién más se habría conservado entre los otros seis miembros principales y regresó el sueño a la etapa de inseminación. Miriam programó a su hija para aprender más rápido, para ser más prudente que ella, y buscó al resto. Una luz roja inundó su cerebro. Era su alarma. Tenía dos semanas más. Se acercó a los simuladores de sueño y los decodificó. Ahí sí podía ver las vidas de sus compañeros; al menos, las vidas que Novarii recordaba hasta antes de que ella se entrometiera. A fin de cuentas, no iba a editar nada, sólo a leer lo que ya estaba escrito.

Capítulo 4

Segunda Fase: Criogestación - Ríos

Salió de su casa con la laptop en la maleta. Esa tarde le habían confirmado la sede para su examen de admisión en la flota de terraformadores 238 con destino a un planeta que, se decía, tenía ya una atmósfera completa. Esos eran siempre los mejores porque ahorrraban bastante trabajo, y las empresas solían pagar muchísimos créditos por poner los pies sobre ellos antes que la competencia. Lo bueno de las arcas, pensó Ríos, es que necesitan todo tipo de gente para que las nuevas colonias pudieran arrancar sin contratiempos. Recordaba cómo hacía apenas treinta años, dos antes de que naciera, se hablaba del descubrimiento de agua en Marte y, aunque el público en general no parecía sorprendido, su papá se encargó de que ni él ni sus hermanos lo olvidaran. Cuando cumplió veintidós, había terminado de estudiar una ingeniería en astrofísica en México y se estaban lanzando las primeras misiones de terraformación a Marte; seis años después se confirmó que había algunos microorganismos terrícolas capaces de sobrevivir ahí. Justo a tiempo, pensó, porque la gran crisis ecológica de fines del siglo XXI estaba en su etapa más crítica. El 60% de la población mundial había desarrollado enfermedades cardiovasculares y respiratorias, y las tres o cuatro reservas de árboles que quedaban no alcanzaban a reducir las emisiones de gases pesados que había en el medio ambiente. Durante todo ese siglo se habían preocupado por disminuir el dióxido de carbono, y aunque se inventaron métodos para solidificarlo y enterrarlo, se olvidaron del resto de los gases. Había óxido de nitrógeno, eso lo sabía todo el mundo, pero la industrialización se había encargado de subir nanopartículas de argón, plomo, arsénico, hierro y cobalto a la atmósfera, y para cuando se dieron cuenta, el daño ya era irreversible. Entre 2080 y 2083 se intentaron colocar plataformas extractoras de gases y bombas de impulsos magnéticos. Ambos fracasaron. Las primeras no lograban discernir los átomos a extraer en las muestras de aire capturadas y terminaron haciendo un nuevo agujero a la capa de ozono. Las bombas fueron más efectivas: al menos, las moléculas metálicas dejaron de ser un problema tan severo, pero la contaminación por munición electromagnética empezó a interferir con los satélites y con la escasa vida marina que sobrevivió a los derrames de petróleo ocasionados por los hundimientos de las plataformas oceánicas.

La capitana Abigail Tariq apareció ante ellos como una salvadora, como Noé que les aseguraba que las pocas vidas que quedaban en el planeta se preservarían. Una inversionista excéntrica, decían unos; los

fanáticos dijeron que se trataba de la misericordia de Dios. Sea como fuere, él estaba ahí, con todos sus años de estudio por delante. Él sabía ganarse a la gente, sea cual fuere su condición social o pensamiento, y era muy poco conflictivo. Y, tenía que admitirlo, también solía ser resentido con quienes no caían inmediatamente bajo su hechizo. No era algo que saliera en las pruebas psicométricas, pensó José Alejandro Ríos, y no tendría por qué evitarle el pasaje a Novarii. Los someterían a criogenia. Encontrar otro planeta era la única esperanza que tenían como raza humana para sobrevivir.

Capítulo 5

Segunda Fase - Criogestación: Sophie

Subió a Novarii una semana antes de que se empezaran a ejecutar los protocolos de criosueño, lo que le daba al menos unos nueve días para explorar la nave. La capitana Abigail, o al menos un holograma bastante convincente de ella, le daba la bienvenida a cada uno de los pasajeros, y una vez que encontró la cápsula que le correspondía, todos sus efectos personales fueron transportados ahí por los autómatas de la nave. Recorrió los anillos exteriores que ella misma había ayudado a diseñar para todas las arcas Orión III con la misma tranquilidad de alguien que domina el barrio en el que vive. Porque de cierta manera, lo hacía. La capitana misma la había buscado por sus talentos como ingeniera civil, arquitecta y mecánica, y si había alguien a bordo capaz de encender uno de los motores warp con apenas una caja de herramientas y el combustible necesario, era ella. Pusieron todo cuanto podían necesitar en un disco duro líquido, y a través del externet, podían actualizar o buscar datos en la red interplanetaria que habían construido a lo largo de los años. Parte del diseño, también lo sabía de sobra, estaba basado en su trabajo. Los primeros años nadie sabía quién era Anne Sophie Kohlbrenner; los ingenieros y diseñadores le robaron proyecto tras proyecto, hasta que ella se hartó y mandó matar a uno de los profesores de Berlín. Ella misma se entregó a la policía alemana, pero Tariq, quien vivía ya en Europa en ese entonces, relacionó la desaparición de los diseños arquitectónicos más innovadores de principios del siglo XXII con ella. Rastreó la celda en la que estaba y la sacó de ahí, no sin antes sobornar a media prisión.

Con Sophie a bordo, Tariq logró programar las máquinas para que iniciaran la construcción de la gigantesca ciudad Érides. Cada una de las cuatro arcas que partían ese año de Plutón y Caronte eligió una ciudad terrestre como molde, y los drones y autómatas trabajaron día y noche durante los cuarenta días que duró el abordaje para edificar los cimientos e instalar los estabilizadores de gravedad que ayudarían en el desacople. El resto de los materiales se obtendrían del espacio y se terminaría la construcción a bordo, mientras toda la tripulación dormía. Varios de los ingenieros de la tierra lograron desarrollar robots que ingerían electrolitos, y desde entonces las estaciones de carga para vehículos y autómatas se descontinuaron. Tendrían tiempo, mucho, y quizá mejorarían sus propios diseños. Ya antes la inteligencia artificial había superado las barreras humanas más de una vez, hasta que un tal Scott programó a Jane, la superinteligencia que no sólo estaba consciente de sí misma, sino que

entendía a los seres humanos como un experimento suyo al que sólo debía observar y apoyar en cuanto pudiera. Las partes de superioridad y observación funcionaron de maravilla, y desde entonces se pudo trabajar mano a mano con las máquinas. De hecho, hasta donde sabía, todas las naves desde el año 2090 tenían una terminal Jane. Claro que los capitanes de naves adoptaron pronto la costumbre de los marineros de llamar a las naves como se les viniera en gana, y, por ende, las inteligencias se renombraban también. Sabía que Tariq había elegido el nombre de la nave mucho antes de consultarla. Tenía entendido que combinaba las novas estelares, los corazones de un millar de soles, con cierta influencia latina. No sabía mucho más. Anne Sophie Kohlbrenner era arquitecta, no historiadora, y se aseguraría de que Abigail Tariq la reconociera por sus logros y su conocimiento. Tenía tiempo. Tenía mucho tiempo para prepararse.

Capítulo 6

Segunda Fase - Criogestación: Yoshida

Japón quedó atrás cuando el avión despegó. Lo mandaron a Estados Unidos como parte del programa de colonización Cinturón de Orión, que pretendía cerrar el círculo de colonias fronterizas que tenían como centro a la supertierra Cronos. De Estados Unidos partiría al agujero de gusano ubicado en el inmenso desierto del Sahara y de ahí llegaría a Plutón en menos de diez segundos: el Sistema Solar era el único que poseía agujeros de gusano conectando todos los planetas. Las computadoras lo seleccionaron con base en un examen de conocimientos generales. Las siguientes pruebas eran sobre sus conocimientos de biología general, composición atmosférica y medicina humana. Todos sobresalientes. La última fue sobre química orgánica. Le pareció ridículo, pero cuando le dijeron que había arrasado en todas las pruebas, empezó a encontrar conexiones. Quizá le pedirían que saliera de su zona de trabajo, biología vegetal, para dedicarse a algo relacionado a la clonación. Y mientras más lo pensaba, más seguro estaba. Los clones se empezaron a fabricar en serie a partir de 2110, cuando se descubrió que se podía matar una parte del cerebro y anular la personalidad para usarse como cascarón. Las personas que lo desearan, podían intercambiar cuerpos con sus clones, e incluso mejorarlos. Yoshida no quería tener nada que ver con ello, pero la promesa de abandonar Japón, un Japón que se había recuperado de la Bomba Atómica pero que olvidó a sus veteranos, terminó por convencerlo. Era viejo, sus dedos se atrofiaban cada vez con mayor frecuencia y los ojos le dolían. Los implantes oculares caducaron tres años antes, y las clases mediocres que impartía apenas le daban para comer; ni siquiera había pensado en comprar otros órganos. Además, era el último de los Yoshida descendiente del samurái Kiyomasa, perteneciente al clan Kabuto, y no podía permitir que el honor de sus antepasados muriera con él. Tenía que irse al espacio para salvarlos. Y más importante aún, para salvarse. Quería dejar atrás su crisálida. Tenía una vida entera por delante. Podía hacerlo. Podía descubrir los genes que tenían las llaves de la inmortalidad y arrancárselas de entre los dedos. Y decían que la capitana, una tal Abigail, era un tanto laxa con las leyes de a bordo. Si algo podía mejorar dentro de la nave, lo admitiría, costara lo que costara.

Capítulo 7

Segunda Fase - Criogestación: Boro

Creció en los suburbios de Westminster, rodeado de las leyendas del Destripador y las constantes burlas de los demás barrios por los incendios del 88. Las fábricas eran monstruos hambrientos de carbón y de las vidas de los niños que mandaban a las minas cercanas. Algunos, decían, ni siquiera regresaban a las locomotoras: los dejaban ahí tirados entre los charcos de las lluvias perpetuas y el hollín. Tenía miedo y los barcos y los dirigibles no eran mejor opción. Y para colmo, era negro; sus padres, hasta donde sabía, habían sido llevados a Inglaterra como parte de un lote de esclavos. Los capataces no dudarían en matarlo a la primera queja. Así le pasó a sus primos. Más te vale que se te olviden sus nombres, le dijo un viejo de negro con sombrero alto y bastón. No llegarás lejos con esa mierda que llevas encima. Oh, cierto, es tu piel. La vida en las pocas casas que no se habían quemado no era muy distinta: ahí abandonaron a todos los rotos y fracturados. A los obreros que morirían tarde o temprano, a las bocas menos, a las cargas de más. Pero entre todos ellos, había una mujer, musulmana hasta donde podía ver, que les ofrecía ropa y comida, sacrificando lo poco que tenía. Abigail, supo su nombre algunos días después. Y le dio algo de pan. Y luego más. Y luego más, hasta que Tyrone, como se llamó a sí mismo, no pudo dejar de comer. Abigail le sonreía y le daba más pan, y un día le pidió que la siguiera. Vamos a un lugar lejos, muy lejos, más allá del mar y las estrellas. Pero tendrás que confiar en mí. Has soportado mucho, pero ahora estás en mis manos. Tú te llamarás Dakar, Dakar Boro, y podrás elegir el cuerpo que quieras. Estás en una simulación: queríamos entrenarte para el viaje intergaláctico. El mundo que conociste por tantos años, por diez y seis para ser exactos, ya no existe. Eres parte de la flota de Novarii, y los vagos y rotos que te seguían serán tus compañeros. Tú eliges, Dak. Tienes tiempo, pero elige bien. Te estaré esperando en la sala de mando cuando estés listo. Abre los ojos y contempla el nacimiento de una nueva era.

Una luz lo cegó. Las cicatrices de sus brazos, sus piernas, el ojo que no tenía porque se lo habían sacado unos pandilleros, todo fue restaurado. Se vio ante un espejo y ya no tenía diez y seis, sino veinte, y sabía más cosas de las que podía siquiera recordar haber aprendido. Comprendió los cambios de poco más de medio milenio en un instante y pudo ver, desde muy lejos, una tierra que le sonreía. Se desperezó y se levantó de la silla en la que había estado. ¿Para qué lo querían? Cualquier persona a bordo sabía más que él de casi cualquier cosa, pero si Abigail

no mentía, quizá lo necesitaban por su habilidad para acercarse a la gente. No tenía sentido, pero él no decidía. Abigail confiaba en él, y no podía defraudarla.

Capítulo 8

Segunda Fase: Criogestación - Dragunov

El gulag hedía a alcohol. Varios de sus compañeros estaban tirados, dormidos, quizá muertos. Quizá sólo uno de ellos viviera bajo la enorme montaña de cobijas y cuerpos, una crisálida que se formó a través de la muerte para proteger a la larva de los menos 65 grados centígrados del exterior. Las paredes de lámina lo hacían más terrible, más inhumano, si era posible darle humanidad a un viento que soplaba y segaba las vidas que tocaba. Alexei y él, Fridor Dragunov, habían terminado en Siberia por hablar contra Stalin. Una vez, en una borrachera. Una sola vez hacía más de doce años. Luego entendió lo profundamente estúpido que había sido. Que la KGB estaba en todas las casas y vigilaba a cada uno de los ciudadanos era un secreto a voces, y aún así, se les ocurrió hablar. Alexei murió dos años antes, aplastado por un desprendimiento de rocas, y lo poco que le quedaba de hombre se fue con él. Desde entonces, se había jurado dejar la bebida, y esa noche en particular, lo agradeció. Conforme se fue desentumiendo se dio cuenta de que los diez que quedaban junto a él habían sido envenenados. Les mezclaron drogas en el vodka. Así morirían sin dolor, o al menos sin conciencia del dolor. Pero él no podía quedar ahí. Fue lo último que Alexei le había hecho jurar. Dime que te irás a casa y pondrás a ese cerdo de Stalin en un palo.

Lo único bueno de Siberia era que no había gente, y eso significaba que no había ni luces ni testigos. Conocía bien las estrellas, sabía qué nieve podía beber y cuál no, y tenía al menos un mes de suministros en una mochila que improvisó con las ropas de sus compañeros. No necesitarían ni unos ni otros, y él sólo necesitaba caminar hacia el sur, hacia abajo, alejándose de la estrella polar. Entonces dedujo que tendría que caminar de noche y limitar las pocas horas de día que tenía a dormir. Es lo mejor, de todos modos. Con este frío, detenerme sería morir. Y tenía horas y horas para caminar y pensar. Conforme fue avanzando, se dio cuenta de que podía usar los cúmulos de nieve para refugiarse, como había visto hacer a los zorros, y aprendió a dormir cobijado por el hielo. No era lo más cómodo, sobre todo cuando lo que estaba cerca de él se derretía, pero al menos no tenía que preocuparse de morir congelado. Avanzó durante quince días, y al vigésimo empezó a ver los primeros pinos. Había llegado al sur, pero la alegría le duró poco. En el día veintidós empezó a ver muros, alambradas, restos de casas y llanuras carbonizadas. Una bomba. Se acercó al primer agujero que encontró. Frente a él, en todas direcciones, había restos humanos. No sólo no los habían matado las explosiones: al parecer, ellos intentaron defenderse de algo. Otra guerra, pero ¿en Siberia? Caminó entre los cadáveres calcinados. Tenía poco el ataque, pero no recordaba haber visto ni aviones

ni luces durante la noche. Se preguntó qué estará pasando, hasta que encontró un edificio en buenas condiciones. Ya casi amanecía. Necesitaba dormir y guarecerse de las tormentas invernales. Además, le quedaba poca comida, y si tenía algo de razón, al menos habría basura dentro de él que pudiera servirle para sobrevivir. Abrió la puerta y un grupo de personas apareció frente a él, sonriendo y aplaudiendo.

Bien hecho, Dragunov. Bienvenido a Novarii.

¿Qué carajos?

Acabas de terminar tu simulación de Siberia. Casi termina el entrenamiento. Soy Abigail Tariq, capitana de la nave. — Le hablaba una mujer morena, con rasgos de Medio Oriente, muy guapa, y no iba sola.

¿Y esas quiénes son?

Tus recompensas. Muéstrame que conoces las estrellas y que puedes trazar mapas de memoria y te las puedes llevar a todas.

Capítulo 9

Segunda Fase - Criogestación - Berti

Pasó por el escáner y sus ropas y cuerpo cambiaron a las de un lanista de tiempos de Trajano, como si hubiera vuelto a nacer. Estaba en el Coliseo. Pasó algunos gladii modificados al hipólita y alprovocator. Le gustaba el peso de sus armas, la fuerza de las corazas que portaban y el sudor y la sangre. Dio un par de consejos, les avisó que los yelmos solían aguantar unos golpes y subió a las gradas. Apenas se estaba acomodando, la tierra se levantaba y Roma entera gritó cuando apareció en Tenochtitlán, transfigurada en un guerrero jaguar. Le pasaron un macuahuitl y un escudo. A la distancia se veían unos monstruos con cara de hombre, brazos de metal y seis piernas. Caballeros, pensó. Cortés con sus tropas. Gritó un par de órdenes en perfecto náhuatl y la visión cambió otra vez. Estiraba la mano con lo que creyó un estandarte; luego se dio cuenta de que era una cruz. Los musulmanes atacaban Constantinopla otra vez, y otra vez fracasarían. Saladino iba a la cabeza. Otro cambio. La madera de un destructor se sacudía bajo sus pies. Los cañones disparaban guiados por el ritmo de la guerra, y sabía que su barco no iba a sobrevivir. Alteró la simulación y entró a otro plano. Estaba en Úrim, una de las primeras biósferas descritas por Baltasar al-Sarrás, donde enanos y elfos peleaban usando magia. Otro cambio. Eligió regresar a la tierra, cuatrocientos años antes del despegue de Novarii. Segunda Guerra Mundial. Era un soldado italiano bajo las órdenes de Mussolini. No, no le gustaba ser un soldado raso. Cambió otra vez. Estados Unidos, guerra con Irak. Sería un piloto de dron. Prefería ser exacta sin tener que moverse. Más de una vez había elegido ser francotiradora en las simulaciones, o arquera, o algo que le permitiera atacar sin tener que hacer gran cosa. Y para suerte suya, tenía buena puntería. Arcos, ballestas, cerbatanas, rifles. Era letal con casi cualquier arma que le pusieran en las manos que pudiera causar mucho daño desde lejos. Abigail, la capitana de la nave, le había dado acceso a todos los bancos de datos que tenían sobre las armas y modos de vida de los seres humanos antes de ellos, y por eso la tenía en tan alta estima. Además, era menos trabajo obedecerla que tener que pensar todo ella misma. Eso también le convenía. Lo que fuera, con tal de hacer menos y mantener su prestigio.

Sin embargo, le interesaba saber cómo carajos había llegado ahí. Después de despertar en Novarii, se interesó por la historia de Marte. Había habido un conflicto en 2200 al que se le conoció como La Guerra de Reconciliación. En ese entonces, la tierra acababa de empezar la conquista de los planetas. La población de un recién terraformado Marte decidió que

la Tierra debía rascarse con sus propias unas; que ellos no eran responsables de haberse acabado el planeta. La tierra atacó primero. Una flota de cruceros de batalla Dracoatacó los satélites del planeta rojo y sitió la capital, Olimpo, por varios meses. Sin embargo, la menor atracción gravitacional permitió a los habitantes locales desarrollar armas Gauss mucho antes de que la tecnología se comprendiera del todo. En su momento, se les llamó la versión militar de la bicicleta o del Em Drive, la tecnología que, a fin de cuentas, les había permitido iniciar la terraformación del planeta vecino. La artillería Gauss causó catástrofes en la flota terrestre, y los militares de Terra, el nombre oficial de la tierra a partir de entonces, no dudaron en amenazar al jovencísimo Marte con armas nucleares. La artillería Gauss, sin embargo, demostró ser más temible de lo que sus propios creadores pensaron: se podía poner en órbita en cuestión de meses. Como los motores Warp aún no se inventaban, esto representaba una ventaja tremenda para los locales, que tenían meses para prepararse. El conflicto cambió de rumbo justo después del primer disparo del planeta rojo. No sólo habían destruido varios Draco, el cenit de la tecnología bélica terrestre en su momento, sino que, además, se habían apoderado de los restos de varias de las naves que cayeron en los océanos renovados del planeta. Las incipientes fábricas locales no tuvieron problemas para desarmar, investigar y reconstruir una sola a partir de los escombros. La segunda humillación de la tierra fue precisamente ésta: un montón de campesinos e ingenieros de segunda habían derribado con imanes y cúmulos de basura una parte de la entonces incipiente Armada del Mar Oscuro, compuesta por decenas de naves seminales Régulus I que darían paso a las Sirius y éstas a las superarcas Orión III. Tomaba clases de vez en cuando en los simuladores, las alternaba con batallas. Era algo que necesitaría. Todos ellos eran un solo imperio y los capitanes eran sólo los Legatii de un Trajano inmenso, inconmensurable y con un hambre de mundos que crecía y crecía. Novarii, la superarca de un dios. Me gusta. Siempre y cuando mate todo a su paso, la seguiré de mundo en mundo, de vida en vida, de estrella a estrella. Esa es una emperatriz a la que puedo seguir.

Capítulo 10

Segunda Fase - Criogestación - Abigail

Había funcionado. La línea de código, “asegura mi supervivencia”, se manifestó de diferentes maneras en cada uno de sus oficiales. Al parecer, no necesitaría hackear nada: Novarii ya había configurado a sus asistentes. Con la mente más tranquila terminó de revisar los datos que tenía sobre las computadoras, y pensó que sería más productivo investigar el planeta al que iban, la biósfera 238. Tenía unas horas más de criosueño y decidió aprovecharlas para empezar a ver los archivos. Después de eso tendría casi cinco años de viaje ininterrumpido. No supo cuánto tiempo perdió meditando en las implicaciones de un viaje tan largo y tan aburrido, pero cuando recuperó control del sueño lúcido, ya era tarde. Las alarmas que había puesto la forzaron a despertarse en medio de una oscuridad implacable.

Revisó una vez más los códigos de la nave. No había alteración alguna. Su experimento había funcionado. Revisó en los laboratorios de clonación y dio con los genes de su madre. Decidió ver qué tanto le permitirían programar nuevas cosas, alterar las viejas y crear protecciones propias. Lo primero que hizo fue rescatar un viejo juego de computadora que a su mamá parecía gustarle mucho. Lo dejó almacenado y buscó información sobre los cambios que podía esperar en su persona. La dieta de a bordo estaba diseñada para conservar el cuerpo en las mejores condiciones posibles a pesar del sedentarismo. El replicador de gravedad, establecido en 9.8 metros por segundo al cuadrado, mantenía la presión constante dentro de la nave. Los cuerpos humanos tardarían generaciones en acostumbrarse a las gravedades inferiores de los planetas externos, pero al menos podían controlar eso un poco. Corrió un análisis de la biósfera 238 y vio que la gravedad del planeta era de diez metros por segundo al cuadrado. Debería considerar eso. El estudio también le dijo que la atmósfera era parecida a la de la tierra de hacía unos trescientos años, aunque había diferencias notables en la concentración de arsénico, azufre, cloro, metano e incluso parecía que se había sintetizado, de manera natural, un compuesto similar al gas mostaza. Los escáneres de las biósferas 233, Vulcano, y 234, Sirius, señalaban que la mayoría estaba concentrada en los polos, pero que de todos modos se necesitaría ejecutar un protocolo de terraformación básico para descomponer las toxinas. Inhaló profundamente. La terraformación era un proceso lento y pesado; quizá deberían vivir exclusivamente en Érides durante al menos ocho años. Que ya estuviera la estructura de ozono y oxígeno les quitaba casi una década de encima, pero sería

tardado.

Dame la estructura química del suelo.

Análisis en progreso, capitán.

¿Qué puedes decirme del planeta objetivo antes de que termine el análisis?

Casi todo ya lo sabe. Planeta terrestre con atmósfera presente, y salvo algunas anomalías en los gases, el aire es perfectamente respirable.

Sin embargo, recomiendas que se realice una terraformación parcial.

Así es. No sabemos aún si existen bacterias u organismos nativos que puedan resultar perjudiciales.

¿Qué más?

Analizando datos recibidos. Al parecer existen algunas estructuras artificiales sobre la biósfera 238. Aun no poseemos imágenes de ellas, pero parece que han estado deshabitadas por al menos un siglo.

Siglo, dices. Bueno, eso explica parte de la atmósfera. ¿Qué se puede deducir con lo que tenemos?

Ya está pensando algo.

Sí, pero quiero escuchar tu versión primero.

Alguna especie aborigen se extinguió. Tenían cierto grado de inteligencia; cuando menos, lo suficiente para alterar su medio ambiente.

Quizá fueran colonos sin licencia, refugiados o algo.

La vegetación de la biósfera 238 parece reforzar su hipótesis. Hay un alto porcentaje de zonas boscosas, aunque las especies no han podido ser identificadas.

¿No se supone que era un mundo deshabitado?

En este momento estoy procesando la información recopilada para mandar un paquete de solicitudes de datos a la tierra. Responderán en dos años.

Cancela la orden. Pídela al planeta más cercano. Que vayan a Cronos por un agujero de gusano.

Orden recibida, capitán. Se envió a la biósfera 234, Sirius.

¿Cuánto tardará en volver?

Siete meses y medio.

Necesito más datos, Novarii. ¿De qué están hechas estas estructuras, qué funciones cumplían? ¿Hace exactamente cuánto que dejaron de usarse?

No dispongo de más información, capitán. Quizá en unos meses pueda realizar un escaneo más certero.

Carajo. Bueno, supongo que no hay remedio. Programa las celdas de los oficiales para despertar en tres años.

Se adentró en Érides. A pesar de que estaba desierta, era el único lugar donde se sentía libre. Los edificios, las calles, los letreros, las luces, todo reflejaba un estilo de vida completamente ajeno a ella, pero que conocía gracias a las simulaciones del criosueño. Entró a uno de los cines y pidió a Novarii que pusiera una película de fines de siglo XX, TheFly. Se rio más

de lo que hubiera querido. Quizá eso era señal de progreso, y de que la ciencia ficción de antes se había rebasado con creces durante la era espacial. Se preguntó qué pensaría Jeff Goldblum de los agujeros de gusano. Luego puso EventHorizon, TheThingy luego Alien. Al parecer, uno de los temas que predominaba en 1980 era el riesgo de la ciencia. Estuvo viendo algunas películas más, hasta que se quedó dormida en medio de TheAndromedaStrain.

Capítulo 11

Tercera Fase - Nivelación Atmosférica - Abigail

Los autómatas terminaron la construcción de Érides un año antes de llegar a la Biósfera 238. Había supervisado cada uno de los avances de la ciudad y pidió se rediseñaran varios lugares para tener una mejor vista de ellos. Los primeros en despertarse fueron Sophie y Naoki. Como prometió, la nave tenía mejores datos ahora que se encontraban más cerca del planeta. Había muchas especies terrestres en la Biósfera 238, pero les parecía curioso que todas ellas, sin excepción, pertenecían al reino vegetal. Si había animales, no quedaban ni sus huesos. Lo más perturbador para Naoki, sin embargo, era que ni insectos había. Cucarachas, hormigas, moscas, escarabajos. Ninguno de ellos, que se consideraban los insectos más resistentes y comunes de la tierra, y que se habían modificado genéticamente para ayudar en la terraformación de los mundos. Los océanos tenían una pureza química que no se encontraba ni siquiera en el agua tratada del Sistema Solar. Algunos grupos de bacterias, distribuidos de manera uniforme, (lo que, según Yoshida, era inusual) parecían haber sobrevivido la extinción planetaria. Aunque Naoki se veía joven, Abigail sabía que una conciencia pasada, a la que no había podido rastrear, le había pasado su conocimiento al biólogo. Estuvo trabajando en una simulación del clima, casi idéntico al de la tierra y, con la ayuda de Sophie, dibujó un mapa rudimentario. Tres grandes masas continentales formaban el 80% de la masa superficial del planeta, con el 20% restante conformado por islas. Una vez que Novarii dibujó los abismos y los montes submarinos, se calculó que había 35% de masa terrestre y 65% masa líquida.

Tal vez haya más islas, pero estamos un poco lejos para tener todos los datos, Abi. Por cierto, hoy se termina de construir el generador de atmósfera.

Bien. ¿Ya activaron los escudos de gas?

Ya. Se están haciendo modificaciones para atrapar partículas de cloro y arsénico, pero el resto de los elementos ya están aislados.

Es una ventaja que el uranio, el azufre y el argón ya vengan predefinidos en el programa.

Bueno, de alguna manera se tenía que llegar a Venus. ¿Qué más falta?

Ya lo sabes, Abi. Falta comprobar el sistema de desacople y verificar que la atmósfera artificial funcione.

¿Cuántos clones tenemos?

Se extrajo la conciencia a un centenar. Ellos estarán en la segunda generación de habitantes de la Biósfera.

Entonces tenemos cien cuerpos muertos.

Así es.

Hoy los probamos. Necesitamos ver que no se nos haya pasado el oxígeno.

Novarii. — Naoki se rehusaba a llamar “ayudante” a la inteligencia artificial de la nave, a pesar de que era la palabra clave para iniciar los protocolos de comunicación. — Necesito que revises las proporciones de gas en el exterior.

Buenas tardes según el reloj terrestre, Biólogo en Jefe Naoki Yoshida. Los gases que componen la burbuja de Érides son: Nitrógeno, 68%; Oxígeno, 31%; Argón, 0.93%, Dióxido de Carbono, 0.033%. Hay Kriptón, Neón y Helio en proporciones menores a 0.01%. En síntesis, es parcialmente respirable en exposición breve. No es inmediatamente letal.

Necesito realizar algunas pruebas. Conozco los efectos del envenenamiento por nitrógeno, oxígeno y dióxido de carbono, pero creo que a los demás les serviría verlos de primera mano. Capitán. — Abigail asintió. — . Eleva la concentración de nitrógeno a 99% en el matadero y lleva a diez clones ahí.

¿Evacúo el edificio?

¿Qué hay?

Están los animales de la primera generación.

Sí. Y limpia todo. Ese ganado ya está destinado para otra cosa.

Se quedó mirando los monitores a través de todas las pruebas del biólogo. Aunque había estudiado los papeles igual que Naoki, necesitaba información. Y no pudo negar que, cuando menos, había sido instructivo. Las pantallas y la voz del japonés le llegaban como de lejos, como si ella estuviera en una habitación llena de agua y apenas pudiera distinguir las balas que pasaban sobre ella. Le decían que lo primero que pasaba con el nitrógeno era que el cerebro decidía apagarse. Un shock de ausencia de oxígeno. La llamaban también el mal del buzo, porque solía pasar en la tierra que éstos se desorientaban en medio del océano y morían entre alucinaciones y sonidos que no provenían de ningún lugar. Pasaron a las pruebas con oxígeno. El primer grupo de clones presentó irritación en los pulmones luego de casi veinte horas de exposición a un ambiente con oxígeno al 40%, pero a Naoki le interesaba que la capitana y la arquitecta vieran los cuadros hiperóxicos. Elevó la presión a casi el triple de lo que estaban en la nave y aumentó la concentración del oxígeno. Después de un par de horas, los clones convulsionaron.

Se pone peor, pero creo que entienden el punto. — dijo Naoki, ya en el sexto día de pruebas. — Por eso en la tierra tienen tan controlado la exposición en los hospitales.

Queda claro. Podríamos matar a la tripulación con cambiar un dígito.

Recuérdame por qué vimos esto, Naoki.

Porque aunque la atmósfera a la que vamos a llegar es en gran medida inofensiva, parece que el oxígeno rebasa el treinta por ciento. Aún si no tuviera cloro ni arsénico, no podríamos respirarla. Necesitamos

terraformarla, y si eso nos lleva cinco o quince años, que así sea. Además, fuera del plástico, — añadió Sophie— todo lo que llevamos a bordo es susceptible al óxido y a la corrosión de los gases. Nada de esto se hizo para trabajar en condiciones anómalas: se espera que ya estemos en un ambiente terráqueo cuando abramos el domo.

Seis años.

Lo que tome, capitán. No es cuestión nuestra; es lo que pide el planeta.

Abandonó la sala en completo silencio. No habría manera de hacerlos cambiar de opinión, y por otro lado, no quería que vieran la derrota en su cara. Prefería que creyeran que se había ido furiosa y que, una vez en su camarote, había solicitado cientos de datos a Novarii para cerciorarse de que no era ella la que estaba mal. Quizá parte de su prisa era que no quería que se dieran cuenta de que ver el vacío entre las estrellas durante cinco años le había afectado.

Varias veces la nave la obligó a tomar un par de semanas de descanso en criogenia para evaluar su estado psicológico y hacer reparaciones en las secciones dañadas del cerebro. La primera vez fue la que más le preocupó, sobre todo porque no tenía experiencia previa. Los análisis mostraron un deterioro en las zonas responsables de la percepción del tiempo, de procesamiento del lenguaje y de los sentidos. Su visión había perdido diez por ciento de claridad en dos años y la concentración de glóbulos blancos había bajado casi 30% por la ausencia de enfermedades a bordo. Los músculos no habían perdido elasticidad, pero descubrió que casi 1% de su masa corporal estaba compuesta de nanopartículas de plástico que se habían acumulado durante los viajes. Las reparaciones duraron una semana; la computadora la sumergió en un sueño profundo en el que no era capaz de soñar nada. La justificación que le dio era que necesitaba apagarse un tiempo para que el cuerpo lograra registrar los cambios, asimilarlos y seguir su curso.

Y a pesar de que estudió durante cinco años los videos y las cintas, y creía tener un conocimiento sólido de quiénes eran quienes la acompañaban, se dio cuenta de lo poco que la habían preparado las simulaciones para conocer a su gente. Sabía que Naoki sería un tanto frío, pero no creyó que estaría completamente desprovisto de emociones. Lo había comprobado más de una vez; las demostraciones con los clones la hacían sospechar que, más bien, se trataba de una inteligencia artificial asimilada a un organismo biológico, aunque eso, hasta donde sabía, era un tanto ilegal. Claro que, después de lo que había hecho ella, se preguntaba si había realmente consecuencias. Novarii le había dicho que cada seis meses se

enviaba un reporte a la Tierra (algo que había cambiado desde que envió la solicitud de información a Sirius) para corregir o enmendar errores internos, pero a nadie parecía importarle que ella hubiera tomado el control absoluto de la nave. Quizá, pensó, ya les había comentado algo cuando mi nombre era Miriam. O quizá la tierra no es mas que una forma de mantenernos en raya, un mito como Zeus o los dioses de antaño, un gran ojo que nos mira sin que nosotros sepamos que está ciego. Mientras más lo pensaba, más sentido tenía. Aunque los clones no tenían conciencia, alguien debió pagar por ellos, y si algo había aprendido de las películas y de las cosas que le metieron en la cabeza antes de nacer, era que el dinero era poderoso. Por otra parte, de algún lugar tenía que llegar la información, y si era cierto que estaban fabricando mundo tras mundo, alguno de ellos debía saber algo más al respecto.

Novarii, pide una actualización de la terminal de la nave a Sirius B.
En ello, capitán.

Y pide datos de la tierra. Todo lo que haya sobre el planeta.

Capítulo 12

Tercera Fase - Nivelación Atmosférica -Ríos

Despertó con una gran luz en la cara, como en los cientos de películas que había visto. Pensó que se trataría de alguna secuela del viaje criogénico y no le dio mucha importancia. El HUD, la pequeña pantalla que los ingenieros de la tierra habían integrado al cristal líquido de su traje, le decía que Abigail quería verlos en el centro de mando en una hora y él iba con cierto retraso. A la chingada. Me hubiera dicho antes. Ella antes que nadie debe saber lo horrible que es despertar luego de tantos años congelado. O tal vez está muy ocupada. Ha de ser duro tener encima las vidas de medio millón de personas y quién sabe cuántos créditos. Porque Ríos sabía, y sabía bien que, aunque habían abandonado la tierra para buscar otro hogar, el dinero no perdonaba. Quizá por eso me eligió como apoyo. Necesita alguien que pueda ver los problemas antes de que aparezcan. José no pudo evitar sonreír. Los nahuales, adivinos o brujos le habrían servido más. Pero ya qué chingados: me tiene a mí. Puso la mano en una de las computadoras y pasó a los pasillos centrales. Se había acostumbrado rápido a la nave, quizá porque ya había visto algunos planos mientras dormía, o quizá porque el diseño era muy similar al que se veía en la ciencia ficción de principios del siglo XXI. Paredes blancas, lisas, infinitas, iluminadas por una luz blanca también, que le daba la sensación de estar caminando por un hospital. La diferencia esencial era que todo estaba señalizado. Si a mitad del camino se le ocurría que era mejor visitar primero la arquitecta, cambiar el rumbo no le costaba gran cosa. Unas luces en los muros, en el techo y en el piso le indicaban la nueva ruta. La presencia de Novariilo hacía sentirse en una prisión vigilada por alguien, aunque Ríos no sabía bien si era por la AI o por la capitana. Anduvo a paso rápido, con las luces prendiendo y apagando a su alrededor. Tenían casi energía ilimitada. Los reactores nucleares, aunados a un escudo de absorción de materia oscura, le permitía a la colonia generar más energía de la que consumía. Ni siquiera se podía imaginar cuánto era: se prendían y apagaban luces todo el tiempo, y sabía que se estaba fabricando una ciudad a bordo. Subió por una escalinata de cristal líquido que desapareció detrás de él y un escáner de retina le dio acceso al camarote de Abigail. Era la segunda vez que entraba desde que lo descongelaron. La primera habría sido una semana atrás, cuando la capitana le explicó los riesgos de haber permanecido en criogenia; el más común era el desbalance del reloj biológico que aún resentía. Y desde el primer momento se dio cuenta de lo mal que la había juzgado: pensó que, como el resto de los comandantes de las superarcas, tendría pinturas, muebles o algo exótico a la vista. Abigail no. Había un gran escritorio de cristal líquido, el mismo material que había integrado las escaleras, justo en el centro de la habitación, que era redonda. A los lados tenía dos

bancas, una especie de sala de espera para los oficiales o quienes quisieran platicar con ella, unos vidrios gruesos que protegían un acuario (considerando los cráneos de dinosaurio o de mamut que exhibían las demás arcas, algo muy menor, pensó Ríos) y poco más. Esa tarde estaban también dos personas, las primeras que veía desde que dejó la tierra.

Buenas tardes, Alejandro. Te presento a Fridor Dragunov, nuestro timonel y cartógrafo, y a Sophie, la persona que se encargó de diseñar Érides. Encantado. — Ríos extendió la mano, pero Fridor no le devolvió el gesto. Sophie le dirigió una sonrisa falsa y se dirigió a Tariq.

¿Cuánto falta para llegar, Abi?

Menos de tres meses. Desde donde estamos ya se puede ver el planeta. Ya es hora. Ya me harté de esta nave.

Todos, Gun. Estas paredes me van a volver loca. — Tariq se acercó a uno de los monitores de atrás y puso la mano encima. Unos segundos después, apareció la vastedad del infinito frente a sus ojos. — Esto es lo que he visto durante cinco años. Cinco años de nada. A veces se ven estrellas. Para aquellos que creían que el universo estaba lleno de colores y lucecitas, tengo que decirles que no es así. No hay nada entre planeta y planeta mas que la luz de las estrellas. Y hasta esa se pierde. He visto mucha mierda, Tariq. No creo que tus fantasmas se comparen al gulag.

Quizá no, pero ninguno de nosotros estuvo ahí.

¿Qué quieres decir?

Todos nosotros fuimos puestos en criohibernación antes de que la nave saliera de la tierra. Nos metieron cosas en la cabeza, pero nada es cierto.

¿Quieres explicarnos por qué Sophie?

Por cómo lo dices, parece que yo elegí esto.

No, claro que no. Pero tú puedes explicarnos, ¿no?

Una parte, nada más.

Pues habla. — Tariq, Gun y Sophie se acercaron al centro de la habitación. Ríos se quedó unos pasos atrás. Quería observarlos; tendría tiempo de integrarse luego.

Se estimó conveniente aprovechar el tiempo de estasis para programar la mente y permitir el libre desarrollo de la personalidad del individuo en un ambiente controlado. Hubo varias discusiones al respecto en la Tierra, pero se concordó en que era lo más adecuado para que nadie sintiera como si se les hubieran robado años a la vida. De cualquier manera, — Sophie encendió la terminal más cercana, que proyectó un cuerpo humano acostado — todos los cuerpos son molecularmente estables. Pese a nuestra edad aparente, cada tripulante de Novarii posee un cuerpo de veinte años biológicos.

En esencia, querían que viviéramos sin desgastarnos.

¿Para qué? — Era evidente en el rostro del ruso que algo de lo que estaban diciendo no tenía sentido. Será un bastardo, pensó Ríos, pero al menos sé por dónde puedo ablandarlo.

Para que ninguno de nosotros fuera un estorbo en la terraformación. — Ríos habló desde su lugar. Quizá fuera lo que había dicho o quizá que

había gritado sin querer, pero ambos oficiales lo miraron por primera vez.
¿Y éste quién es?

Ya les había dicho. José Alejandro Ríos, el Segundo al mando. Así que más les vale que vayan reevaluando su comportamiento frente a él.

Le falta médula para ser oficial.

Tiene una educación más ligera que la tuya Gun, pero verás que Ríos tiene lo que se necesita. Quizá no lo demuestre ahorita, pero no te querría a ti en su lugar.

Es uno de los siete, ¿verdad?

Sí, Sophie. Ven, Ríos. Si éstos dos te espantan, no creo que puedas lidiar con la colonia.

Capítulo 13

Tercera Fase - Nivelación Atmosférica - Dragunov

No podía creer que lo hubieran engañado toda la vida. Cuando por fin lo desconectaron de las máquinas que lo mantenían vivo, fue evidente que Siberia, Alexei y las mujeres que lo drenaron no eran más que una sombra, un delirio causado quizá por el alcohol. Y aún así, tenía las cicatrices. Abigail, la persona que lo había guiado a través de las diversas capas de engaño, su Virgilio en el infierno de las ilusiones, lo esperaba. Un último desengaño, le había dicho. Ella, al menos, era honesta. Y pese a que sentía que su vida no era sino una mentira larga, torcida, agradeció al Dios bueno y humilde al que siempre le había rezado por salir de los gulags. Porque nada podía convencerlo de que el hielo que se le había metido entre los dedos no era real. Y al menos, Novarii era un lugar agradable. Había pantallas por todos lados (Abi le puso un par de sueños criogénicos que le explicaron cómo había cambiado la tecnología desde el siglo XX) y pronto se habituó a los monitores de las paredes. Sin embargo, no podía quitarse de encima la sensación de que lo espiaban. Quizá eran las secuelas del programa y de la simulación de la KGB, o quizá la voz del ayudante que aparecía sin previo aviso, pero no se sentía completamente libre. Esa tarde (se habituaron a decir tarde y noche conforme a un reloj terrestre que tenían a bordo desde que la nave recibió las actualizaciones) Abigail le había mandado un mensaje de apenas tres palabras. Un último desengaño. Siguió las luces verdes que la nave había dispuesto y llegó, quince minutos después, al camarote. Les presentó a Ríos, un idiota mimado que venía de México, y luego los llevó a caminar. Los guio a una puerta grande, blanca, más o menos en el extremo posterior de la nave. Ahí estaban ya los demás oficiales: Berti, Boro y Naoki. Los tres eran nuevos para él.

Algunos de ustedes ya se conocen. Las presentaciones luego. Necesito que vean algo más. Varios de ustedes ya saben que no nacieron en la tierra, y me dicen que tienen marcas en el cuerpo que prueban sus vivencias. — Hizo un par de señales en la terminal y el sonido de unos pistones relajándose llegó hasta ellos. — Quiero que vean esto. Son los únicos que tendrán acceso a los criaderos. Nadie más puede saberlo.

Tariq, lo tenía muy claro, tenía un gusto tremendo por lo dramático. El cuarto estaba a oscuras, salvo por una muy tenue luz verde que pasaba debajo de ellos. Las refracciones a sus lados le dijeron que estaban rodeados de vidrio, y no pudo evitar imaginarse un acuario. Los pasillos eran muy estrechos, apenas cabían de a uno, y los vidrios muy altos,

como si estuvieran pasando a través de una zanja. Anduvieron a tientas por casi dos minutos, hasta que el imbécil de Ríos, que iba frente a él, se detuvo. Las luces se encendieron de golpe y se dieron cuenta de que estaban en otro acuario, pero diferente. Poco a poco, la realidad de lo que veían los alcanzó. ¿Y no había dicho Tariq “criaderos”? Arriba, abajo, a los lados, en cientos de miles de prismas rectangulares, había hileras sin fin de fetos humanos suspendidos en un líquido azul. Y cada que subía un nivel, los embriones adquirían sexo, uñas, dientes, y más arriba estaban los bebés. Antes de cualquiera pudiera decir nada, los estantes se desplazaron a los lados, dejando una gran sala cuadrada en el centro. Una computadora cúbica surgió del suelo, justo al centro de ella. Un último desengaño. Las palabras retumbaron una y otra vez en su cabeza mientras se acercaban al centro del complejo.

Para aquellos que estén muy seguros de sus historias, les tengo una sorpresa. Naoki, ¿me puedes mostrar el brazo?

Claro. — El biólogo se recorrió la manga del brazo derecho hasta el codo. Los rastros de una quemadura vieja permanecían indelebles sobre él. ¿Cómo te la hiciste?

Una explosión en 1945, hace más de quinientos años.

Claro que ninguno de nosotros ha vivido tanto.

¿Puedes examinar la cicatriz, Berti? — Abigail parecía medir a sus oficiales con cada palabra que pronunciaba. Gun se dio cuenta de que los únicos que no parecían sorprendidos aparte de ella eran Sophie y Naoki. — Estudiaste armas y heridas, ¿no?

Sí, capitán.

Pues adelante.

¿Me permite?

Con gusto, maestra. — Había visto sonrisas falsas antes, pero la del japonés las superó por mucho. Parecía más la amenaza de un animal. ¿Qué enseña?

Lo decía por maestra armera. — Tariq sonrió pero no dijo nada — Es la experta en todo, desde piedras y palos hasta armas de riel. Conoce el cañón de rayos gamma que tenemos a bordo. Supongo que habrá visto más de una cicatriz en su vida. — Naoki extendió el brazo y dejó que Berti se acercara.

Cientos. — Berti resopló, como si siquiera acercarse le costara un gran trabajo, y se puso a revisar cada pliegue, cada vestigio de la piel que alguna vez estuvo inmaculada — Son auténticas. Por aquí entró algo de metralla. Me sorprende que pudieran salvar los nervios.

No necesitamos pasar los exámenes de Berti de uno por uno. — Tariq se separó del círculo que se había formado alrededor del biólogo — Novarii, trae al sujeto A-6M4B. — Las máquinas se movieron y unas pinzas magnéticas movieron la celda marcada con el número que había dicho Tariq. — Quiero que presten mucha atención. Ayudante, acceso por reconocimiento de voz.

Acceso concedido. Bienvenida, capitán Abigail Tariq.

Dame todos los datos del joven que estamos viendo. Empieza por la

composición genética.

El 85% de los cromosomas de A-6M4B proceden del continente africano, 10% de México, 4% de Holanda y 1% de Arabia Saudita. Su secuencia genética fue procesada dentro del laboratorio. El sexo y la identidad de A-6 es mujer.

¿No tiene padres?

No. Es 100% sintético.

¿Qué podemos esperar físicamente de ella?

Manifestará algunos problemas cardíacos al principio, pero la enfermedad caducará cuando cumpla tres años fuera del criadero; esto para alinear su programa cerebral con la configuración corporal. Medirá entre 1.74 y 1.80 metros, dependiendo de la gravedad bajo la que se desarrolle. La pigmentación de su pupila podría describirse como verde aceituna. — Árabe. Quizá la capitana se sentía sola y la modificó. Ahora sé que no es cierto, pero recuerdo que alguien me dijo que me buscara una mujer exótica del sur. Que de esas había pocas en Rusia y que había que mejorar la especie. Y claro que puse de mi parte tanto como pude. Tanto y todo un sueño. — Tendrá piel clara por la influencia de los genes europeos y asiáticos, pese a que muchade su composición genética proviene de África. El color del vello corporal se puede alterar ahora, pero una vez que se determine, se quedará como el natural. — Una pantalla se desplegó a la derecha del prisma y apareció un estimado de cómo se vería la joven cuando despertara. Los ojos de Fridor bajaron instintivamente a los senos y luego a los muslos. Va a estar bien. Mejor que las que me pasó Tariq en el sueño. Tendré que llevarla a mi cuarto antes de que aterricemos.

¿Cuál será su edad aparente cuando desembarquemos?

Dieciocho años. — Nota mental: decirle al capitán que me debe una. Ésta estará bastante crecida para entonces.

Solicito acceso al programa de sueño criogénico. Extraer la contraseña de código genético. — Un drone apareció sobre ellos y retiró un cabello de la ropa de Tariq. Lo analizó en el aire y la computadora respondió poco después. Así que esta miserable tiene todo bajo su control.

Acceso concedido. ¿Qué quiere hacer, capitán?

Transmite en vivo el sueño del sujeto. Quiero que la pases a la edad media. Cabello rojo. Y constrúyenos unas sillas. Mis oficiales están cansados, y tenemos que ver algunas cosas con detenimiento.

Corría a través de unas calles empedradas que no conocía. Las antorchas pasaron junto a ella entre gritos e improperios. La dejaron atrás y, aun así, no se sentía a salvo. La van a agarrar, pensó Dragunov. Era seguro que volvieran a caminar por ahí en cualquier momento. No sabía cómo había pasado. En la noche se fue a acostar siendo completamente normal y despertó transfigurada por la magia de Osiris. Le va a poner cabello rojo la desgraciada. Con lo mucho que me gustan. Esta mujer sabe más de nosotros que nosotros de ella. ¿Y si nos hicieron igual a nosotros? Que

nuestras cápsulas estén en el camarote no quiere decir que no nos hayan germinado. Nos dicen que llegamos de la tierra, pero ¿es cierto? Y tenía la sensación de que no era de ahí. La gente hablaba y la señalaba, pero no lograba entenderlos; jamás en su vida había escuchado algo parecido. Ni siquiera las ropas se parecían a las que usaban los faraones o los esclavos. Estaba en otro tiempo y en otro lugar, como si estuviera soñando. Ni te imaginas, Esmeralda. Esmeralda, ¿por qué le puso ese nombre? Quizá recordó algún libro o algo. Esmeralda, un sacerdote, un jorobado, un militar y tres monstruos. Ni siquiera las estrellas se parecían a las que la saludaban noche con noche en medio de Egipto. Y ahora que estaba ahí, rodeada de hombres con caras blancas que sostenían a otro hombre, barbado y de cabello largo, torturado y ensangrentado, sobre ellos.

Altera el sueño. Hazla sentir a salvo. Nivelas sus signos vitales. Cuando se calme, la sorprenderán y le pegarán con la antorcha en la cara. No necesitamos verlo, pero podrías acostar al sujeto frente a nosotros. También quiero que dejes visibles los signos vitales.

La pantalla se apagó y las máquinas colocaron el prisma de manera horizontal. Un par de cortadores de plasma apareció dentro del acuario y trazó una estrella en la mejilla izquierda. Después bailaron sobre ella, haciendo cráteres y montes con la piel quemada, hasta que se reveló la cicatriz de una quemadura muy severa. El tamaño y la forma correspondían directamente con lo que ordenó Abigail.

Es un tipo de impresión en tercera dimensión. Lo mejor de todo es que podemos alterar o quitar lo que queramos. Ayudante, borra la memoria del incidente y la cicatriz.

Los cortadores láser bajaron una vez más, acompañados de otras pinzas que Gun no alcanzó a identificar. Retiraron un fragmento de piel y lo manipularon para restituirle elasticidad y color. Luego lo volvieron a unir. Nadie jamás podría haber adivinado que hacía apenas unos momentos, una enorme herida le había deformado la cara. Una pistola como las que se usaban antes para meterle clavos en la cabeza al ganado bajó y hubo un destello de luz. Dio un vistazo rápido a sus alrededores. Salvo por Tariq, Sophie y Naoki, el resto de los oficiales parecían tan consternados como él. ¿En dónde carajos estamos?

Capítulo 14

Cuarta Fase: La Llegada

La nave generó un campo magnético a su alrededor para escudarse de cualquier proyectil que pudiera haber en la atmósfera del planeta. Unas horas antes, los siete oficiales de Novarii se reunieron en el camarote de Abigail Tariq. Pudieron ver las enormes masas continentales de la biósfera 238 desde el espacio, y el arca les dijo que había más similitudes con la tierra de las que se esperaban. Poseía un satélite muy similar a la luna, tardaba 26 horas en rotar y los años del planeta duraban 357 días. La distancia entre 238 y su estrella, Sirius C, era de 1.1 UA, apenas 10% superior a la que separaba a la tierra y el sol, y la gravedad del planeta llegaba a los 10 metros por segundo al cuadrado, o apenas mayor a la de la tierra. En general, se podía hablar de una copia casi idéntica al planeta azul, según los datos que se tenían a bordo. Las diferencias más notables, según recordaba Abigail, era la presencia de una mayor cantidad de zona terrestre, una atmósfera con mayor cantidad de gases tóxicos y de oxígeno, menos nitrógeno, y que orbitaba una estrella amarilla desconocida hasta entonces. Pese a que era casi del tamaño del sol, los telescopios terrestres y los datos de Sirius B jamás la habían reportado. El planeta vecino respondió que quizá por la posición de su planeta no la habían visto antes. Como fuera, Tariq no le dio importancia. Tenían las mejores condiciones naturales de las que se tenía registro y no pensaba perder tiempo discutiendo. La prioridad, se recordó diciendo con la voz de Miriam, es conectar los agujeros de gusano. Necesitas las coordenadas del Externet Protocol que esté usando la tierra, así que lo primero que tienes que hacer antes de desacoplar la ciudad es solicitar la información al planeta más cercano. Una vez que la tengas, todo será más fácil. Como pedir más datos, y visitar Cronos. Después de entrar en red con el resto de los planetas de la galaxia, lo segundo más importante era conseguir suministros y actualizaciones para la nave en el mundo santuario. Habían revisado los archivos varias veces en los días previos. Novarii les proporcionó todo cuanto pidieron para hacer los preparativos, y desde que les mostró los criaderos, los oficiales parecían confiar más en ella. Dios da y Dios quita. Naoki me preocupa. Él sabe que cambié la venda por un velo pero, ¿hará algo?

Eligieron el ecuador del planeta para aterrizar una semana antes; según Yoshida y Gun, era lo más adecuado para la mayoría de los pasajeros, y además, era donde más zonas verdes y espacios abiertos había. A instancias de Ríos y Boro, la primera generación despertaría en sus camas, tres semanas después del aterrizaje. Un regalo que no

tuvimos nosotros. Querían esperar a que se aclimataran, para que sufrieran lo menos posible. Y no hagas tan evidente que podemos controlar el clima. Ya bastante tienen creyendo que nacieron en la tierra y la abandonaron.

Marcaron el día de su llegada con el día terrestre 20 de abril de 2502. La uniformidad del calendario les ayudaba a mantener cierto sentido de pertenencia, y ayudaba a que planetas con órbitas más excéntricas tuvieran una noción del tiempo, sobre todo después de la invención de los agujeros de gusano; si algo molestaba a Fabia Cecilia Berti era no tener los datos que quería. Necesito saber qué fecha le voy a poner a mi primer reporte, capitán. Es un detalle, capitán, pero comprenderá lo necesario que resulta tener todo en orden, capitán. Era una holgazana que siempre se las ingeniaba para sacarla de quicio. El ingreso a la atmósfera fue menos turbulento de lo que esperaban: la enorme superficie de la nave ayudó a dispersar el calor, y los propulsores warp se reacomodaron para funcionar como frenos. Se anclaron a una planicie dominada por una variante del césped común de la tierra, y durante dos días, Naoki realizó estudios y toma de muestras para comprobar que las plantas no fueran letales. Abigail nunca lo había visto hacer muchas expresiones, pero su cara le dijo todo. Estaban en una réplica del planeta que habían dejado atrás. Los llamó al camarote y una vez que estuvieron todos sentados, Naoki habló.

El ADN es terrestre, pero no tiene número de identificación. Parece que cualquier registro que se haya podido implantar, la mutación lo dejó fuera.

¿De qué hablas? — Ríos lo miró como si lo hubiera insultado. La información del administrador de ADN o del fabricante se inserta en uno de los cromosomas. Es un proceso nada invasivo, pero éste dura sólo un par de años. Si las estimaciones de Novarii son correctas, tiene más de 130 años que se plantó, así que es lógico asumir que los genes se desecharon hace cuando menos un siglo. Aunque todo el césped del planeta parte de unos cuantos esquemas básicos, ha tenido mucho tiempo para crecer y reproducirse sin intervención humana. Lo interesante es que algunas de estas plantas están empezando a asimilar los gases de la atmósfera.

¿Y qué implica eso, Naoki?

Que la terraformación tardará más de lo que esperábamos.

Explícate.

Las plantas nativas no sólo lograron adaptarse al clima: cualquier modificación en los niveles de arsénico o cualquier otro gas causará una extinción masiva.

¿Y qué hacemos? ¿Qué problemas hay con eso?

Tenemos dos opciones. Una, seguir con el proceso de terraformación planeado y destruir gran parte del ecosistema presente sin integrar sus

cambios a las colonias humanas, o dos, iniciar el protocolo Edén desde Érides y bombardear el planeta con biocodificadores para reconfigurar la vida del planeta.

Pero...

Pero necesitamos varias muestras de la flora local y hacer los ajustes podría llevar por lo menos seis meses, y año y medio en fabricar los genes mutantes. Si le agregamos los cálculos de daño ecológico...

Con eso basta. Ríos, ¿qué dices?

Le apuesto a la primera, capitán. No sabemos qué haya causado que desaparecieran los animales...

Deberíamos utilizar los trajes. — Boro era el único que parecía mirar al planeta y no al resto de los oficiales. Luego miró a Ríos y añadió — Sólo por precaución.

Sophie, Gun, ¿qué piensan?

Lo mismo, capitán. No podemos arriesgarnos. Si mandáramos biocodificadores, quizá algún virus podría asimilarlos y causar más problemas.

Lo que digan los demás. — Dragunov descubrió el tabaco dos semanas atrás, y desde entonces no se le veía sin un habano entre los dedos — Yo quiero una mujer y tener espacio para trazar mis mapas.

Berti.

Yo digo que deberíamos intentar lo del Edén. Nos da más tiempo para pensar y recopilar datos.

Eso lo hace la nave, Fabia.

Así es. Y nosotros podemos descansar del viaje.

Podríamos modificarnos nosotros. — La voz de Ríos se perdió entre las conversaciones de los demás — ¡Capitán! — Al menos, pensó Tariq, sabe hacerse notar — Estaba pensando, ¿qué pasaría si nos modificáramos nosotros?

Está prohibido.

Sí, lo sé. Pero si nos viéramos forzado a ello, ¿se podría?

Es posible, sí. — Naoki lo miraba desde detrás de las gafas que usaba.

Todos sabían que no las necesitaba, pero era algo que se le había quedado de sus tiempos como maestro en Japón — Pero perdimos nuestra mejor oportunidad hace setenta años. Entonces no sabíamos nada del planeta; ahora tendríamos que modificar a los más chicos. A nosotros nos podrían pasar dos cosas: o nuestro código genético se desarticula, o sobrevivimos y pasamos la adaptación a los hijos. Antes de que cualquiera de ustedes se emocione, — dijo, al ver que al menos dos de los presentes esbozaban una sonrisa — la muerte sería dolorosa, como derretirse en ácido. Hay un 3% de probabilidad de sobrevivir.

Descartado entonces. ¿Y las plantas?

Les pasará lo mismo, pero no somos nosotros, y se recuperan más rápido. La flora asimila los cambios genéticos en edad avanzada con un 70% de eficacia. En el peor de los casos, se perdería uno de cada ocho árboles, y el 30% enfermaría a nivel planetario.— Pensó un segundo y continuó — Podríamos modificarlos para que se reproduzcan un 15% más rápido. Se compensaría la pérdida en un par de generaciones.

Es un riesgo aceptable. Pues bueno, es eso o vivir encerrados en Érides por el resto de las edades del universo. — Sophie parecía más preocupada por otras cosas. Llevaba ausente desde que Naoki tomó la palabra por primera vez.

No tenemos tanto tiempo. Nuestro principal objetivo es hacer habitable el planeta y conectar el portal a la tierra. Tengo que concordar con la idea de los biocodificadores, aunque no me agrada. Es la que presenta menor riesgo para todos.

Capítulo 15

Quinta Fase: Desacople

Era una ciudad gigantesca, y los propulsores la movían como si no pesara. Boro sabía bien que tenía inhibidores de gravedad en la plataforma inferior, pero no lo hacía menos asombroso. Una sombra se proyectaba debajo de ella, y quizá por primera vez en muchos años, el planeta presenciaba un eclipse artificial, reducido en parte por las luces del aterrizaje. Y aunque iban a ciento noventa kilómetros por hora en uno de los cientos de vehículos que llevaban a bordo de Novarii, la ciudad parecía no querer dejarse alcanzar. Dakar llegó a preguntarse si de verdad llegarían a esa Atlántida en los cielos. Claro que sabía que aterrizaría en diez kilómetros, pero no podía dejar de comparar lo poco que conocía de Londres, una ciudad sucia y sin futuro, con eso. Usó los pocos meses que estuvieron completamente lúcidos para ponerse al corriente sobre las cosas de a bordo de la nave y fuera de ella; en menos de ochocientos años, el ser humano había descubierto cómo hacer que las placas tectónicas obedecieran a su voluntad. Aplastaremos, también, este mundo con nuestros genes y nuestra tecnología. Si tanto nos interesa la naturaleza, no es la mejor manera de demostrarlo. Los hijos de los hijos de Érides jamás verían algo así: ellos estaban destinados a escuchar las historias de una ciudad flotante, de un dios que había movido la tierra para que ellos pudieran vivir y ser felices. Y ahí iba, empujada por quién sabe cuánto uranio, a enraizarse en un suelo que no conocían. No temía a la ciudad, pero sí al viaje de exploración que harían en un par de meses. Le tocó estar cuando Dragunov y el biólogo descargaron el modelo tridimensional que había hecho Novarii hacía algunos años a la red HUD de los trajes. Lanzaron un centenar de drones muy cercana a la zona en la que se habían asentado y éstos encontraron vestigios de la ciudad que los había precedido.

La exploración general reveló algunas cosas interesantes. Era innegable que era la génesis de todas las especies arbóreas y vegetales que había en 238; encontraron restos de bombas biológicas, usadas desde hacía cientos de años para dispersar las semillas en el planeta, y un par de frascos vacíos: ADN de mamut, lobo, alce, cucaracha, paloma y cuervo. Había restos de titanio y acero, los dos materiales de construcción más comunes en toda la red planetaria, y las tomas aéreas revelaron un esquema de construcción similar al de Érides. Había dos avenidas principales que se intersectaban y formaban una perpendicular, y en el justo medio se alzaban los restos de lo que parecía una glorieta o monumento. Estaba claro que habían intentado dividirla por cuadrantes.

Los edificios, de concreto, acero y titanio, eran muy viejos, imposiblemente viejos. Entre él y Sophie dedujeron que debían tener más de un siglo, pero Naoki propuso que lo que sea que hubiera matado a los animales del planeta un día se quedó sin comida y se resignó a roer los edificios. Era lógico. El hambre golpeaba a todas las criaturas que conocían; incluso las bacterias de Marte y las de Titán necesitaban alimentarse para poder subsistir. Quizá por eso no quedaban vestigios. Si podía alimentarse de concreto y acero, los huesos no serían problema. El jeep frenó de golpe y sacó a Dakar de su ensimismamiento. Habían llegado al punto de reunión marcado por las coordenadas. Se quedarían a treinta kilómetros para ver cómo la ciudad se unía al mundo. Si bien la nave en la que iban, Novarii, tenía cuatro mil kilómetros cuadrados de superficie, Érides no poseía ni mil.

Boro sabía que, conforme se fueran adaptando al planeta, Novarii podría fabricar más ciudades, y varias décadas después, servir de capital a la biósfera 238. Por simplicidad, los mundos que adquirirían los humanos se quedaban con el nombre de la nave colonizadora, como en el caso de Cronos, Steelkilt y Almádena, y en los menos de los casos, se les daba el nombre de la estrella paterna, como con Sirius. Para distinguir entre unos y otros, se adaptó la convención de escribir los nombres de las naves en itálicas y los planetas en letras de molde. En el caso de la tripulación de Tariq, Dragunov fue el primero en referirse al planeta como Novarii, y en menos de un mes, Novarii se impuso sobre biósfera 238. El cielo tembló y los propulsores perdieron potencia. Las llamas azules que surgían de debajo de la plataforma se hicieron chicas, más chicas, hasta que desaparecieron. Boro pensó en un detenerse el tiempo; al menos, los inhibidores de gravedad fueron los últimos en apagarse. Los jeeps activaron los propulsores y se elevaron cien metros sobre las llanuras; unos segundos después, la ciudad cayó y una onda de choque sacudió la tierra. Una vez que pasó el terremoto, los jeeps aterrizaron y las computadoras reprogramaron la ruta a la ciudad. Estaban entrando en un nido humano fabricado por manos mecánicas y los pobladores no tardarían en hacer eclosión.

Capítulo 16

Sexta Fase - El Edén Renovado - Ageón

Estaban por celebrar el segundo año de la llegada a la biósfera 238, liderada por la capitana del artefacto aéreo que los había llevado hasta ahí. Ageón Xaros subió a Novarii poco antes de cumplir 29 años, y ahora que tenía 31 y una familia que cuidar, se alegraba de haberlo hecho. Los despertaron cuando la ciudad de Érides ya tenía algunos meses establecida. La tripulación les dijo que el aire dentro de la esfera era completamente seguro, pero que nadie se hacía responsable de lo que pasara afuera. A través de pláticas y de un curso obligatorio, a todos se les explicó por qué era diferente. Según ellos, había veneno, y morirían en cuestión de horas si lo respiraban. Y no hubo quien no dijera que todo era una conspiración para mantenerlos aislados del mundo, que creían la tierra, y protestaban porque los dejaran salir. Eso fue durante el primer año, pero las cosas se habían calmado bastante. Eran menos de cien mil personas; según Dakar Boro, uno de los oficiales, el 80% de la tripulación era demasiado joven para sobrevivir a las condiciones de Novarii. Por eso los despertaron en bloques. Quienes fueran adultos ya podrían ayudar a la terraformación y sobrevivir para ver a la segunda generación despierta. La segunda, a su vez, prepararía el camino para la tercera, y quién sabe, quizá hasta podrían beneficiarse de los experimentos genéticos del doctor Naoki Yoshida.

Sea como fuere, Ageón y varios más habían empezado a excavar las minas de hierro para activar las fábricas de Novarii, la nave. La capitana quería acelerar la producción de exoesqueletos, y uno de los principales recursos que necesitaba era el hierro. Los autómatas debían hacer el proceso de colonización más sencillo, y dado que la terraformación tomaría años, debían hacer algo para mantenerse ocupados y preparar las cosas para cuando se abriera la bóveda de Érides. La ciudad se fue llenando poco a poco de niños, y Ageón no tardó en encontrar pareja entre los cientos de miles de individuos que se levantaban todos los días con los primeros rayos del sol. Aunque les dijeron que los días de Novarii eran más largos que los terrestres, nadie recordaba las diferencias, y las dos horas adicionales se integraron rápido a sus rutinas. La colonia progresó, y seis meses después de que se abrieran las minas de hierro, José Alejandro Ríos ordenó la primera expedición humana a los alrededores para actualizar los mapas, satélites y datos del planeta; se les uniría un tal Dragunov. Sortearon a un millar de personas del Distrito Minero y eligieron a Ageón y a otros más. El grupo de cincuenta se dirigió a la salida sur de Érides y abordaron los jeeps. Luego viajaron por casi dos

horas al este, y conforme avanzaban, notó que había árboles. Éstos estaban distribuidos de manera uniforme. Alguien más habló por todos.

Estos bosques no son naturales. ¿Los plantamos nosotros?

No. Tienen más de cincuenta años. Los pusieron los primeros colonos. — La voz del ruso apenas se oía entre los pitidos y purificadores del traje. Fumaba dentro de él, y alguien debió ajustar algo dentro para que no se intoxicara.

¿Primeros colonos? Pensé que éramos nosotros.

No sea ingenuo, Eduardo. A veces algunos se adelantan.

¿A dónde vamos?

Les iba a dar la sorpresa, pero viendo que están nerviosos, tendré que arruinárselas. Primero: Los trajes que traen puestos están sellados por cierre electrónico. Sólo Novarii o la capitana pueden abrirlos. Esto es para asegurar su protección.

¿Protegernos?

Hay gases que no conocemos aquí. Y algo debió matar a nuestros competidores.

No me gusta nada esto.

Ni a mí, pero necesitan hacer mapas. Los drones nos dieron las orillas del bosque, pero necesitan gente en los restos de una ciudad. No la conocemos, ni sabemos su nombre original, pero la nombramos Dima.

¿Y qué hay ahí que necesitan que vayamos cincuenta?

Balas o algo. No soy el jodido capitán. No sé más.

Basta, Gun. — El otro oficial que iba en el vehículo no despegó los ojos del camino. — Ya saben lo necesario. Por cierto, soy Ríos — Vienen dos de los siete, pensó Ageón. Estamos en algo importante si la tripulación original nos acompaña.

Conforme avanzaban, la sensación de que algo estaba mal se fue apoderando de los mineros. Ageón no tenía miedo, pero algo no les estaban diciendo. No pasó toda la vida entre las minas de la tierra evadiendo a capataces ingratos para ir a morir a otro mundo. Decidió que lo primero que haría cuando bajaran sería hablar largo y tendido con el tal Ríos. Si tenía tal influencia sobre Dragunov, sólo le quedaba pensar que era, cuando menos, un rango más alto que él. La caravana constaba de diez vehículos tripulados por gente común y tres, que iban a la cabeza, llevaban autómatas de combate. Si alguna especie alienígena atacó Dima, necesitarían las armas adicionales. Berti logró incorporar los rifles Gauss a los exoesqueletos; los sistemas de armamento y focalización de los trajes los transformaban en soldados competentes. Los autómatas se adentraron en el bosque y desplegaron dos esferas, una a la izquierda y una a la derecha. Éstas, les explicó Ríos, eran balizas para coordinar los sistemas de rastreo de Novarii con los HUD de los trajes y ofrecer la mejor información posible a cada instante. Avanzaron en formación cerrada a través de los árboles. Eran las diez de la mañana, luego de casi tres horas

de viaje al este, y Ageón sentía crecer un nudo en la garganta. Dragunov iba hasta atrás. El traje que llevaba era más grande y lento que el de los demás. Ríos les dijo que se trataba de un modelo de mapeo que se actualizaba en tiempo real.

Cada traje tiene una computadora. En cuanto yo termine de hacer los trazos básicos, se ligará con el externet. Así sabremos por dónde caminamos.

Señor. — Ageón no pudo contener su curiosidad. Casi empujó a Dragunov y se adelantó corriendo a donde estaba Ríos. — ¿Dónde estamos y a dónde vamos? ¿Qué estamos haciendo aquí?

Al punto. Eso me gusta. Estamos en Dima, como les dijo el cartógrafo. Si tiene dudas, revise su mapa. Gun trazó ya lo más básico. ¿Qué le parece? — Accedió a sus datos y lo vio. Una cuadrícula perfecta con sistema de alcantarillado.

Una ciudad.

Eso ya lo sabían. Ahora, ¿a qué cree que venimos?

A rescatar a la gente. — Ríos no pudo contener una risotada.

Esto lleva más de ciento cincuenta años desierto. Claro que no hay supervivientes. No, venimos a sacar de aquí todo lo que podamos. Somos buitres. Y si de paso sabemos qué pasó, ya es ventaja. — Gun se colocó a su lado, con el traje lleno de humo, y una sonrisa apenas visible a través de su casco.

Lo poco que sabemos es que la gente de aquí se expuso al medio ambiente nativo antes de que terminaran de ejecutar la terraformación y algo los mató. No sabemos qué. Y según Naoki, hay células en las alcantarillas y en el mar.

A eso venimos. — Ageón se sorprendió a sí mismo con la certeza de su voz.

Claro. Deben tener alguna pista. Son el único organismo vivo aparte de las plantas que hay en el planeta.

Pero este nivel de vegetación debería permitir la existencia de animales grandes.

Eso dice Naoki, pero hay otra cosa. La atmósfera es tóxica para las criaturas de la tierra. Las plantas de aquí pueden respirar arsénico y otros venenos. — Ríos volteó un par de segundos antes de gritar — ¡Vamos! ¡Nos estamos retrasando! ¡Nos esperan antes de las cuatro!

Un organismo alienígena unicelular. Vaya. No habían caminado ni trescientos metros cuando Ageón se percató de los árboles. De troncos tan gruesos que parecían columnas, cubrían cada centímetro de lo que alguna vez habían sido edificios y calles. Algunos de ellos estaban abiertos por la mitad y un río brotaba de dentro de los troncos, irrigándose a sí mismos. Las enredaderas se multiplicaban sobre las copas y negaban el paso de la luz del sol. Habían visto bosques antes, en la tierra, y varios recordaban algo más: los sonidos de los insectos. El bosque en el que se

había transformado Dima era silencio. No silencioso, pensó Ageón, sino silencio. Ni siquiera las ramas de los árboles se mueven y, en realidad, ¿sonarían igual que los de la tierra si hasta el aire es distinto?

Los mapas de Dragunov superaban por mucho a los que Novarii había generado desde el espacio, aunque era lógico: la nave los realizó a varias unidades astronómicas de distancia y desde entonces, nadie había actualizado el escaneo; Dragunov, por otra parte, iba añadiendo datos conforme avanzaba. Según lo que Ageón sabía, esto lo hacían para ahorrar capacidad de procesamiento y sólo se digitalizaban los lugares necesarios. Alguien le había dicho que Novarii no tendría problemas para procesar la información, pero nadie sino los oficiales conocían el verdadero potencial de la nave. Caminaron por un par de horas, recorriendo la ciudad de afuera hacia adentro, como en una espiral. Les llamó la atención que las calles y avenidas estuvieran tan claramente delimitadas y salvo por algunas raíces o ramas, parecía como si los árboles hubieran evitado dejar semillas en el pavimento. También era más chica que Érides, por mucho. Los mapas de Fridor aseguraban que no tendría más de seis kilómetros por lado. Cuando llegaron al centro, descubrieron un árbol más grande y mucho más viejo que los demás. Novarii les sugirió que se trataba de un árbol raíz: una estructura diseñada en Cronos que permitía que las plantas se extendieran a mayor velocidad y cubrieran los planetas a los que se enviaban de manera más eficiente.

Se clonan a sí mismos. No producen semillas: se extienden las raíces y de ellas brotan los nuevos troncos. Es un mecanismo similar al del césped, y en el caso de Dima, mucho más efectivo que en el resto del planeta. — dijo Gun, entre bocanadas de humo e intermitencias de tos. Te envié una muestra, Novarii. — Ríos se incorporó. Era fácil ver la clorofila en las rodillas del traje — Hazla llegar a Naoki. ¿Cómo vas, Gun? Tengo los mapas de las alcantarillas completos. ¿Vamos a bajar? Sí. Nos dirigimos al punto que nos marcó Tariq. Como quieras. De todos modos, esas biobombasya no funcionan. Sólo te digo, no hay nada allá abajo. Son nuestras órdenes, Fridor.

La vegetación se volvió más exótica en las cuadras que rodeaban al árbol raíz. Los restos de los edificios se alcanzaban a ver aquí y allá, y al menos treinta variedades de césped se mezclaban sin armonía en el suelo. Matorrales de frutas, zarzas y enredaderas dominaban el paisaje a metro y medio de altura, y los árboles que crecían por todos lados parecían no acabar de ponerse de acuerdo a qué especie pertenecían. Encontraron injertos de peras con nogales, manzanas y robles, abedules y árboles de chicle. Ageón no logró encontrar dos iguales. Y el más extraño de todos,

uno muy similar en proporciones al árbol raíz, medía treinta metros de ancho. Hojas y ramas de todo tipo salían de él, y los trajes que llevaban registraron una multitud de aromas.

Quizá los cultivaron para sobrevivir. — Ríos se pasó la mano por la nuca del traje. Ageón se dio cuenta de que estaba algo nervioso. — Recuperen algunas semillas antes de que bajemos a las coladeras. Los mineros adelante.

Encendieron las luces en sus hombros y prepararon las armas. Entraron al desagüe de la ciudad, aunque avanzaron lento. Las raíces de los árboles perforaron gran parte de las tuberías, secando la poca agua que pudo haber habido ahí. Se abrieron camino con los cortadores de plasma que llevaban en los exoesqueletos. Vamos hacia abajo, pensó Ageón. Estamos acercándonos a un cementerio de bacterias. O quién sabe. A lo mejor los árboles les envían nutrientes por las raíces. Debe llover en algún momento. Empezó justo tres cuadras antes de llegar a la orilla noroeste de la ciudad. El olor de algo, no sabían bien qué, les causó arcadas. Primero pensaron en la mierda de una generación de seres humanos que flotaba libre entre ellos, pero los trajes no registraron ningún componente de las heces. Luego pensaron en algo muerto, pero tampoco. Vamos hacia abajo. Estamos en una mina.

Si seguimos bajando, nuestros cuerpos no aguantarán el calor.

Ya lo teníamos considerado.

¿Cuánto falta para el borde?

Revisa tu HUD.

Yo no tengo externet — Un hombre detrás de ellos alcanzó a Fridor. Las luces del traje y las sombras de las alcantarillas lo hacían verse más grande de lo que era en realidad — Tiene como cinco minutos sin funcionar. Pensé que era la batería del traje o algo, pero los sensores de oxígeno están bien.

¿Y la información local? — preguntó Ríos, que se había detenido al escuchar al sujeto.

Energía, hambre, sueño — agregó Eduardo, cuando vio que el otro no respondía.

Ah, también. Parece que lo que falla es la conexión con el satélite. No puedo acceder al mapa.

Gun, ¿qué pasa? ¿hiciste el análisis? ¿por qué pasa esto? — dijo Ríos, una vez que comprobó que él tampoco podía conectarse a la red planetaria.

El satélite está bien. Aunque hubiera fallado, no desplegamos uno solo. — Intentó entrar, y nada — El mío tampoco funciona.

Ni el mío. — añadió Ageón. Al menos ahí, rodeado de gente en una oscuridad que se extendía a sus alrededores, se sentía un poco más tranquilo. Los autómatas debían estar justo sobre ellos, pero si la señal no volvía, no les serviría de nada.

Carajo. Ageón. Ese es tu nombre, ¿verdad?

Afirmativo, coronel.

Soy general. — No alcanzó a ver su rostro entre las sombras, pero el tono de Ríos era cortante, como si lo hubiera insultado. No merece el cargo, pensó. O está inseguro de sí mismo — Según tu experiencia, ¿qué tan profundo estamos?

No sé. — Miró las paredes. En las minas terrestres, podría haber calculado algo con la humedad, presión o temperatura, pero en Novarii era distinto. — Quizá a unos noventa metros.

¿Quizá?

La última vez que revisé, estábamos a cuarenta. Y de eso hace ya más de una hora. Hemos bajado sin parar. Tiene una pendiente mínima, pero supongo que habremos doblado la profundidad hasta ahora.

Déjalo, Ríos. Es lo mejor que puede hacer cualquiera de nosotros. — Gun se recargó en uno de los muros de las alcantarillas y encendió su HUD una vez más. Soltó una gran bocanada de humo y añadió — Estamos cerca de las señales de Tariq.

¿Estás seguro?

Cien por ciento.

¿Sin mapas?

No hay raíces desde hace rato. El aire está viciado, pero hay corrientes detrás de nosotros. Hay algunas entradas de luz, supongo que serán las aperturas para las alcantarillas. — Gun perdió la posición cómoda, se incorporó y miró a Ríos directamente a los ojos — Memorice Siberia antes de que tu siquiera pudieras ponerte de pie y conozco los cuerpos de cientos de mujeres. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

Avanzaron por los túneles hasta llegar a un pequeño charco. Fridor extrajo una probeta de su traje y guardó un poco. La voz dentro de los trajes les advirtió que habían entrado en contacto con material biológico no identificado. Entonces sí hay vida. Seremos los primeros en conocer una forma de vida ajena a la tierra. Quién habría pensado que son tan pequeños. El regreso fue rápido y en silencio, y en menos de tres horas habían vuelto a Dima. Los jeeps respondieron al llamado de los autómatas y el grupo de mineros jamás se había alegrado tanto de verlos. Ageón y el resto fueron libres de contar lo que habían visto, salvo por la parte de las células. Ríos creía que la gente común y corriente no estaba preparada para saber, y él concordaba. Cuando los más grandes de la primera generación supieron que los niños de la segunda no serían despertados hasta que la ciudad estuviera lista, tuvieron problemas para reconciliarse con la idea de que quizá no volverían a ver a sus hijos. Los más jóvenes, entre los que estaban él y su esposa, pudieron aceptarlo después de un tiempo, pero los otros no. Ni siquiera con los medicamentos que les habían dado. Tendrían que quedarse callados, quién sabe por cuánto tiempo, y contentarse con saber que eran de los pocos que sabían el

secreto de la vieja, de la desierta ciudad de Dima.

Capítulo 17

Sexta Fase - El Edén Renovado - Enlil

Los autómatas iban uno detrás de otro, como siempre, hacia la base del laboratorio número 5. Desde que instalaron Érides, los oficiales de Novarii se preocuparon por terraformar un planeta que ya casi estaba listo para ser habitado por humanos, y él y varios ingenieros más fueron elegidos para terminar la construcción de las estructuras. Necesitarían más de cien mil de éstas, pero al menos terminaban rápido. Y Enlil no dudaba que, cuando los oficiales se dieran cuenta de la enormidad del proyecto, añadirían cuadrillas adicionales de constructores. Al menos eso esperaba. Poco antes de que salieran ellos, partió un grupo de mineros al oeste, a un punto de interés para la capitana Abigail Tariq. Si tenían gente que mandar a explorar el planeta, era lógico pensar que tendrían ayuda pronto. En realidad, no era que su trabajo fuera difícil. Los robots tenían programado ya el orden que llevarían los materiales y las máquinas armaban por sí mismas y trasladaban las partes más pesadas. Hasta donde sabía, una tal Sophie, de Alemania, había diseñado todo desde la nave. A él le tocaba supervisar, casi siempre, el trabajo de los otros 29 ingenieros. Los autómatas realizaban el trabajo pesado: llevar concreto y metales, mover cosas de un lado a otro, cargar y descargar camiones, transportar todo hasta el sitio de construcción. Los humanos hacían lo más fácil: soldar y acomodar las piezas, verificar que todo funcionara, y si había riesgo biológico, siempre se podía enviar a los robots a terminar lo que faltara. Podían tardar de seis días a dos semanas por terraformador, dependiendo de las condiciones climáticas y telúricas. El edificio, en sí, era muy sencillo. Tenía forma de pirámide por fuera, y por dentro era un laboratorio químico que utilizaba la energía del sol para funcionar. Una serie de computadoras analizaba el aire de los alrededores, aspiraban diez metros cúbicos, lo transformaban y lo regresaban a la atmósfera. Cada laboratorio funcionaba durante todo el día, y por la noche se volvía un escáner de mapeo y otras funciones geológicas importantes, como analizar la riqueza del suelo. Cuando cierta zona era infértil, los terraformadores alteraban la composición química del suelo para permitir que algunas plantas se afianzaran y aceleraran la evolución de un ecosistema terrestre. Algunos incluso inyectaban bacterias para facilitar el proceso, pero sólo se recurría a ellas cuando la tierra era activamente hostil o consistía, mayoritariamente, en roca volcánica. En esto podían llevarse siglos, pero la ventaja de Novarii era que gran parte ya estaba hecha. La segunda fase consistía en coordinar la red de terraformadores y establecer las corrientes de aire y oceánicas —los laboratorios se construían en tierra y se sumergían en sarcófagos presurizados— que le permitirían al planeta tener una atmósfera habitable y los fenómenos climáticos necesarios; la biósfera 238 ya los tenía habilitados. Luego venía

la última parte. Después de sembrar parte de los bosques, selvas o ecosistemas que consideraban necesarios y regular la temperatura planetaria, se entraba en la fase de clonación y población del bosque gracias a las muestras de ADN de las Orión III. Algunos conservaban el material biológico dentro de ellos; otros, solicitaban un cargamento a la nave: todo dependía de las condiciones de los alrededores. El laboratorio era reemplazado por un criadero de insectos, luego de mamíferos pequeños y luego de grandes especies. Podían tardar hasta seis décadas en poblar el ecosistema completo. La ventaja que tenía Novarii era que la capitana Tariq había utilizado los ecosistemas portátiles de la nave para criar animales y, hasta donde sabía, los tenían en cautiverio dentro de la superarca.

La construcción avanzó sin novedad durante horas y los pensamientos de Enlil saltaron de aquí para allá. A veces sentía que los enviaban sólo para justificar gastos, o para que algunas familias pudieran decir que los oficiales sí hacían algo más allá de pasársela encerrados en los edificios de gobierno de Érides. Sólo ubicaba a Tariq de nombre. Jamás la habían visto, ni él ni nadie a quien conociera. Algunos estaban seguros de que la ciudad era regida por máquinas, que los tenían en cualquier rincón verde de la tierra y que en realidad jamás habían dejado el planeta. Otros no dudaban haber dejado atrás el Sistema Solar: argumentaban que no todos podían haber soñado que un edificio tan monstruoso como la nave hubiera dejado la atmósfera de la tierra; menos aún, que ésta hubiera viajado por el espacio y se hubiera enganchado a un nuevo mundo, sin nadie más sobre él que ellos, y pensar que todo fuera una ilusión. Aunque las opiniones se dividían y había pequeños matices que Enlil no conocía entre unos y otros, lo cierto era que todo pensaban una sola cosa en común: los siete oficiales de Novarii eran un mito. Los autómatas funcionaban como policías, médicos, abogados y, en muchos casos, también obreros. Sólo aquellos trabajos que necesitaban cierta chispa creativa o que los márgenes de error eran más amplios, se podía encontrar humanos. En el caso de los terraformadores, se decía que el trabajo era rutinario, al igual que la minería, y las cuadrillas consistían en una mezcla de autómatas y gente. De cierta manera, Enlil creía que esto era para abaratar costos mientras se producían más autómatas. Cada año llegaba un cargamento de exoesqueletos a la ciudad. Era entonces cuando se decidía quiénes se integrarían a las labores. Él era de los de la primera generación. La segunda tenía menos de tres meses en el trabajo, pero tenían casi el mismo nivel de experiencia que los primeros. Supuso que la computadora de la nave les habría hecho actualizaciones a los programas de los exoesqueletos, y el resto de sus compañeros creían lo mismo. Ellos habían sido los de prueba; ellos serían, a su vez, un prototipo de la tercera generación. Y aunque a él no le importaba mucho, (pues creía que lo que los hacía humanos era juntarse a contar anécdotas) varios de sus compañeros parecían inconformes con la decisión. Se sentían obsoletos.

Les habían asegurado que los exoesqueletos estaban coordinados los unos con los otros, como un gran cerebro mecánico, pero no podían saberlo.

Las tardes de la biósfera 238, Novarii, eran similares a las que recordaba de documentales y de las tardes que estuvo estudiando en la preparatoria, aunque tenían una diferencia vital: en vez de tornarse naranjas, parecían más bien púrpuras. Los autómatas les aseguraron que se debía a los gases del cielo, pero aún si era cierto, no dejaban de parecerle extraños, y en cierta medida, eran un recordatorio de que habían dejado atrás la tierra hacía casi cien años. Pero esa vez era distinto. No sólo veía las nubes violetas a las que ya se había acostumbrado; también aparecieron líneas verdes y doradas encima, y algunas parecían ramificarse de lado a lado del horizonte. Le pareció irreal, extraño, pero las máquinas les explicaron que se debía a la refracción de los rayos de la estrella local, Sirius C; estaban ante el equivalente a las auroras boreales.

Apenas levantaba los ojos cuando vio algunas chispas provenientes de uno de los autómatas que trabajaban en el piso superior. Supo qué pasaría antes de siquiera ser consciente de que lo sabía. El brazo del robot se desprendió sin hacer ruido, y junto a él colapsó una barra de concreto de media tonelada. El pilar aplastó a la máquina, y de ahí todo se fue al carajo. El pilar rodó y arrastró una avalancha de acero y piedras detrás de él. Los obreros intentaron protegerse con los exoesqueletos, pero no tenían oportunidad. El deslave aplastó a más de la mitad de la cuadrilla. De los treinta que iban, sólo sobrevivieron ocho; perdieron también a quince de los dieciséis autómatas. Un panel con los treinta integrantes se desplegó en su HUD y todos los muertos simplemente desaparecieron. No hubo destellos rojos como había visto en cientos, en miles de videojuegos. Simplemente ya no estaban ahí. Y los demás, los otros siete, aparecían, esos sí, con lesiones repartidas en varias zonas de su cuerpo. La voz distante y precisa del único autómata le aseguró que no tenían oportunidad; la confirmación visual apareció en forma de un solo número, un porcentaje inferior a diez. No van a sobrevivir. Soy el único que queda. Un robot y un humano. Novarii registró el accidente e hizo un análisis a través de los sensores del robot que estaba cerca de ellos. Enlil entendía poco de lo que les escupía aquel conjunto de sensores y metales, pero sabía que la nave estaba evaluando los daños. Como si pudiera evaluar algo así. Estaba pasándolos de José y Luis y Ricardo y Oscar a números, probabilidades y, si acaso, a una repetición que volvería a ver una y otra vez. Enlil corrió a los escombros, con la esperanza de que quedara alguien consciente, y encontró a Mateo. Escarbó lo más rápido que le permitían sus brazos aumentados con titanio. Una barra torcida del exoesqueleto le perforó el brazo izquierdo a

su compañero y sangraba profusamente. Un cronómetro apareció en la esquina superior derecha del HUD con las palabras "Muerte por desangramiento" parpadeando una y otra vez. Ya lo sé. Eran mi responsabilidad. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué les voy a decir? ¿Que no tengan miedo, que las cosas irán mejor? Terminó de extraer el cuerpo de Mateo y levantó la loza que lo cubría. Era peor de lo que imaginaba. Las piernas estaban separadas del torso y sólo las barras del traje le permitieron sacarlo como si aún fuera un solo cuerpo. El HUD se actualizó de inmediato. Tenía algunos segundos de vida. El exoesqueleto de Mateo lo sabía y le inyectó toda la morfina de la que disponía. La sangre que escurría por los lados mostraba una concentración de tres gramos por litro. Lo iba a matar, pero al menos sería sin dolor y mucho más rápido que sólo desangrarse. Mandó una señal de auxilio a la nave. Acompañó a Mateo hasta que murió y siguió explorando las ruinas. Su traje tenía un escáner que penetraba hasta metro y medio en el suelo y encontró a otros dos, y poco después a los otros cuatro. Al menos cinco de ellos sobrevivirían si se daba prisa. Llamó a dos jeeps y los autos llegaron al instante. Activó el control manual y ordenó al autómata que condujera el otro, pero el robot se negó a obedecer. Riesgo al pasajero, decía. Si no sirves, no estorbes. Se bajó y ordenó al robot que lo esperara cerca del escombros. Tomó un pedazo de concreto del derrumbe y lo golpeó con toda la fuerza que le permitía el traje. El autómata se partió justo por la mitad. Enlil le había apuntado a la columna; sabía que la cabeza era sólo un accesorio para que no se distanciaran tanto las apariencias del hombre y la máquina. La columna vertebral del robot se partió, y brazos y torso quedaron colgando hacia atrás. Enlil acababa de ver a dos muertos en la misma posición: como si hubieran sido una rama que se partía y cuyos extremos colgaran de un nudo de tendones y músculos que ya no les servirían para nada. Necesitaba pensar en qué hacer. Había destruido propiedad de los siete, y si lo sabía el autómata, lo sabía la nave, y era de suponer que también ellos. No tenía tiempo. Realizó un escaneo rápido de los vehículos y encontró el dispositivo extranet de ambos. Menos de una hora. Los arrancó de un golpe y con ello desconectó el control que la nave pudiera ejercer sobre los autos. Encendió el modo caravana del segundo y pisó a fondo el pedal. Treinta y cinco minutos. No recordaba haberse alejado tanto de Érides. Su HUD le indicaba que siguiera treinta kilómetros hacia el este, en línea recta, pero no recordaba haber ido por ahí. Pisó el acelerador. Cien, ciento cincuenta. El HUD le indicaba que tardaría doce minutos. La velocidad drenaría las baterías de ambos jeeps, pero no tenía alternativa. Casi todos los supervivientes tenían menos de diez minutos.

Enlil se bajó de un salto y arrancó el cofre de uno de los jeeps. Utilizó el soldador para confeccionar una especie de camilla y colocó a los seis que quedaban vivos sobre ella. El exoesqueleto tenía quince minutos de batería; ellos, ocho de vida. Amontonó a todos en una sola pila y entró a la cámara de esterilización. Los escáneres de la ciudad hicieron una

barrida general y lanzaron un chorro de vapor para acelerar la descontaminación. Abrió la puerta de Érides y le sorprendió ver a un montón de paramédicos esperándolos. Se sintió desfallecer. Los había salvado. Un contador apareció en la esquina superior izquierda de su HUD. Le indicaba cuánto debía y a cuántos perdió. Enlil ni siquiera sintió la descarga. Lo último que vio fue que se dirigían a Novarii.

Capítulo 18

Séptima Fase - No Como la Tierra - Yoshida

Dejó los instrumentos de corte a un lado, sobre una pequeña bandeja. Los ingenieros que se accidentaron no sobrevivieron a la primera noche, y sólo uno logró sobreponerse a sus heridas. Retuvieron los cuerpos de los demás en la enfermería para realizar autopsias. No era que les hubiera deseado la muerte, pero ya que había pasado, necesitaba aprovechar la situación al máximo. A fin de cuentas, nadie los extrañaría. Tariq se había encargado de eso. La capitana era una de las personas más interesadas en saber qué carajos había pasado en Terra 5 y le dio acceso casi completo al personal y los recursos de Novarii. Lo primero que hizo, por sugerencia de Ríos y de Boro, fue lidiar con las familias. Los invitó a pasar a la nave, los acostó y modificó los recuerdos. Un exilio masivo voluntario, una despedida generalizada, algunas lágrimas y un viaje que, no importaba cuándo, les había robado el poco amor que les quedaba. La nave le sugirió utilizar las instalaciones, y lo hizo. Mandó a los autómatas a trabajar en las fábricas (Tariq estaba trabajando en producir más autómatas y bienes de uso cotidiano, como jabones y cosméticos; el 70% del personal mecánico se dedicaba a cuidar a los animales que ya habían salido de la clonación y el resto acompañaban a los mineros) y se quedó solo en la clínica de primeros auxilios. Los cadáveres no lo espantaban. Había visto cientos cuando estudiaba biología, y aunque no tenía conocimientos precisos de anatomía humana, se sentía capacitado para analizar lo que encontrara. Después de todo, había dedicado toda la vida y más a aprender. Los brazos mecánicos y la nave le servían también; más, en realidad, de lo que estaba dispuesto a admitir. Guardó los cadáveres en la morgue y activó todos los sensores del paciente que tenía a bordo, pero no permitió que las máquinas lo operaran. Estaba sedado, vigilado, pero nada más. Quería ver si el contacto con la atmósfera del planeta tenía algún efecto secundario importante. Extrajo el cuerpo de uno de los ingenieros. Rob Evans. Tomó el bisturí e hizo un corte desde el esternón a la ingle.

Tenía que admitir que el brazo biomecánico le había ayudado mucho. Quizá no habría sido tan fácil abrir a Rob sin su ayuda. No había nada fuera de lo normal. El derrumbe deshizo los huesos, pero estaba seguro de que el jefe de ingenieros no habría podido rescatar a nadie si la cuadrilla hubiera ido sólo con la ropa. Los exoesqueletos les proporcionaron protección, aunque mínima, y quizá había sido gracias a ellos que el pobre desgraciado de la enfermería había sobrevivido. Terminó de limpiar los instrumentos. Nada inusual, ni por fuera, que había

estado expuesto a la atmósfera de Novarii, ni por dentro. Ningún cambio molecular. Como si jamás hubiera salido de la burbuja protectora. Nada de arsénico ni gas mostaza. Repasó los eventos que vieron a través del autómatas. Estaban ensamblando el terraformador como siempre lo habían hecho. El encargado no era nuevo. Le habían puesto al menos treinta simulaciones durante el sueño criogénico y había supervisado la construcción de Terra 1 y 4. Su cuadrilla lo había acompañado desde el principio. Hacían buen equipo, y además tenían lo mejor de la tecnología de la tierra con ellos. Tenían lo mejor y aún así fallaron. Veintiocho muertos, otro agonizando y todos los autómatas destruidos. El sujeto se había vuelto una especie de héroe local. Varios hombres se ofrecieron para acompañarlo a recuperar los restos del robot. Naoki exigió verlos primero. Sí, todo eso de la tecnología era cierto, pero Dakar vio algo en las repeticiones. Unas chispas, un defecto. Resultaba curioso, casi increíble, que al mismo tiempo que el equipo de mineros en el que iba Dragunov retiraba las muestras biológicas de las alcantarillas, un autómatas se descompusiera. Fue instantáneo. Tariq sugirió alguna especie de conexión cuántica. Y si algo sabían los oficiales, es que no había casualidades.

Las células. Guardó los cuerpos, solicitó a la nave que un drone le llevara la probeta y encendió la refrigeración de la morgue. El herido estaba estable, y él no estaría lejos. Se lavó la cara, las manos, se quitó la ropa y entró a una cámara de esterilización. La ropa sería quemada y los átomos de carbono liberados en la combustión se utilizarían como fertilizante para alguno de los cientos de jardines internos. Le gustaba el bosque, igual que a la capitana, pero agradecía que le hubiera dejado hacer un pequeño mar cerca del laboratorio. Activó los efectos del atardecer y entró en el traje estéril. Los había visto cientos de veces en películas y no habían cambiado desde hacía siglos. Amarillos, una placa de vidrio frente a la cara. Las únicas mejoras que tenían era un HUD idéntico al de los soldados y obreros, y brazos mecánicos internos para ayudar a la estabilización y precisión en los cortes, muy similares a los aumentos externos de cirujano que se acababa de quitar. El drone llegó y tomó la muestra. La puso en el escáner y una proyección holográfica de una doble hélice apareció frente a él. Luego otra, y luego cientos más. Una muralla de monitores se manifestó frente a él. Aparecieron fragmentos ARN de varias enfermedades virales mezcladas con el ADN de animales y plantas, y convivían armoniosamente. Como si hubieran elegido fusionarse. Esto es imposible. El escaneo avanzaba. Cada célula medía seis centímetros, y la cadena de ADN, estirada, mediría más de tres kilómetros. En realidad, era más fácil decir que la membrana de las células era sólo un pretexto para que el ADN permaneciera integrado. Yoshida comprobó las medidas. En efecto, podía verlas a simple vista. No les interesa reproducirse. Hay un núcleo pequeño, no hay mitocondrias. ¿De dónde saca energía? ¿De qué se alimenta? Parecen más como cápsulas en hibernación que

organismos vivos. Adoptaron el comportamiento de los virus. Aquí hay perro y oso, caballo y libélula y mantis y rana. Toda la cadena evolutiva está aquí. Recordó las tomas aéreas de Novarii. No había animales ni el extenso océano ni en las placas continentales. Supervivencia. El ADN se preserva y no se reproduce porque las condiciones no son las adecuadas. Intentaron terraformar el planeta, pero algo pasó. Algo los obligó a unirse así, pero ¿qué?

Capítulo 19

Séptima Fase - No Como la Tierra - Boro

Las puertas de la cantina se cerraron tras el inglés. Sabía que era un experimento más de los cientos de miles que caminaban entre las calles de Érides, pero al menos él estaba en la cima, junto a los otros oficiales. Había habido algunos roces entre Fridor y Ríos, nada más; los demás trabajaban bien juntos. Quienes hubieran sido sus padres los emparejaron bien. Esa tarde, Ríos le mandó un mensaje por externet. Algo había pasado en Terra5 y necesitaba que alguien cercano a la gente investigara. Él era el más adecuado; en realidad, la gente lo consideraba la cara de una secta oculta que regía todo desde la nave, y era, en parte, cierto. Se sentía como el puente entre dos mundos, y en sus archivos y memorias se refería a sí mismo como Hermes. Qué idiotez. Soy africano, no otro europeo, pensaba, pero le gustaba el sonido del nombre. Su infancia como niño obrero en una Inglaterra que le parecía cada vez más surreal le dio las herramientas para acercarse a los problemas del hombre promedio, que en realidad no era tan distinto al que él recordaba. Se preocupaban por llevar comida a sus casas, se peleaban con sus parejas e hijos, lloraban y pensaban en las cosas que habían dejado atrás, mucho antes de volverse parte de las estrellas. Claro que nadie sabía que no era cierto, y que habían sido criados en tanques, pero Boro se sentía cómodo entre ellos. Eran buenas personas, y supuso que la muerte de sus compañeros les daría de qué hablar. Además, tenía algunos proyectores holográficos y moduladores de voz, y quizá podría pasar por uno de los recién despiertos. Ríos confiaba en él. Le asombraba ver cómo después de la pelea con Fridor, en la que el ruso terminó con varias fracturas de costilla y mandíbula, Ríos parecía otro, casi tan seguro de las cosas que quería como la mismísima Tariq. La diferencia entre ellos era que, mientras que Tariq se imponía por la fuerza, Ríos lo hacía con amabilidad. Era atento y parecía conocer las necesidades de sus oficiales, y poco a poco, lo aceptaron como superior. Sobre todo, él. De alguna manera sentía que podría haber sido su hermano en cualquier época, y que ambos se habrían defendido el uno al otro. El cantinero le sirvió una cerveza oscura, sin marca, fabricada en Érides, y le contó cómo había sido que Enlil, el jefe de ingenieros, había salvado a ocho.

Dicen que sólo uno sobrevivió. Ditcher. Uno del sector norte. — El rostro de su anfitrión se descompuso un instante, pero le bastó para darse cuenta de que los apreciaba, quizá más de lo que él mismo se había permitido admitir. — Mateo iba a ser papá.

Carajo. — Inhaló, más por convencerlo de que sí le dolía y no que le parecía más como cuando uno ve que un edificio del horizonte de pronto ya no está. — ¿Qué pasó, Cónsul? — Le decían así por costumbre. Quizá

antes de que bajara con ellos había ayudado a resolver los asuntos de los obreros, y parecía que los de los alrededores lo reconocían como una figura pública con cierta autoridad.

¿Qué no sales nunca, muchacho?

Un accidente en Terra 5. Treinta muertos, grandes pérdidas y un héroe. — Un hombre a su izquierda miraba la barra, pero Boro sabía que se dirigía a ellos. El tabernero asintió.

Justo lo que le hacía falta a Érides. Historias y héroes.

Así es, Cónsul. — El hombre volteó a mirar a Boro y dio un largo trago a la cerveza que tenía frente a él. Dejó el tarro en la mesa de un golpe. —

Este maldito planeta nos va a matar, de una forma u otra.

Te doy otra si me cuentas qué te dijo Martín.

Lo de siempre, que los siete están ahí en el templo de acero y nos miran.

Eso no vale ni media. — Cónsul retiró el tarro del obrero. — Además, él es no sabe qué pasa. — Señaló a Boro con un movimiento de cabeza — Él

debería pagarla. — Dakar buscó algunas monedas en su traje y las puso sobre la barra. — Escuché otras cosas. — Esperó unos segundos y miró a Boro — Dicen que la atmósfera es respirable. Que somos un experimento para ver cuánto aguanta uno escuchando la misma mierda siempre.

¿Quién dice?

Martín, hombre. Salió a respirar sin traje y no le pasó nada. — Era evidente que no había terminado su historia. — Dame el tarro y te digo más. — Cónsul lo miró como quien mira un pedazo de mierda en el retrete que se niega a irse y se lo tendió. — Un par de idiotas siguió el rastro del jeep. Recuperaron parte del autómata.

Imbéciles.

Le quitaron el rastreador. A ver cómo los hallan en este cascarón. — El obrero se empinó el tarro y bebió todo de un golpe. — No sin ayuda, Cónsul. De mí te acuerdas.

¿Los conoces? — Cónsul lanzó un nuevo tarro, recién servido. Boro vio que tenía práctica atrapándolos.

Sí, bueno, a uno. José. Mediano, hermano de uno de los mineros. No sobresale, y conoce las alcantarillas de esta mierda de ciudad mejor que nadie. Ni los robots lo encuentran ahí abajo.

¿Han descubierto algo? ¿Algo raro, o algo que podamos usar? — Lamentó las palabras tan pronto lo abandonaron. El obrero lo miró como si apenas se hubiera dado cuenta de su presencia, abrió la boca y Boro sólo pudo pensar en los cientos de calcetines duros que ese idiota debía comer en lugar de sopa.

Nada, mi hermano. Un número de serie y un transmisor. No traen disco duro. Sea quien sea que los controla, recibe la información en vivo y la procesan allá.

Bebió una cerveza más y dejó la cantina de Cónsul unos minutos después, intentando que no fuera tan evidente que había encontrado la información que buscaba. La gente se había cansado de Érides. Los paneles

transparentes les revelaban una llanura virgen, y al menos un idiota se había arriesgado. Salió de la zona habitada del sector oeste y abrió el HUD para contactar a Ríos, pero vio que tenía un mensaje de Naoki. Los estaba llamando a todos a la enfermería trece de Novarii. Anexaba una foto de algo atrapado en el cuarto de urgencias y algunas marcas en algo que parecía un mapa. Supervivientes, decía la nota. Fridor y Berti iban en camino. Era urgente.

Capítulo 20

Séptima Fase - No Como la Tierra - Berti

Tariq le encargó que llevara armas, de preferencia Gauss o fuego atómico; Sophie iba en el asiento contiguo y le recomendó limitarse a las armas convencionales. Novarii no aguantaría una descarga térmica como la que quería la capitana, y las balas Gauss perforarían las paredes. Si intentaba contener una epidemia, ninguna de las dos era opción. Había una contingencia bacteriológica en la enfermería y al parecer Yoshida tenía miedo. Pensó en monstruos, en las películas que había visto, y sus expectativas no la decepcionaron. Los cadáveres que llevó el biólogo se habían reanimado, y algunos de ellos desarrollaron brotes de carne a una velocidad anormal, según las notas de Naoki. Debido a la falta de bacterias o virus nativos, era inesperado, pero al menos podían hacer algo al respecto. Al principio mandaba actualizaciones, pero llegó el punto en que fue más fácil activar una transmisión en vivo. Berti vio una especie de ciempiés arrastrándose por la morgue. Su HUD le mostró un análisis biológico. Era completamente humano, una aberración fabricada con los huesos y partes de los cadáveres. Se unieron para sobrevivir, anotó el biólogo. Las cabezas se habían arrastrado a través del cuerpo, desarticulándose y apilándose en la parte frontal. Ojos y lenguas brotaban de toda la parte delantera, y Berti se dio cuenta de que las patas eran más bien costillas. Falange, falangina y falangeta. Los cuerpos ajustaron lo que ya tenían para que cumplieran otras funciones. Copiaron los dedos para hacerlos patas. No sé qué órganos hayan sobrevivido o cómo, pero quiero pensar que nos podemos comunicar con esto. En otras noticias, las células que encontraron Ríos y Fridor son interesantes. Vienen de la Tierra, como los árboles. Lleguen pronto. Actualizaré conforme sea necesario. El HUD parpadeó y la transmisión se minimizó en la esquina superior derecha.

Sophie fue la primera en abandonar la cápsula de transporte. Solicitaron un par de rifles eléctricos y los drones que las guiaban a través de la gigantesca caverna luminosa que era el cascarón de la nave les iban proporcionando más datos mientras esperaban su plataforma flotante. Eran prácticamente inofensivos, y si tenía algo de humano, quizá podrían neutralizarlo sin necesidad de matarlo. La transmisión parecía sugerir que no tenía fuerza anormal, y aunque sus ocho pares de brazos se apiñaban cerca de sus múltiples cabezas, no parecía poder coordinarlos. Un mar de pensamientos. Una guerra interna, Nadie sabe quién es el Legatus y quiénes los Centuriones. Está claro que ninguno quiere ser un legionario, y menos aún la leva. No puedo probarlo, pero sus movimientos son

desorganizados, erráticos. Alguien busca estar al mando, pero debe imponerse. Llegaron a la enfermería poco después. Los otros cinco estaban en los alrededores, y Berti advirtió que se veían tranquilos, casi divertidos. Había apagado la transmisión, pero entonces lo vio. Un montón de penes, porque parecían penes, surgió como una especie de pelo que cubría toda la columna vertebral de la oruga. Los brazos peleaban entre sí y se habían arrancado ya una cabeza. Un par de testículos gigantes surgió en el centro del pecho de la criatura, y Fabia Cecilia supuso que era la suma de todos los testículos de todos los cadáveres, unidos en dos. Las cabezas hablaban y gritaban, pero ninguno entendía el lenguaje. Un análisis lingüístico les reveló que era la mezcla de varios idiomas, los que cada uno de ellos hablaba. Eran siete. Uno se perdió cuando arrancaron la cabeza, pero el cerebro compartido retenía trazas de su dueño en algunos fragmentos de francés que salpicaban aquí y allá la cacofonía contenida por una pared de cristal blindado. Berti solicitó autorización por el HUD en un mensaje a Tariq, y la capitana asintió. Se acercó a la puerta de la enfermería. Novarii le advirtió que el monstruo se estaba empezando a sincronizar y que las cabezas habían elegido a un líder. Abrió la puerta. Fue mucho más rápido de lo que esperaba. La descarga neutralizó al objetivo de un disparo. Se acercó y remató las cabezas. Al menos es roja. Estaba a punto de incinerarlo cuando escuchó la voz de Yoshida en su yelmo. Necesitaba analizarlo antes de destruirlo. Por ella, mejor. Estaba cansada. Una nota de Boro le arruinó el día de ocio que le esperaba. El inglés encontró una anomalía en las coladeras. Salió de la enfermería. Los demás oficiales estaban cerca de los monitores, y Tariq le ordenó llevarse a Sophie y a Dragunov con ella. Les cargó los planos de Érides en sus HUDs y se pusieron en marcha.

Fabia no podía dejar de sentir la mirada del puto cerdo detrás de ella, como pegada a su trasero. Lo había notado casi desde el principio. Le cedía el paso a Tariq, a Sophie y a ella, y sus ojos no tardaban en traicionarlo. Quizá era bueno en lo de las estrellas, pero le daba asco. Por otra parte, llevar más gente para una misión sin información le daba más oportunidades a ella de sobrevivir. Naoki no encontró grandes cambios genéticos en los seres humanos; de hecho, le parecía hasta decepcionante. Organismos que luchan entre sí por dominio. Algo hay en la atmósfera que no estamos viendo. Estaba claro que los autómatas no sufrían luchas internas, ni se desarticulaban, ni se revelaban dentro de sí mismos para ver qué circuito dominaba a cuál. Y estaba el detalle de que ni la burbuja atmosférica ni los terraformadores parecían haber sido dañados todavía. Pero tenemos Dima. La ciudad está corroída hasta la médula. O quizá sean las décadas de abandono. Sea como sea, algo que nos afecta a nosotros pero evita lo inorgánico. Naoki habló a través de sus comunicadores mientras los jeeps aceleraban y la figura iluminada de la ciudad iba surgiendo del sur. Los enormes túneles de vidrio y grafeno

conectaban a Novarii con Érides desde que habían llegado.

Lamento interrumpirlos, pero quería que supieran que mientras ustedes están allá abajo, Tariq ordenó comenzar con el bombardeo de biocatalizadores. Sólo para que lo sepan. Quizá sea la última vez que podamos tomar muestras.

Llegaron a Érides poco antes de que la noche envolviera su hemisferio del planeta. La frágil capa protectora quizá fuera más importante que cualquiera de los habitantes de la ciudad podía sospechar. Vieron la ciudad desde lejos, como un enorme faro en medio de un océano de sombras. Entraron por el noroeste, los escoltaron un par de autómatas, y Gun no tardó en preparar sus escáneres e instrumentos de cartografía. Sophie buscó la entrada más cercana, y apenas diez minutos después de haber llegado a la ciudad, los tres oficiales de Novarii bajaban por un sistema de alcantarillas impulsado por motores y máquinas. Berti agradeció que a alguien en la tierra se le hubiera ocurrido utilizar bacterias para neutralizar los olores y establecer una red LED para iluminar a los pobres desgraciados a los que les tocara bajar. Domiciano. El Emperador no está arriba, sino perdido, y pronto lo encontraremos. Avanzaron por el laberinto fecal por un par de horas, en las que Anna Kohlbrenner les leyó una tras otra las noticias de Novarii. El ADN era humano, pero tenía algo único: se habían perdido todos los genes que diferenciaban a una persona de otra. Internamente, todos eran el mismo. Aunque no pudieran ver qué había causado la transformación de los cadáveres, pudieron analizar los patrones de cambio. Se descubrió que, sea lo que fuera, tenía un comportamiento parecido al viral, y exhibía conductas similares a las de los grandes enjambres de la tierra. El tórax parecía tener cierto dominio sobre el resto del cuerpo, pero brazos, dedos, piernas, genitales e incluso órganos completos brotaban apéndices y se desplazaban a un lugar más adecuado para su supervivencia. Cada órgano es un animal. Por eso encontramos una colmena de hígados y los costillares a las orillas, una especie de protección a los músculos que conformaban el gusano. Algunas partes presentaban fugas de sangre, pero les parecía extraordinario cómo el músculo vivo había dominado a la piel, y se exponía en varias zonas. La criatura no había muerto. Poco después de la destrucción de la masa encefálica, los fragmentos de cerebro que quedaron fuera se torcieron y alteraron. Formaron patas con su propia masa y se arrastraron hacia la cabeza más cercana, sin importarles si eran parte o no del cerebro original: a fin de cuentas, todos eran el mismo organismo.

Dragunov encontró un rastro de células humanas muertas, demasiado uniforme y dirigido para tratarse de un error. Alguien

caminaba por ahí con frecuencia. Les ordenó apagar las comunicaciones entre el HUD y Novarii, y dejar sólo la red local para trabajar. Si alguien de verdad había robado los restos del autómata del Terraformador 5, era probable que utilizaran las herramientas de minería e ingeniería básica que tuvieran para defender el tesoro. Berti concordó. Además, según Boro, un imbécil se expuso a la atmósfera alienígena sin protección. No había programas de delincuentes dentro de los archivos que les mostró Tariq, pero el condicionamiento criogénico no era infalible. A fin de cuentas, eran humanos, y varios de ellos pudieron haber ocultado sus intenciones en la infinita red de pensamientos revueltos en la nave. Era difícil calcular qué reacción tendría cada uno a diferentes películas o estímulos. La capitana había seleccionado comedias imbéciles para la mayoría de la población, y los sectores menos lerdos tenían una amplia gama de Kubrick, Scorsese, Carpenter, y muchos de los directores más famosos de los últimos años del siglo XX y principios del XXI para entretenerse. A ella le gustaba Matrix, pero prefería que los demás no lo supieran. Quizá los creadores de las Orión se habían basado en algo así para crear los sueños criogénicos, o quizá fuera una enorme coincidencia. Sea como fuere, ella conocía las simulaciones de primera mano, y Tariq le permitía entrar y salir cuando quisiera a los campos de batalla. Dieron una última vuelta y una puerta de seguridad apareció frente a ellos.

No debería estar aquí.

Ya lo sé. Revisé varias veces los planos.

Acero templado de cuatro centímetros por el frente. — Berti reconocía una puerta Janus cuando la veía — Tiene una capa de cerámica emplomada y una de grafeno de grado militar en el centro. Después viene un compartimento de espuma ultradensa, otra de cerámica y al final otra capa de acero de cuatro centímetros. Salvo por el acero y la espuma, todas las demás capas son de dos centímetros de espesor.

¿Tu granada de uranio? — Berti negó con la cabeza antes de responder. Esta puerta está hecha para detener rifles Gauss. La espuma frena prácticamente cualquier proyectil que atravesase acero y grafeno, y la cerámica emplomada detiene cualquier clase de radiación. El ácido tardaría mucho en hacer un agujero en el acero, y aunque utilicemos el uranio, quizá fundiríamos una parte importante, pero no la atravesaríamos, sin considerar que probablemente moriríamos por las ondas de calor y choque de la granada.

¿Y por el techo? — Lo veía a medias, pero sabía que el ruso le estaba mirando el escote.

Quizá, pero no hay cómo subir cuatro metros. Además, es concreto, y a menos que tengas alguna herramienta de plasma, no serviría de nada llegar hasta allá.

Necesito hablar con Tariq. Quizá ella pueda abrirla. — Sophie miró a Fridor, como buscando apoyo.

Estamos en una red de detección de externet. Les avisaríamos que estamos aquí.

La güera tiene razón. — Fridor inhaló hondo, como si de verdad disfrutara

la peste de las cloacas. — Sin la capitana no podremos pasar y habremos perdido la ventaja que tenemos ahora. Y tú lo dijiste: no podríamos atravesar esa puerta aunque quisiéramos.
Podrían estarnos esperando.
Podrían, y también podrían estar muertos ahí adentro.

Sophie se alejó lo más que pudo y activó su conexión externet. El HUD de Berti le avisó que habían activado la alarma de la red, pero nada pasó. Tariq tardó un minuto en romper la encriptación cuántica. Un olor a carne podrida los golpeó de inmediato. Las lámparas del cuarto fueron arrancadas de alguna manera, y Berti sintió peligro desde que se dio cuenta de eso. No lo reportaron los sistemas. Novarii no avisó que hubiera necesidad de arreglar la luz. O la engañaron, o nos engañaron a nosotros. Las luces de los trajes de Fridor y Sophie se encendieron e inundaron el cuarto de inmediato. En el piso, muerta desde hacía tiempo, estaba una cosa muy parecida a cuatro hombres.

Capítulo 21

Octava Fase - La Gran Apertura - Ageón

Pasaron ocho años desde la expedición a las coladeras de Dima, del descubrimiento de la célula Adány el héroe de Terra 5. Hacía seis que casi todos los bosques de los alrededores se habían secado y tres desde que habían empezado a renacer. Él había visto algunos, y sabía de otro: la zona del accidente del terraformador se volvió un hermoso bosque, más bello que los de los alrededores, y era el primero del planeta que sobresalía en las fotos satelitales. De cierta manera, las treinta personas que murieron hacía tanto no trabajado en vano. Los oficiales de Novarii les hicieron un homenaje, un video, y las cuadrillas siguientes retomaron pronto el trabajo. Ese año comenzaba la construcción de Terra 1492. Durante ese tiempo, sin embargo, se dijo más de una vez que se habían encontrado cadáveres en las coladeras de la ciudad, pero los mineros, o al menos los mineros a los que les interesaba la verdad, no encontraron nada tras meses de explorar cada rincón de los drenajes. El resto de la población asumió que, por algún extraño giro del destino y la conducta humana, los oficiales les habían dicho la verdad. La calma regresó poco a poco, se reforzaron las medidas de seguridad, las protecciones de los autómatas y el número de misiones aumentó. Al parecer, la atmósfera del planeta era ligeramente corrosiva; la explicación más racional era que el gas mostaza que detectó Novarii antes de aterrizar hubiera afectado a alguno de los metales de las máquinas. Ageón sabía que podía ser cierto: los autómatas eran poco más que una amalgama de acero, un procesador y algunas instrucciones básicas. La capa de piel que cubría Érides estaba hecha de polímeros traslúcidos fusionados con vidrio y había resistido. El vidrio, a su vez, tenía refuerzos moleculares de sílice, aunque no sabía cómo los habían integrado.

El nuevo mundo necesitaba energía, y los mineros trabajaban día y noche para ello. Faltaba mucho para que pudieran siquiera conseguir los materiales para fabricar una esfera Dyson, pero al menos se tenía en la mira. El primer paso era expandirse a todos los planetas que se encontraran en las zonas habitables de las estrellas; de esos, se habían encontrado al menos un millar sólo en los primeros trescientos años luz desde la tierra. Sabía que no le tocaría ver nada de eso, pero estaba en paz. Era uno de los cientos de millones de mineros que se habrían unido al corazón de Cronos. Y qué nombre tenía aquel planeta. Parecía que el ser humano, por fin, había vencido al tiempo. La red de agujeros de gusano le daba una prominencia como no había tenido nunca la tierra, y fue parcialmente gracias a aquel planeta que el español se impuso como

idioma universal, aunque algunos mundos, como Hyperion, se habían aislado y sólo usaban el español en los viajes a la cronosfera para actualizarse o intercambiar información sobre los nuevos mundos. Y aunque todo sonaba muy bonito, le preocupaba que no hubieran podido terminar de construir el portal para el agujero de gusano.

Los rumores de que en Novarii se ocultaba algo crecían día con día, y los susurros de que un par de autómatas y vehículos que exploraron las ruinas de Terra 5 habían desaparecido hicieron poco para acallarlos. De hecho, se había enterado por el tabernero local. Aunque los gremios estaban, usualmente, separados y trabajaba cada quien en sus cosas, desde Terra 5 se empezaron a mezclar los unos con los otros, a compartir información y en esencia a disolver las barreras que se habían forjado por la pura costumbre. La unión resultó mejor de lo esperado, y los gremios aprendieron a coordinarse, sobre todo, después de que lograron quitarse los transmisores que los ligaban a Novarii. Fue alguien del gremio de los ingenieros quien se dio cuenta de que las computadoras de Érides parecían hacer todo cuanto estaba en sus manos para segregarlos: así eran más fáciles de controlar. Hubo advertencias de parte de las máquinas más de una vez, pero si le interesaba mantenerlos separados, éstas hicieron más bien nada por mantenerlos así. Habían visto películas. Esperaban una represión y se habían preparado con exoesqueletos y armas de municiones viejas para defender su derecho a no ser perseguidos por autómatas día y noche, pero nadie se interpuso. Sólo tuvieron que pedir la libertad, y Novarii se las dio. De alguna manera, todos sabían que estaban bajo el monitoreo constante de las máquinas. Mientras vivieran en Érides, así sería.

Les pareció sospechoso al principio, pero luego de tantos meses en calma, se habían llegado a sentir cómodos. Los autómatas los acompañaban al trabajo y nada más; incluso los vehículos automáticos parecían menos propensos a interponer barreras físicas. Y un día, entre tantos, Ageón cayó en cuenta de qué pasaba: eran un experimento. Alguien o algo estaba interesado en probar qué tanto podía aguantar el ser humano viviendo en un ambiente cerrado, con recursos ilimitados y el bienestar garantizado de la población. Ya antes se le había hecho raro que Érides fuera una ciudad tan gigantesca y estuviera vacía, pero mientras más lo pensaba, más sentido tenía. Tenía que hablarlo con alguien. Se dirigió a la taberna, donde sabía que los constructores y los genetistas estarían esa tarde, como el resto de los días desde que habían llegado ahí.

Te digo, Enlil, tiene que ser eso. — Puso la jarra de cerveza a un lado sin siquiera probarla. Sabía que el ingeniero no le haría caso si lo veía beber. Estás loco. — Había adelgazado bastante después del terraformador.

Sufría estrés postraumático y lo desaparecieron unos meses, pero se reintegró poco después. Dio un largo trago, él sí, a la cerveza — Mira, Ageón, entiendo que estés así. Todos estamos hartos de la maldita ciudad. No hay nada que hacer además de trabajar y nos falta terminar y desplegar toda la biomasa oceánica. Pero te digo algo: la muerte de Mateo y los demás no tiene nada que ver con la nave. Carajo, si fuera eso, ¿por qué quitaron los protocolos de seguridad después del accidente? Ya te dije: nos están dando todo lo que queremos, a ver qué pasa. Nada, carajo, eso es lo que pasa. Pensé que estarías menos idiotizado porque a ti te había tocado ver de cerca lo que pasó con los heridos, pero parece que me equivoqué. — Ageón se levantó de la mesa sin siquiera tocar la cerveza, pero Enlil lo jaló del brazo. Siéntate. No me hagas perder el tiempo, imbécil. Te voy a contar qué pasó, pero cierra el hocico. Estamos condenados.

“Cuando llegué esa tarde de Terra 5, sólo uno de mis compañeros respiraba. Había perdido demasiado tiempo alterando las camionetas y rescatando todo lo que pude. Pero ¿qué más hacía? Mi HUD me dijo que había al menos otros seis supervivientes, no podía sólo irme. Quizá si los hubiera ignorado... Pero no.No había manera. Algo en nosotros nos lleva a buscar la supervivencia no sólo propia, sino cuando ésta está asegurada, la de los demás. Eso es parte del contrato que nos hace sociedad, Ageón. Nos cuidamos los unos a los otros. Pasé por la esterilizadora y los médicos me separaron de los heridos. Luego, sin saber cómo o por qué, alguien me lanzó una descarga eléctrica. Desperté mareado, sentado en una silla. Alguien me echó una luz a la cara; pensé que era un interrogatorio hasta que noté la mascarilla que llevaba. Estaba en la enfermería, junto a Ernesto, el otro superviviente. Escuché poco, pero recuerdo bien el sonido del gas que me durmió. Luego amanecí en mi casa. Mi primera idea era que me habían soltado a la ciudad con alguna especie de implante o que algún dron sería destinado a seguirme. Luego vino la farsa, la historia de que yo era un héroe. Cada año me repito que no pudo haber sido de otra manera, y que ése que aparecía en los monitores no era yo. Era mi cuerpo, mi voz y tengo recuerdos de haber estado ahí pero, ¿sabes? Es como si estuviera atrapado en un laberinto de espejos, y cada imagen que apareciera frente a mí se pareciera, sólo un poco, al hombre que yo recordaba ser.

“Me enteré de cosas siendo un títere de los oficiales. Siempre se ha dicho que quizá no existían, pero puedo decirte que conocí a uno de ellos. En realidad, él me conoció a mí. Al principio se mostró cálido, casi comprensivo, pero conforme pasaron los años, me di cuenta de que se iba

alejando, hasta que un día no lo vi más. Sus preguntas eran siempre “¿Qué pasó esa tarde?”, “¿Por qué atacó al autómatas?”, “¿Por qué no dejó morir a los otros?” Su dedicación y esfuerzo menguaron. Al parecer, creía que estaba mintiendo, pero como mis respuestas eran invariable e inevitablemente las mismas, se aburrió y las siguientes entrevistas se fueron espaciando más y más, hasta que se detuvieron del todo. Pero mientras él, quienquiera que haya sido, se frustraba cada día más con mi silencio, yo escuché cosas, Ageón. Cosas sobre algo que habitaba entre las estrellas y que descubrimos aquí en Novarii. Nunca pude sacarle la información completa a nadie, pero escuché algo justo después de que dieron de alta a Ernesto. Aunque sus heridas eran menores, estuvo encamillado casi nueve meses.

“No puedo decir que lo conociera, pero el sujeto que salió de Novarii no era el mismo que había estado con nosotros el día del accidente. Quizá sufría algún tipo de estrés postraumático, me dijeron los médicos, pero yo sabía que ellos sabían que yo sabía que estaban mintiendo. No, Ageón. No era el mismo. Quiero decir, era físicamente el mismo, pero algo le hicieron que parecía acobardado, y en algún momento del segundo aniversario del rescate, pude ver que se dirigía a las puertas de Érides. La gente se amontonaba cerca del centro de la ciudad, y tuve la precaución de salir con la cara cubierta. Supongo que las máquinas no habrían tenido problemas para detenerme, y he aquí el primer “pero”, pero no lo hicieron. No sé si tenían pensado dejarme llegar tan lejos, o por múltiples azares de la vida, me tocó la fortuna de encontrar el camino despejado. Seguí a Ernesto tan de cerca como pude sin delatar mi presencia. Entonces lo vi. Abrió la puerta de la ciudad, sin traje ni nada. Las alarmas se dispararon; pude ver a los autómatas de seguridad mirándolo. Echó a correr a las planicies de Novarii, y algunos segundos después de entrar en contacto con la atmósfera, su cuerpo se disolvió en un montón de carne y sangre.”

Capítulo 22

Novena Fase - Naturaleza Domada - Boro

Había pasado once años desde que llegaron a Novarii. Le parecía extraño que Tariq, la mujer que había logrado calmar los miedos de una ciudad que crecía día a día, hubiera desaparecido tras las puertas de su camarote. Tenía al menos un mes sin salir. Ríos había dicho que tenía un par de semanas que la veía un tanto desconectada, y aunque solicitó informes a Novarii sobre la salud física y mental de Abigail, ésta se rehusó a darle cualquier clase de datos. Ni siquiera le dejó llegar a la solicitud de contraseña. Intentó reconocimiento por ADN, facial, auditivo y dactilar, pero Tariq les había quitado privilegios dentro de la nave. Y aunque Ríos quiso mantener la calma dentro del grupo después del incidente con los monstruos de la enfermería, la desintegración del primer sujeto de prueba había causado una crisis como Boro no había visto desde Inglaterra. Yoshida y Berti aseguraban que era un descubrimiento único quizá en toda la galaxia, pero el resto creía que podría ser peligroso incluso a pesar de que la nave no había detectado anomalías genéticas. Algo pasa, definitivamente. Algo que no podemos ver. Fridor y él recordaron historias de fantasmas, de los espectros que ululaban en las minas tanto de Siberia como de Londres, y quizá podrían haber convencido a Novarii de ejecutar una investigación y búsqueda del afamado ectoplasma, pero sin los permisos que les había retirado Tariq, era imposible.

Sophie intentó enfrentarla, pero esa fue la primera vez que no respondió. Había desconectado su terminal externa y su HUD no mostraba signos vitales desde hacía unos días. El idiota de Gun decía que se suicidó y que la nave estaba ocultando el hecho para no desmoralizarlos. O quizá, sugirió él, había muerto de alguna enfermedad cardíaca. Eran comunes en las personas que vivían en criogenia más de cincuenta años; los capitanes despertaban antes para reducir los riesgos. Y justo después de terminar la terraformación. Pero si de veras se mató, nos jodió a todos. Nadie más tiene los datos del agujero. Aunque es una idiotez. Ella era la más emocionada con eso, aunque cada vez tenía más pegados los ojos a los números de las terminales que a los bosques y selvas que crecieron en Novarii. A lo mejor tantos meses en el espacio la desquiciaron. Bueno, podía estar muerta, pero el resto de la tripulación tenía cosas que hacer. Sophie solicitó los datos de la construcción del anillo que formaba la estructura básica del agujero de gusano y la nave le dio los planos. Se pusieron a trabajar poco antes de que terminaran de sembrar el ADN de los peces en el océano, y ahora, dos años después de eso, el planeta estaba listo. Ríos manipuló los hologramas frente a él

hasta que apareció un mapa a escala de Érides. La enorme burbuja presentaba algo de daño estructural, pero era de esperarse. Los análisis de los restos que encontraron en las coladeras mostraban una fuerte presencia de ácido clorhídrico, y un nuevo escaneo planetario de Dragunov, posible hasta hacía sólo un par de semanas, mostró que justo en donde intentaron construir el ya muy lejano Terra 5 había habido una especie de erupción ácida sólo unas horas antes de la llegada de los ingenieros. Naoki insistía que las células no se transformaban sólo por eso, pero el enigma de la cosa que apareció en la enfermería nunca se resolvió. Y después vino el otro. La descomposición de un cuerpo humano en el aire, como si hubiera estado ya podrido por dentro. Lo habían visto a través de los androides. Ese solo hecho les bastó para tener paciencia. Ninguno de ellos quería sólo desaparecer sin saber por qué o cómo. Los exoesqueletos de la tercera generación estaban mejor preparados para avisar de cualquier posible calamidad mucho antes de que ésta pasara, y los autómatas recibieron actualizaciones para sus escáneres y detectores de gas.

Pero si algo le gustaba a Boro era comer y tanto pensar en la capitana le había dado hambre. No podía evitar salir de vez en cuando de la nave que los había llevado hasta la biósfera 238 y mezclarse con el vulgo, como le decían sus compañeros. Argumentaba que quería ver los avances de la ciudad de frente, y aunque esto era parcialmente cierto, al final siempre terminaba comiendo en los restaurantes locales. El Nébulas era su favorito. Servían platillos basados en recetas de la tierra, y sus criaderos de peces y de carne sintética les permitían servir una amplia variedad de cortes, sazones y texturas que no podía encontrar en ningún lado. Claro que el Nébulas no era para todos: los más jodidos y quienes gastaban todos sus créditos en prostitutas y alcohol debían conformarse con la taberna de Cónsul. Debía aceptarlo. El viejo gordo y calvo que servía la cerveza sabía preparar sus productos, pero lo obligaba a juntarse con los obreros. Su última visita, justo después del accidente, no le quitó las ganas de regresar. Vio exactamente los mismos patrones, las mismas risas y las mismas pláticas que hubiera escuchado en Inglaterra en el siglo XIX. Y de eso ya tenía bastante. No, si Dakar Boro podía ser rico y comer lo que le placiera, lo sería. Además, se había hartado de los niños cuando vivía como carbonero, y la explosión demográfica de los últimos años lo había puesto irritable. Quería tener poder, ser alguien. Nadie sabía, después de todo, cuánto le duraría el nuevo sueño. Llegó al restaurante poco antes del mediodía y estuvo comiendo hasta las seis. Una pequeña alarma en su HUD le indicó que los oficiales de Novarii estaban por abrir la cúpula. Se despidió de sus recuerdos de aquella tarde y esperó. Berti le había dicho a la gente que la atmósfera estaba limpia, y en su HUD aparecieron cientos de miles de puntos rojos. Más bien una lámina. Una sola masa de gente que espera ver por primera vez ver las estrellas de este cielo nuevo. Otra vez intentaron llamar a Tariq y les contestó el

silencio otra vez. Ríos asumió el mando y control de Novarii a partir de ese momento y nadie protestó, ni siquiera Dragunov. El nuevo capitán contó hasta tres y desactivó la biósfera sintética. Un montón de niños rugió y los padres aplaudieron. El planeta, por fin, había sido reclamado por la especie humana. No sabía qué era, pero tampoco pudo controlar el relámpago que bajó de su nuca al estómago. La imagen de los mineros fusionados y luchando entre ellos para sobrevivir reapareció frente a sus ojos. El escalofrío lo hizo tambalearse, pero no cayó. Las familias pisando el césped le ayudaron a calmarse un poco. Los demás parecían no notar nada; hasta Naoki Yoshida, que se decía experto, estaba sonriendo. El planeta había sido domado; otra victoria para el hombre y uno más en una red de mundos que crecería hasta el infinito. Quizá se estaba volviendo loco. O quizá, sólo quizá, Dakar Boro había visto algo que lo tenía nervioso. Muy nervioso. Tan nervioso que no pudo sonreír ante la victoria que reclamaban más allá de las estrellas.

Capítulo 23

Décima Fase - Cadena Alimenticia - Berti

Estaban terminando de planear el avance sobre Dima. Naoki les recordaba cada que podía que, aunque la terraformación había sido un éxito, no debían confiarse. Lo que sea que hubiera disuelto al desgraciado hacía unos años podría seguir por ahí. Durante las pasadas ocho estaciones, el biólogo analizó los tejidos de los monstruos y lo poco que pudieron recuperar del minero, pero los resultados siempre fueron los mismos: no había nada anormal. Los oficiales tomaron la decisión de despertar a las generaciones dos y tres, y la población de Érides había pasado de los cien mil habitantes originales a un millón, contando los a los primeros nacidos en Novarii. Dragunov, Boro y Ríos se habían ofrecido para ir en la primera oleada de conquista. En los pasados años, Yoshida había podido recuperar más muestras de células Adán y varias toneladas de madera de los árboles Babel que había en Dima. Aunque ella no conocía los detalles, parecían ser mucho más resistentes que cualquier especie terrícola: según el biólogo, se habían unido voluntariamente los unos a los otros, de la misma manera en que el resto de las células de los organismos articulados se unieron para sobrevivir. Según decían los carpinteros y demás pobladores, la madera presentaba pequeños arcoíris dentro de los anillos que se iban formando con el tiempo, y el olor era una mezcla entre encino, roble y pino; al menos, de los que pudieron identificar. Otras características importantes del bosque al que se dirigían era que parecía mantener la misma cantidad de árboles. No importaba cuántos cortaran, al día siguiente todos estaban ahí otra vez. Boro dijo que parecía como si rasuraran la barba al planeta, y Berti creyó más de una vez que algo de razón debía tener. La sorpresa de que siempre resurgían idénticos pasó pronto: lo aceptaron como alguna extravagancia más de la atmósfera o de los pobladores que los precedieron. Aunque al principio lo sospechaban, con tanto tiempo estacionados ahí también habían aprendido algunas cosas. No habían logrado identificar el planeta de procedencia, pero parecían hablar alguna variante del ruso, al menos la mayoría. Los pocos edificios que no fueron devorados por Novarii o los bosques eran evidentemente industriales. Fridor decía que le recordaban a los viejos búnkers usados por la KGB en Siberia. Tenían detalles en rojo, pero casi todo estaba dominado por el musgo verde y el concreto de hacía décadas. La construcción de Dima se remontaba a hacía al menos un siglo, como habían estimado ya, pero las características arquitectónicas y tecnológicas mostraban cierto atraso hasta para una colonia aislada. Tariq, antes de encerrarse para siempre en su camarote, aseguraba que, si no se equivocaba, pertenecía a la era de las primeras naves seminales, las Régulus, pero de esa época hacía ya más de dos siglos. Las fechas, se le buscara por donde se le buscase, no concordaban. Gun decía que quizá la

estrella original del planeta se había extinto, y los cuerpos celestes atados a su gravedad se habían dislocado de sus órbitas y vagaban sin rumbo por el universo. Le agregó algunas cosas más a su hipótesis, y tanto Sophie como Ríos pensaron que quizá era posible, sobre todo si la estrella cercana, Sirius C, lo había anclado una vez más a una órbita. Agujeros de gusano, planetas errantes, estrellas que capturaban objetos de masa planetaria. Todo era posible, pero improbable. Y aún así, ahí estaban los vestigios de una ciudad abandonada. Berti sacudió la cabeza y alejó los pensamientos de Dima. Ya tendría tiempo de pensar en ella más al rato. En ese momento le preocupaba Sophie. No la había visto desde esa mañana, y tampoco a Dragunov.

Siempre el maldito ruso. Un par de días antes, poco después de que se abriera la cúpula de Érides, había atacado a su amiga. No le tembló la mano cuando abortó al feto; después de eso, decidió acompañarla cada que podía. Al menos Fridor tenía el suficiente sentido común como para evitarlas cuando estaban juntas. A ella también intentó violarla, pero Berti le terminó quebrando un brazo y le disparó en los testículos. El oficial necesitó una muy prolongada sesión de reconstrucción para que siquiera se le volviera a parar, menos aún para que recuperara todas las funciones. Esa tarde, sin embargo, no podía encontrarla y temía que le hubiera hecho algo. Lo reportaron con Naoki y con Ríos, con quienes Abigail Tariq tan claramente había dejado en cargo, y aunque Ríos puso cara de preocupación y les aseguró que harían algo al respecto, era evidente que algún favor le debían, porque nunca vio consecuencias de ese asalto. Ella lo había visto rondándolas, esperándolas tras una esquina, siguiéndolas, mirándolas. Quiso decirle a Sophie, de verdad lo intentó, pero temía que las pesadillas y los gritos regresaran. Se sentía culpable, terriblemente egoísta, porque sabía que una parte de ella tenía muy pocas ganas de acompañarla en su recuperación; se decía que quería evitarle sufrimiento para engañarse a sí misma. Y ahora lo lamentaba. Quizá, sólo quizá, Fridor estuviera frente a ella, listo para rasgarle los pantalones otra vez. Apuró el paso y maldijo a la alemana por no aparecer a tiempo en el transporte. Yoshida los estaría esperando ya, y ella tenía las armas y los planes de la recuperación de Dima.

De repente lo escuchó. Fue un grito, uno solo, tan apagado que dudó por un momento si lo había escuchado. Los golpeteos de una mesa le hicieron apurar el paso. Preparó el bastón eléctrico y avanzó. Sentía el corazón bombeando en la garganta, en los brazos, y sentía como si las piernas se le hubieran vuelto de gelatina. Tenía que apurarse. Abrió la puerta de uno de los camarotes y vio a Sophie sin ropa, múltiples golpes en la cadera y en la cara, y al imbécil del cartógrafo sobre ella, con las manos engarrotadas sobre los senos. Avanzó con paso firme y Sophie la

alcanzó a ver con el rabillo del ojo. El antebrazo pesado y velludo de Fridor sangraba; no fue sino hasta que se acercó más que vio que le estaba tapando la boca con él y que su amiga intentó gritar y terminó mordiéndolo, pero entre las embestidas y los golpes, no pudo hacer mucho más. Levantó la macana y la acercó poco a poco al ruso; tan cegado estaba por su lujuria que no la había escuchado. Encendió el interruptor y un relámpago azul golpeó la nuca de Fridor Dragunov, que se giró con una mirada de absoluto terror. Cuando éste cayó al suelo, los cuerpos de los dos oficiales de Novarii se transformaron en una pulpa rojiza, incapaces de articular una última palabra.

Capítulo 24

Onceava Fase - Xenocidio - Yoshida

Corrió y corrió desde las barracas de Érides hasta llegar al vehículo jeep automático que Novarii le proporcionó. Lo que hubiera sido que pasó en la nave, le había costado la vida a dos de los siete oficiales de a bordo. Los HUD aún mostraban los signos vitales de Berti, y eso le daba algo de esperanza, pero Abigail Tariq no podía quedarse más tiempo encerrada en su camarote sin hacer nada. Las pruebas de laboratorio de hacía unos años no arrojaron resultados de ningún tipo, pero al carajo la ciencia. Era evidente que algo había pasado antes en la biósfera 238 que había forzado a las células a volverse una amalgama incapaz de reproducirse o morir. Estudió por años los procesos de adaptación de las criaturas terrestres en Marte, y ninguna había mostrado un comportamiento tan extremo. No había registros en ninguno de los más de doscientos mundos de la red de Cronos que lo hiciera. Estaban frente a un fenómeno inexplicable, único, y potencialmente letal. Las pruebas demostraban una desintegración absoluta de cualquier organismo pluricelular, incluido los seres humanos. Buscó registros en el ADN: esperaba que al menos uno de los científicos de Dima hubiera dejado algo, pero nada. Ni un registro, ni una nota, ni siquiera una marca en ninguna de las cadenas. Y entonces cayó en cuenta: no fue una decisión consciente. Se unieron como resultado de una infección, de algo que los había disuelto y las pocas cadenas proteínicas supervivientes se aglutinaron como consecuencia de un proceso. Osos, tigres, almendros, palmeras, murciélagos, hombres. Los habitantes de Dima lograron establecer el ecosistema completo, pero algo quizá en las entrañas del planeta había vuelto a surgir. Pensó en volcanes, en grietas submarinas, en algún fenómeno geológico que ayudara a explicar lo que había sucedido. Pero ya no había tiempo. Tariq debía iniciar el protocolo de escudo tan pronto como fuera posible. Imbécil. ¿Cómo no lo vi antes? ¿Pero qué carajo es? No hay agentes virales, no hay ácidos en la atmósfera, no hay nada. O a lo mejor...

Por suerte, había conservado las muestras de las células Adán que habían tomado hacía tantos años en las cloacas de Dima. Bajó del jeep, corrió hacia Novarii y se sometió a un chorro de vapor esterilizador. Un vehículo de la nave lo recogió en la entrada y lo guio durante siete minutos hacia la enfermería donde vieron a los monstruos por primera vez. Extrajo las células y lo notó de inmediato: eran menos. Aunque la masa se mantenía en la misma cantidad, eran menos. Separó las células enfermas y analizó el plasma restante. Los encontró de inmediato: un montón de residuos de ADN y ARN libres flotaban separados, mutilados, y

cuando acercó más el microscopio electrónico, detectó unas anomalías menores a un nanómetro que parecían alimentarse de la tiamina, citosina, guanina y adenina que restaba. Acercó más la imagen y lo que vio lo dejó helado: eran reproducciones microscópicas del planeta. No se quedó a pensar en las implicaciones. Corrió directamente a las habitaciones de Abigail Tariq, la persona que les había asegurado que el planeta era seguro, conquistable, ideal. Conforme se acercaba, las luces y todo el sistema electrónico empezó a fallar. Los pasillos se apagaban de repente, los hologramas le mostraban los restos de Fridor y Sophie, que se habían licuado en unas horas, una fotografía de Berti en el momento en que vio a sus compañeros deshacerse en una lluvia de tejido y sangre, y fotos que él nunca había visto del minero que liberaron justo después de que apareciera Enlil, el héroe de Terra 5. Conque sabías, hija de puta. Los hologramas aparecían en verde, azul, rojo, y la nave empezó a mostrar diferentes paisajes, todos nativos, y una reconstrucción aproximada de cómo se había visto el planeta antes de su llegada. Durante treinta años, los bosques y selvas de árboles Babel se habían mantenido inalterables, pero conforme más atrás iban yendo, más cambios veía. Las primeras (¿últimas?) variedades de plantas aparecieron cuarenta años antes de su llegada. Sesenta años atrás, las últimas parvadas, que parecían compuestas de una única especie de ave, surcaban el ocaso morado del planeta. Ochenta años atrás reaparecieron los primeros hipopótamos, los primeros mamuts, los primeros dinosaurios clonados, que se usaban para pulir y modificar las poblaciones vegetales de manera más eficiente que los herbívoros del silgo XIX en la tierra. Luego, los últimos hombres. No parecían preocupados ni siquiera tres días antes de su desaparición. Novarii paró en el último mes de existencia de vida humana en el planeta y empezó a reproducir a partir de entonces. La gente se veía tranquila. Yoshida reconoció algunas de las calles de Dima, quizá a las que menos había infestado la vegetación. Y también reconoció el almacén del agujero de gusano. La construcción tendría un ochenta por ciento cuando pasó. Un contador apareció en la esquina, como un HUD primitivo. 42% de infectados. La gente iba caminando cuando se desplomó. Primero uno, luego muchos más, se arrastraron los unos a los otros con tanta fuerza que se les rompieron las ropas. Los hombres y las mujeres, al parecer sin una sombra de conciencia, se apilaron en el centro, donde poco a poco se transformaron en una masa de carne y brazos que sobrepasaba por varios cientos de cuerpos a los de la enfermería. Sin interrupciones y sin nadie que pudiera evitarlo, el monstruo creció y creció, se deshizo de manos y pies, y conservó una amalgama irregular de testículos y pezones y huesos y ojos y piel que luchaban por el mejor lugar del cuerpo. Es lo mismo. Lo de aquí ya había pasado. Se mataron entre ellos. Pudo ver a los rusos usando armas de munición y fuego, pero la cosa era tan gigantesca que no sentía nada de lo que hacían. Terminó aplastando a varios y algunos más ni siquiera pudieron huir: cayeron muertos ahí donde estaban y se transformaron en parte de la abominación. Poco a poco, en los seis días siguientes, Dima se fue quedando quieta, hasta que sólo se movían las

ramas de los árboles que rodeaban la ciudad.

Un segundo video apareció, al parecer transmitido por las cámaras de los autómatas y los drones que circunnavegaban Érides. Un millón de habitantes. Una ciudad que crecía y prosperaba en medio de un planeta inhóspito y al parecer benigno. No. No, carajo. No. No. No. No. Yoshida corrió hasta la puerta perpetuamente cerrada de Abigail Tariq armado con un cortador de plasma. La gente iba caminando por las calles. Un paso, otro paso, y otro, y aún otro más, y para el sexto que vio, se desintegraron. Una marea roja cubrió las calles con tanta fuerza que arrastró brazos y piernas a medio digerir, así lo entendió Naoki: como una digestión, a las alcantarillas. Se detuvo. Abigail lo sabía. Un parpadeo, una intermitencia que se le quedaría grabada en el alma, le decía con la exactitud de una máquina, que la población superviviente era igual al uno por ciento.

Capítulo 25

Doceava Fase - Preparativos - Boro

Estaba a punto de comer en el Nébulas cuando sucedió. Los demás comensales se miraron con horror los unos a los otros mientras sus cuerpos se desencajaban en silencio. La cabeza de uno de ellos, un tal Nathaniel, rodó y fue dejando carne y músculos en su camino, como si se desenrollara una alfombra, hasta que sólo un pedazo de cerebro quedó frente a él. Boro corrió sin siquiera probar bocado. Un montón de carne molida se escurría a través de las calles de Érides, que se habían transformado en un mar de ondas de escarlata, aún más rojo por los rayos del sol que brillaba, ajeno y eterno, sobre la biósfera 238. La ciudad entera se había licuado y Dakar Boro caminaba entre una marea compuesta de Lucía, Scott, Simmons, Santiago, Jorge, Luis, Stephen y un sinfín de nombres más. Avanzó a saltos entre los restos de los que hasta hacía un par de minutos habían sido sus compañeros de jerga. Intentó comunicarse con Novarii, pero los satélites que habían lanzado antes de aterrizar aparecían inhabilitados en la pantalla de su HUD. Los terraformadores también estaban dañados, aunque a diferente porcentaje cada uno. Un fenómeno planetario. Los niveles de oxígeno y nitrógeno se alteraron de golpe, como si la atmósfera fuera consciente e intentara curarse. La idea lo persiguió mientras corría, y luego, mientras manejaba uno de los jeeps de los mineros, hacia la nave. Encontró pedazos de caras, de torsos, huesos reducidos a una masa rojiza en la que se confundían cabellos, uñas y dientes con algunas manos y dedos aún reconocibles. Y a la distancia, vio otro gusano como el que crio Yoshida en la enfermería. Accedió a los mensajes y encontró uno del biólogo. Decía simplemente: "Alerta: Comportamiento planetario anómalo. Células Adán comprometidas."

Revisó los datos que tenía a la mano. La última actualización de Novarii había ocurrido hacía media hora y el traje compensó el aislamiento de la red externa con estimaciones locales. Estaba a quince minutos de la nave. Había algunos supervivientes en Érides, pero no le interesaba buscarlos. No después de la carnicería de la que había salido. Condujo a toda velocidad. No vio la piedra. Una roca de tamaño considerable se movió debajo de él y volcó el jeep. Los estabilizadores fueron más rápidos y lograron reacomodar las ruedas para prevenir el impacto. Boro lo vio a través de su retrovisor. Una cosa pétrea, de unos quince metros de largo por otro tanto de ancho se levantaba de entre los verdes pastizales que separaban ambas ciudades. Y no era el único. Pensó en comida, y de

pronto se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

Capítulo 26

Doceava Fase - Preparativos - Ríos

Estaba dormitando cuando las alarmas de Novarii se dispararon. Revisó los registros de la nave. La conexión satelital estaba dañada, y aunque la ciudad-fábrica poseía gruesas capas de blindaje y satélites de reserva, tardaría un par de días en reestablecer la red planetaria. Inhaló hondo mientras miraba las luces del techo de su camarote. Lo primero que pasó por su mente fue un error de los reactores nucleares, pero estaba seguro de que la AI de la nave era completamente capaz de arreglar los problemas más graves sin intervención humana. Luego pensó en un accidente en Érides. Aunque la ciudad estaba conectada directamente a Novarii, los drones y autómatas de la nave no poseían suficiente autoridad como para viajar hasta allá y resolver los asuntos de los humanos. Maldita Tariq. Te mataste en tu camarote y me dejaste todo esto a mí. Hija de perra, al menos me hubieras dejado los códigos. Pero como no era yo el rico ni el elegido, pasaste a cagarte en mí antes de hacer tu última gracia. Se levantó de un salto y accedió al panel de navegación.

Ayudante, reporte. Necesito saber lo que sabes.

Casi toda la población de Érides fue eliminada. — Ríos sintió una náusea incontrolable. Se tambaleó un poco y se le nubló la vista; tuvo que apoyarse en un muro para no caer. El holograma frente a sus ojos mostró un uno parpadeando. Aún si hubiera habido un desastre nuclear, Érides era lo suficientemente grande como para que algunos pudieran refugiarse. El mareo disminuyó, pero la sensación de asco permaneció clavada sobre su estómago.

¿Qué sucedió?

No poseo información completa al respecto, segundo al mando.

Capitán.

Segundo al mando. Abigail Tariq no ha muerto.

Maldita AI. Dame lo que tengas y yo me encargaré de los rangos.

Negativo, José Alejandro Ríos. El capitán ordenó que no se le concediera acceso a los archivos de Érides a menos que ella muriera, y no lo ha hecho.

Abre su camarote entonces.

Negativo, Ríos. El capitán ordenó que no se le molestara hasta que terminara.

Habilita los sistemas de red para los oficiales.

Concedido. Los oficiales Kohlbrenner y Dragunov murieron esta tarde. — Hubo un instante de silencio. Luego, un pitido. — Estableciendo conexión con el resto.

... subir, imbécil!

¡Por favor, Naoki! ¡Ayúdame! — La voz de Boro le llegó como aislada,

como si hubiera estado en un cuarto muy pequeño en el que rebotaba hasta hacer eco sobre sí misma.

¡Al carajo todos! ¡Arréglatelas con los mineros! — Se oyó un rumor como de motores y máquinas, y la señal de Boro se apagó.

Yoshida, habla Ríos. Explícate.

¡Ahora no, estúpido! ¡No salgas de la nave!

Estás desobedeciendo a un superior, Yoshida. — Ríos desconectó temporalmente la conexión cuando una oleada de interferencia golpeó sus tímpanos. — ¿Qué sucede? ¿Dónde estás?

... rango no vale nada aquí, Alejandro! ¡El planeta, el puto planeta está vivo!

Supongo. Si no, no habríamos dejado la tierra.

¡Cállate y escucha, maldita sea! ¡No podemos abrir el ... gusano!

¿Qué dices?

¡Que no hagamos la conexión con Cronos! — El mensaje llegó tan claro como si hubiera estado de pie junto a él. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. El biólogo le estaba proponiendo sacrificarse. Todos ellos, y también todos los sujetos de las cámaras de crianza.

¿Dónde estás? — Silencio. — ¡Naoki!

La nave cortó la comunicación. Lo supo en el segundo intento, justo antes de que se apagaran todas las luces. Una línea roja apareció en el suelo, la única guía de la que disponía la tripulación en el caso remoto de que fallara. Era algo que Novarii no controlaba. Siguió la ira que lo dominaba y abrió las puertas con un decodificador que le había dado Fabia Cecilia un par de meses antes. Puta Tariq, te dejaré con Berti. Seguro ella tendrá cosas que decirte. Hija de puta. ¿Qué sucede? Yoshida, suicidio. Quizá Numancia, pero ¿dónde está el enemigo? Escala planetaria. Oxígeno agotado. Cámaras de presurización, la célula Adán y los monstruos de Naoki. Y la desgraciada esa en su camarote. Llegó a la bahía de reparaciones donde tenían almacenados algunos exoesqueletos. Los autómatas lo vieron pasar pero no impidieron su avance. Deja de jugar conmigo, zorra. Te quieres llevar la gloria. Pero no sin mí. Casi lo mato. Me equivoqué de oficial. Debiste ser tú. Se colocó el exoesqueleto y subió a una de las máquinas de minería y avanzó arrollando todo a su paso. Los anchos corredores de la bahía se iluminaron con las luces LED del taladro; pasó de la amplitud de las fábricas a la estrechez de los pasillos. Su taladro personal apenas cabía y tuvo que manejar más lento de lo que esperaba. Llegó hasta la zona donde las escaleras de cristal líquido se materializaban, pero esta vez no aparecieron. Se había atrincherado. No había manera de subir, pero podía excavar un túnel y entrar por abajo. Encendió el motor, activó la cubierta de titanio y diamante, se colocó los protectores de los oídos y empezó a taladrar las paredes de la nave.

Capítulo 27

Doceava Fase - Preparativos - Ageón

No era el único que se había retirado a vivir a las cloacas, pero quizá el que mayores razones tenía para hacerlo, y sin duda era el único que vivía en la ciudad abandonada de Dima. Recordaba haber hablado con uno de los mineros hacía unos años, pero ahora estaba viejo y cansado de años de soportar la farsa de héroe. Sus constantes viajes a la superficie se redujeron cuando logró hacerse de un sintetizador de comida, un purificador de aire, un generador de energía eléctrica portátil y un holograma de mapeo robado a los excavadores. Se ingenió una especie de mazmorra o habitación, un refugio del mundo externo, y esa tarde supo que había hecho lo correcto. Una alarma de Novarii logró infiltrarse en su red y supo que algo había pasado en Érides. Quizá no era el héroe de Terra 5, pero quizá la etiqueta, o el constante bombardeo de un Ageón mucho más joven e ingenuo que sonreía al ver llegar a los médicos, lo llevaron a romper su aislamiento. Y además, había algo anormal en su rutina de ese día. Se acostumbró a un silencio perpetuo, un silencio sin insectos ni perros, y quizá por eso sabía que no estaba solo. Sus sensores le decían que había movimiento en el subterráneo, pero nada lo había preparado para el conglomerado de brazos, dientes y cabellos que se topó en la oscuridad. Disparó uno y otra vez con su rifle Gauss a una cosa que se agitaba, sorda y ciega, entre las paredes de aquel túnel que tantos años fue su hogar. Vacío un par de baterías y proyectiles de acero sobre la criatura y corrió entre su sangre. Érides. Tenía que llegar a la ciudad. Subió por una de las bocas de la alcantarilla y quitó unas ramas que había descubierto soportaban mejor la acidez del clima. Un jeep, también robado y hecho manual a fuerza de modificaciones, apareció entre la maleza. Su oído le advirtió que la cosa seguía viva y alcanzó a dispararle un centenar de balas más antes de salir de Dima. Tenía el corazón en Érides, pero la palabra Novarii retumbaba en su cabeza una y otra vez.

Capítulo 28

Treceava Fase - Asimilación - Berti

Se había desnudado una hora antes y sus brazos colgaban a los lados de la bañera. Había trabajado media hora ese día y se sentía exhausta. Después del fracaso de reconquista de Dima, Ríos la había destituido como comandante en jefe de las fuerzas armadas de Novarii, y ella no podría estar más feliz. El planeta tardaría un par de años en producir un general que supiera lo mismo que ella, que conociera todas las armas de la raza humana, que pudiera demostrar experiencia en el combate y además, probar décadas de estrategia militar. No era imposible, claro, (se sabía que a fines del siglo XX, la gente de Corea participaba en torneos de videojuegos de estrategia, y los campeones conservaban sus títulos menos de cinco veces seguidas) pero Berti confiaba en que al menos podría terminar ese año en paz. La espuma le cubría los senos, y su cabello, largo y cobrizo, hacía ondas con el agua. Se recordó en Roma, pocos días después de seducir a Julio César, los dos desnudos bajo la luz de la luna de un Imperio que se sabía tan grande y firme que no podría caer jamás. Pensó en el agua que los bañaba y cubría de espuma, una era geológica entera antes de que la tierra se cubriera de hombres, lenguas y armas. Julio le decía que estaban en la cúspide del mundo, y Nefertiti se reía. Si supieras. Descansó la cabeza en su hombro y se quedaron mirando las estrellas de Egipto, un lugar que conocía sólo a través de la matriz neuronal de Novarii. Quizá ni era así. No importaba. La espuma del Nilo le recorría cada fibra, cada cabello, cada neurona. Se dejó llevar por el sueño dentro del sueño y se imaginó siendo una medusa. No sabía, ni le interesaba, si César le hablaba; ella estaba en otro plano de existencia. Bajó más, más, hasta las profundidades del Gran Mar, al que llamaron Océano, y se sumergió en sus aguas. Encontró cientos, miles de medusas, y su baile la llevó a integrarse al banco, al rebaño, a la multitud que se revolvía en el mar. Levantó los brazos y los tentáculos; veía a través de las manos. Y empezó a sentirlo. Fueron varios al mismo tiempo; tantos que no pudo contarlos. Aguijonazos. Había leído que las medusas envenenaban a sus presas, pero no tenía sentido. Era una de ellas. Intentó desconectar el generador de realidad alterna pero sus tentáculos no respondieron. Algo la jalaba al fondo del océano, a la oscuridad de una caverna que la succionaba. El HUD de Fabia Cecilia Berti registró la alarma lanzada por Yoshida, pero ella no la escuchó, no podría escucharla más. Las máquinas de Novarii vaciaron la espuma rojiza y los restos de cabello, que se habían mezclado ya con el agua de la bañera.

Capítulo 29

Treceava Fase - Asimilación - Yoshida

Así no. No como Boro. Corrió hacia la enfermería donde experimentó con los supervivientes de Terra 5 hacía ya casi doce años y extrajo las muestras de células Adán. Aquí están. Aquí están. Están intactas. Quedaban seis mililitros de tejido orgánico unicelular, pero bastaría, y tenía que arriesgarse. Tiró todo el plasma y los aminoácidos sobrantes en las coladeras y se llevó sólo una ampolleta con los contenidos útiles. Los monitores lo bombardearon con la cabeza de Boro rodando por el suelo de las praderas y dejando la carne conforme rodaba a su paso. No supo si sintió o no dolor, pero estaba seguro de que sí. Al menos, estuvo consciente del desprendimiento de su cabeza y del colapso de su cuerpo antes de apagarse, eso lo sabía bastante bien. Y si quería sobrevivir, tenía pocas opciones. No entendía qué pasaba en Novarii, pero estaba seguro de que sus conocimientos le ayudarían a salvarse. Entró a los criaderos abandonados desde hacía un par de años, cuando se despertó a casi doscientos mil jóvenes y niños que habitarían Érides, y que ahora se desparramaban y escurrían junto a un sinfín de personas más, y abrió uno. Tres milímetros, bastaría para una buena cantidad de personas. Ordenó a la nave que fecundara diez mil óvulos y que procediera a realizar la fusión entre Adán y la nueva generación de seres humanos. La nave accedió y miles de rectángulos se levantaron a su alrededor. El líquido llenó los tanques y las jeringas submarinas inyectaron algo que supuso sería esperma. Ocho de los diez mil fetos se consideraron viables y Naoki pudo respirar en paz. Tardaría un par de meses, pero estaba asegurada su supervivencia. Corrió hacia su camarote, que se encontraba relativamente cerca, y tomó una aguja del gabinete médico que dejó en su escritorio. Se dirigió a la tabla de operaciones que tenía cerca, programó una cirugía para instalarse un módulo matriz que le permitiría guardar su memoria e instalarla después en uno de los fetos. Las máquinas lo despertaron diez minutos después. La terminal neural estaba activa y había empezado el proceso de copiado de memoria hacía cinco minutos. Los robots tenían órdenes de permitir el copiado de la memoria profunda antes de despertar al paciente; quería decir que faltaba copiar los sectores de lenguaje, memoria a corto plazo y conocimientos secundarios. Tardaría poco. Tomó la aguja con las células Adán, inhaló profundamente y se inyectó lo poco que quedaba. Yo también tengo un truco, Novarii. Decidió que había hecho todo lo que podía para asegurar su existencia y programó la réplica de su memoria, pero antes de que pudiera establecer la confirmación manual, su brazo falló y se desmoronó en un montón de carne podrida.

Capítulo 30

Treceava Fase - Asimilación - Enlil

Estaba encerrado con los pocos supervivientes de Érides en uno de los edificios que se suponía sería gubernamental, una réplica perfecta del Reichstag alemán. El ácido que les habían asegurado fue eliminado de la atmósfera pareció reaparecer, de golpe, en mayor cantidad. Las carreteras se habían casi deshecho y les tocó ver a gente arrastrándose en medio de los restos de la población, intoxicada por un gas mostaza que había salido de la nada. Ageón, el héroe de Terra 5, llegó una hora después, pero Enlil no reconoció al vagabundo que entró por la puerta. Mal afeitado y hediondo, parecía que Ageón se había adaptado a vivir agazapado. Se pusieron al corriente en un par de palabras, les llevó trajes rescatados del centro de Érides, y se pusieron en marcha. Si alguien sabía algo, debía estar en la nave. Hacía años que sospechaban que los oficiales no les daban nada de información, pero de eso al genocidio de una ciudad de ya casi un millón de habitantes había varios órdenes de magnitud de diferencia. Ageón les dijo que había cazado algo, un animal, antes de llegar ahí, y les ofreció una especie de gelatina traslúcida, como el relleno de algunas plantas del desierto, pero con un olor mucho más agradable, casi dulce. Los cambios empezaron pocas horas después de dejar la ciudad. De los treinta jeeps que formaron la caravana, tres se quedaron atrás, dos se volcaron y otros diez se desviaron sin ofrecer explicaciones. Enlil se sentía extraño, como invadido. Los brazos se le alargaron, le costaba mantener la vista enfocada y su mandíbula se hizo más grande. Y podía sentir al planeta entero, como un corazón, un algo tan gigantesco que se ocultaba a plena vista, como el cielo o la curvatura del horizonte. Había dormido por cientos de miles de años, se alimentó de una civilización alienígena y había vuelto a dormir. La despertó la sangre, y tenía hambre, hambre, y ahora tenía un mar para comer. La camioneta de Enlil se volcó, la sangre golpeó los vidrios. Los pocos que salieron de la camioneta ya no eran humanos, y aullaban y gritaban con la vista perdida en el horizonte.

Capítulo 31

Treceava Fase - Asimilación - Ríos

Todos los sistemas automáticos de Novarii se pusieron en su contra y aún peor, su HUD no respondía. Aunque los drones no estaban equipados para la guerra, sus cortadores de plasma habían perforado el blindaje de diamante y había tenido que destruir al menos treinta que lograron acercarse hasta él. El exoesqueleto estaba armado con cortadores de largo alcance, que los ingenieros usaban para soldar y quitar placas de acero, y eran un arma de emergencia eficiente. Las celdas de uranio permitían que los cortadores se utilizaran por tres años continuos antes de agotarse, y estaba seguro de que un uso tan esporádico no le causaría problemas. Pero llegó a un muro que no pudo perforar. La nave había reaccionado a la excavación horizontal y decidió cavar hacia arriba. El taladro no tenía espacio para girar y decidió valerse del puro traje. Abrió la cabina y subió, con cuidado de desplegar la escalinata gradual para volver. Ríos tuvo suerte, verdadera suerte, pensó, porque llegó justo al centro del camarote de Tariq. Encendió las luces de su exoesqueleto y empezó a caminar. Estaba abandonado, pero los extractores y purificadores mantuvieron limpia la atmósfera. Abrió la puerta al pasillo principal y se arrepintió de inmediato. Un enjambre de drones lo esperaba afuera. Logró sellar nuevamente la puerta, pero supo que Novarii no tardaría en abrirla. Activó la potencia máxima de su traje, que resplandeció como un pequeño sol dentro de la habitación. Los paneles de control de la nave estaban intactos, pero los acuarios que tenía Abigail Tariq hacía tiempo que se habían echado a perder. Los vidrios estaban empañados, como si la capitana hubiera prohibido a la nave hacer cualquier tipo de limpieza, y le pareció extraño: el cuarto estaba, por lo demás, en perfecto estado. No tardó en descubrir que Tariq había desarrollado un interés personal por la computación. Había varios prototipos de computadora cuántica en la bañera que se conectaban directamente a los receptores de información de a bordo. Tropezó con una caja y un anuncio parpadeó sobre él. "Asegura mi supervivencia." Los hologramas del cuarto se encendieron de golpe: la misma frase apareció repetida por todos lados. Avanzó hasta la recámara principal y tuvo que cortar la puerta para entrar. El corazón se le fue a la garganta. El esqueleto de Abigail Tariq estaba enchufado a un sinfín de conductos que se propagaban a diestra y siniestra, y en lugar de cabeza, había una esfera gigantesca que servía como núcleo computacional. La amalgama de máquina y humano dirigió su atención a él y sonó las alarmas de la nave. Novarii, la nave espacial que los había llevado a aquel molino de carne y sueños, se sacudió. Un brazo de titanio y aluminio lo empaló tan rápido que ni siquiera sintió dolor. El HUD de su visor se encendió. Ríos pudo ver

cómo se apagaba su nombre. Poco después, todo quedó en silencio.

Capítulo 32

Epílogo

Epílogo

El destructor Abraxas recuperó una sonda proveniente del crucero de batalla Úrim, que se perdió en el espacio varios años antes de la conquista de las biósferas 239, 242 y 281. Tenía la misión de explorar la estrella Sirius C, una anomalía que parecía alternar entre universos. La sonda contenía los momentos finales del crucero: había sido atravesada por un rayo gamma de baja potencia hacia 2527, muy similar a los que poseían las superarcas modelo Orión III, y que habían sido disparados sólo dos veces: una, durante la Planetomaquia, la guerra entre Cronos y la Tierra, pocos años después de la desaparición de la superarca Novarii, y la segunda cuando un montón de imbéciles abrieron un agujero de gusano con campo de fuerza en el corazón de una estrella que casi arrasa la conexión de mundos. Dispararon contra el sol local y provocaron la muerte de las biósferas 23 y 24 en la supernova resultante, y desde entonces se habían prohibido. Por la posición de la que provino, dedujeron que se trataba de la estrella errante. La biósfera 234 reportaba la aparición de señales de radio de vez en cuando, procedentes de la zona habitable de Sirius C, pero los escaneos más recientes mostraban una atmósfera más bien hostil, dominada por ácidos y gases venenosos. Pese a que se llamó más de una vez a la nave, nunca hubo respuesta. Con el paso de los siglos y los avances en los radares de barrido electrónico, lecturas de rayos gamma y fotografías hiperestelares, se dedujo que Novarii, la extinta biósfera 238, había sido un proyecto de terraformación fallido y las misiones de recuperación de la biósfera 238 se suspendieron poco después.

En Cronos, sin embargo, empezó a correr el rumor de una jauría de perros, o algo muy parecido a éstos, que rondaba cerca de la superarca abandonada. Ésta, a su vez, se había enraizado al planeta; una combinación extraordinaria de roca y máquina que era mejor dejar en paz. Se identificó una población creciente de autómatas modelo Phillip MKII, descontinuados en el siglo XXVI, que se preocupaban por reparar el exterior del arca y extender un bosque de composición no identificada, como si los dominara una necesidad imperiosa de protegerse y asegurar su propia supervivencia en un citoplasma, perdón, una atmósfera que le resultaba, a todas luces, hostil.